de València
a Històrica
09

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA
Biblioteca
80002161222

~~106-4-88~~

V
1509

~~3213~~

b19849424
i22003 37x

DE LA EXISTENCIA

Y DEL INSTITUTO

DE LOS JESUITAS.

El P. Ravignan.

271.5

DE LA EXISTENCIA

Y DEL

INSTITUTO DE LOS JESUITAS,

OPUSCULO ESCRITO EN FRANCES

POR EL R. P. DE RAVIGNAN,

DE LA COMPAÑIA DE JESUS,

Y TRADUCIDO AL ESPAÑOL

de la quinta y última edicion francesa

por D. Vicente Miguel y Florez,

PRESBITERO.

SEGUNDA EDICION.

Tempus est loquendi, quia jam præteriit tempus tacendi.... Ulterius enim tacere diffidentiæ signum est, non modestiæ ratio.

(S. Hilar.)

Biblioteca Universitaria de Valencia

VALENCIA: 1845.

Librería de Casiano Mariana,

calle de la Lonja de la Seda.

Es propiedad del editor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima sin su consentimiento.

IMPRENTA DE D. BENITO MONFORT.

R. 17966

PREFACIO

DE LA QUINTA EDICION FRANCESA.

Queda por resolver una cuestion.

Tal vez será resuelta algun dia, pero todavía no lo está.

La historia dirá quizás cuál fue el estraño poder de un nombre para escitar los odios, atraer todas las injurias, provocar todo género de ataques, difundir terrores estúpidos, estraviar la razon de los mas cuerdos, y hacer flaquear á los mas firmes.

La historia revelará sin duda finalmente, por qué ese nombre inspiró preocupaciones tan estravagantes, sublevó tan estraordinarias revueltas, vino á ser el grito de la razon de estado comprometida, el arma del combate contra la Iglesia, y aun muchas veces contra los gobiernos.

La historia lo dirá tal vez; hoy es un misterio: un misterio de odio sin razon, de terror sin objeto, de ruido y tumulto inesplicables.

Una supuesta relajacion de doctrinas, calumnias amontonadas, el miedo de no sé qué influencias, tres siglos de trabajos apostólicos, de luchas religiosas, de persecuciones y vicisitudes continuas no son bastantes á esplicarlo.

Es un misterio.

El talento mas egercitado, el mas habituado á reflexionar sobre los acaecimientos, no esplicará este gran fenómeno moral. No, lo afirmo sin temor de ser desmentido, no hallará una razon clara de su existencia, y deberá remitirse al juicio del porvenir. Al presente, la causa proporcionada de semejante efecto no aparece.

Hay un misterio aquí.

Si al menos se articulasen algunos cargos precisos, si se alegaran algunos hechos ciertos.... trátase de hombres actualmente existentes; si algunos nombres propios de entre ellos significaran realmente una influencia y una accion funestas.... pero no, nada de todo esto. Ni un solo hecho, ni un solo nombre: jamás hubo acusacion semejante.

Si el gobierno justamente conmovido é ilustrado, como debe estarlo, señalase un crímen.... pero no. El gobierno ha inquirido, ha pesquisado, segun debia, ha preguntado, ha examinado minuciosamente; y nada ha descubierto.

Si la prensa activa, vigilante, mensagera, como la Fama, de lo verdadero y de lo falso, del bien y del mal,

Tam ficti pravique tenax quam nuntia veri,

si la prensa, digo, hubiera denunciado hechos positivos, asignado seriamente un peligro real.... Pero no, todo es vago. Tendencias, sospechas, rumores, clamores; ningun hecho, ningun cargo, ningun nombre propio.

Sin embargo nuestra vida está abierta de claro en claro como nuestra casa; está patente para todo el mundo. Obramos, hablamos, escribimos.

No se imputa nada: se aborrece, se acusa: no me cansaré en decirlo, es un misterio.

El odio tiene ojos y no vé; tiene oidos y no oye.

Se absuelve á las personas: esto se publica en alta voz, pero se condena, se proscribe el órden. Segun trazas, el órden se compone de personas; no importa, el órden es culpable, las personas no lo son.

«No acuseis, pues, á las personas, dicen, acusad solo al órden.

No *calumnieis á los jesuitas;* pero acabad con el jesuitismo....

¿Qué importa que los religiosos de la calle de las Postas ó de la calle Sala sean santos, si en los pliegues de su ropage de inocencia ocultan el azote que debe perturbar el estado?

¿Qué me importan vuestras virtudes, si me traeis la peste (1)?"

Esto será bastante tal vez para arrastrar la opi-

---

(1) M. Cuvillier-Fleury, *Diario de Debates*, 10 Marzo de 1845.

nion á un sistema de antipatía y de agresion violenta; pero esto no esplica nada.

El problema subsiste.

Conviénese en que son hombres inofensivos, sacerdotes irreprensibles; y sin embargo esos hombres, esos sacerdotes son dignos de las injurias mas groseras, de las imputaciones mas calumniosas, de los rigores del poder, de la proscripcion. ¿Y por qué? Porque en un pais católico, en un pais de libertad de cultos, han elegido para su vida doméstica y privada las reglas de un órden religioso solemnemente aprobado por la Iglesia católica.

Son, pues, á un mismo tiempo inocentes y culpables; inocentes como individuos, culpables como sociedad: y sin embargo son los mismos hombres.

Esplique este misterio quien pueda.

Tal es el verdadero estado de la cuestion: es un problema moral difícil de resolver.

Decis que no es el jesuita á quien perseguis, sino al jesuitismo, ¿las cosas estarán por eso mas claras?

¿Qué es el jesuitismo? Os desafío á que lo digais. Habeis escrito tres mil páginas sobre este asunto, pero nada habeis dicho. Voy á probároslo con vuestras propias palabras.

El jesuitismo es un poder oculto, formidable, invisible (1), es uno de los poderes del estado (2).

---

(1) M. Cuvillier-Fleury, *Diario de Debates*, 10 Marzo de 1845.

(2) Id. ibid.

Son los pueblos sublevados, las *tropas removidas*, los egércitos en marcha, los gobiernos derribados, los paises esclavizados (1).

El jesuitismo es la dominacion universal; es una red *de beatería, de absoluciones, de intrigas* y de infamia que enlaza las familias, los individuos, las naciones (2).

Es juntamente la *moderacion de los sentimientos, la energía secreta é implacable de la reaccion, el cosmopolitismo sin entrañas* (3).

El jesuitismo es el imperio de las mugeres, el embrutecimiento de los niños; es la moral relajada, la piedad fervorosa, la complacencia inicua; es el *tiranicidio mandado, el adulterio escusado* (4), *la mentira, el robo, la blasfemia*, etc. etc. (5).

Es tambien la política odiosa, es la influencia clerical: es la *restauracion*, es su duracion, es su caida: es la revolucion de 1830, son *las ordenanzas de Julio* (6).

El jesuitismo es el hombre religioso, el católico fiel: es ir á misa, es tomar agua bendita; *es con-*

---

(1) M. Cuvillier-Fleury, *Diario de Debates*, 10 Marzo de 1845.

(2) Id. ibid. — M. Michelet, Del Sacerdote, de la Muger y de la Familia, p. 49.

(3) M. Cuvillier-Fleury, ibid.

(4) Id. ibid. — Michelet, Del Sacerdote, etc., p. 4 y 5, y De los Jesuitas passim.

(5) Decreto del parlamento de París, 1762.

(6) M. Cuvillier-Fleury, ibid.

fesarse, es el celibato de los sacerdotes, es el ultramontanismo (1); es el espíritu de muerte (2), es el autómata cristiano (3).

El jesuitismo son todas las *pastorales de los obispos* (4), todos los actos del papado (5), todas las reclamaciones de la libertad, todos los escritos opuestos á la universidad; es toda la prensa religiosa (6).

El jesuitismo es todo lo que no se quiere, todo lo que se aborrece, es lo que hay de mas infame y de mas vil, de mas fuerte y de mas santo; es la Iglesia entera (7).

¿El misterio está esplicado? No.

¿Los que escriben estas cosas las creen? No.

Saben que carecen absolutamente de fundamento, y aun que son imposibles: no importa.

Pero gritan al jesuitismo, y esto les basta. Con el ausilio de este nombre, evocan todos los espantos verdaderos ó simulados de la muchedumbre ignorante ó instruida: su objeto se ha logrado.

---

(1) M. Cuvillier-Fleury, ibid. — M. Michelet, *Del Sacerdote*, etc. passim.

(2) M. Michelet, ibid., pág. VII.

(3) Id. De los Jesuitas, passim.

(4) Cuvillier-Fleury, ibid.

(5) Michelet, ibid.

(6) M. Cuvillier-Fleury, ibid.

(7) Id. *Diario de Debates* del 11 de Marzo de 1845.— M. Michelet, *Del Sacerdote*, etc., pág. VIII. — P. 44 et passim.

Y sin embargo algunos hombres estimables se dejan arrastrar por estos clamores; sufren el yugo de las preocupaciones, y aumentan, aun á costa de lo que respetan, el concierto que se levanta de todas partes contra la verdad y la justicia.

Esto no hace sino aumentar el misterio.

El rústico de Atenas condenaba porque estaba cansado de oir siempre hablar del mismo hombre, con entusiasmo por los unos, con desprecio por los otros.

Hoy cuántos hombres hay á quien si se preguntase acerca de su oposicion contra los Jesuitas deberian responder: se dice de ellos tanto malo, se mete tanto ruido: yo quisiera no oir hablar mas de ellos.

Pero yo preguntaré siempre con asombro y con tristeza, ¿cuál es pues ese increible poder de un solo nombre?

De esta manera se da al mundo un espectáculo aflictivo: el reinado de lo falso. Un estado violento y facticio, un lenguage que no significa la realidad, un nombre que ha llegado á ser la espresion del crímen y se aplica, lo diré sin temor, á la virtud; clamores ciegos; un arrebatamiento apasionado, grandes palabras de adhesion á la Iglesia y á la libertad, y la Iglesia y la libertad pisoteadas! ¿qué mas diré? todos los instintos de la impiedad, todos los impudentes ardores del cinismo dispertados al son de las protestas de respeto y amor á la religion: hé ahí lo que vemos, lo que oimos, pero lo que ningun hombre serio puede jactarse de comprender y

esplicar bien, como no sea verdad decir, que segun las ideas y el fin de ciertos hombres, el *Jesuita* del siglo XIX es el *infame* del XVIII.

¿Hay pues siempre un poder enemigo levantado contra la Iglesia y su creencia, y que para combatir necesite en ciertas épocas de un nombre inventado para infamar, de un grito engañoso para ultrajar, de un furor ciego para atacar todo lo que se quiere destruir?

Y cuando de la esfera de todas estas lamentables cosas revuelvo los ojos sobre mí mismo y mi conciencia, yo, religioso de la Compañía de Jesus, no puedo ya comprenderme: soy tambien un misterio.

En vano me examino, no comprendo mi existencia.

Yo no soy estrangero que haya pasado la frontera y venido á sentarme al hogar de la familia para esclavizarla y oprimirla; soy el hijo de la tierra que habito y que amo. He creido en la libertad religiosa de mi pais: Francés, he pensado que podia en la Francia católica, mi patria, lo que siendo Inglés hubiera podido en Inglaterra, Americano en los Estados-Unidos, y aun Holandés en Holanda; me he hecho jesuita.

Mis hermanos de los Estados-Unidos, de Inglaterra y de Holanda viven libres y tranquilos: ¿por qué no lo estoy yo?

¿Cuál es la razon? Su pais es libre; el nuestro no lo es. ¿Y por qué?

¡Todavía misterio!

Se proclama que todo es libre en Francia. El ateismo es libre; yo no lo soy.

Así pues, todo vendrá á ser contradiccion en mi existencia.

Francés, gozo de los derechos de todos; Jesuita, mi domicilio no será ya inviolable, no podré sin crímen habitar con mis hermanos bajo de un mismo techo de hospitalidad comun; la propiedad no será ya sagrada para mí, y mi vida no estará mas protegida que mi casa.

Habrá derecho para escudriñar mi conciencia, mi morada, mis votos, mi regla de vida interior y privada. Se deberá proscribirme, porque he abrazado en mi alma y mi conciencia una profesion religiosa que la Iglesia católica aprueba y que la ley ignora.

No salgo pues del misterio, y todo lo aumenta en vez de aclararle.

No doy un paso, no pronuncio una palabra que no deba ser violentamente torcida de su verdadero objeto, de su genuino sentido.

No me nombraba; era culpable, hipócrita. Me nombro; soy culpable. Soy Jesuita, y esto lo esplica todo.

Quiero invadir, quiero dominar; yo sé que nada de esto quiero: soy jesuita; quiero todo esto.

Somos por la mayor parte conocidos en cien lugares. Hemos hablado en público, en particular; millares de personas nos han seguido y oido. Nada puede citarse contra nosotros; pero somos jesuitas, y está dicho todo.

Nos conocen, nos estiman, nos aman. No nos conocen, nos odian, nos proscriben; ¡misterio!

Forzoso es confesar, que semejante situacion es de todo punto singular.

Abandono estas reflexiones al lector.

En resolucion, convendrá saber si el clamor reina solo en los consejos de la corona y del pais; si un espantajo estúpido será bastante á desconcertar la sabiduría y el valor de aquellos en cuyas manos reposan la suerte y los derechos de los ciudadanos; si sin cargos imputables, sin hechos formales, sin un solo nombre acriminado, sin un acto que pueda encontrar un acusador, un testigo y un juez, el odio será legítimo y la proscripcion posible.

Nada tengo que decir del pequeño escrito de que la edicion presente no es mas que una exacta reproduccion. No se ha juzgado á propósito responderme, ni una sola palabra, como no sea el monton de fábulas absurdas que componen una novela impía. La multitud cree en ella mas que en la historia; no hay aquí lugar á discusion.

Sufriremos, pues, hasta el fin ese yugo de calumnias y de ultrages. Nos humillaremos bajo la mano Divina que nos prueba: hallaremos nuestra fuerza en nuestras mismas pruebas, y seguros de nuestra conciencia, delante de Dios, no flaqueará nuestro corazon.

Martes de Pascua, 25 de Marzo 1845.

La prudencia tiene sus leyes y sus límites.

Hay circunstancias en la vida de los hombres, en que las esplicaciones mas precisas llegan á ser un gran deber que es indispensable cumplir.

Lo confesaré: desde que el poder de lo falso parece que recobra entre nosotros un imperio que parecia abolido, desde que odios envejecidos y vetustas ficciones vienen de nuevo á corromper la sinceridad del lenguage y desnaturalizar los derechos de la justicia, desde entonces señaladamente siento la necesidad de declararlo: soy Jesuita; es decir, religioso de la Compañía de Jesus.

Esta declaracion la debo á mí mismo, la debo á mi ministerio, á mis hermanos en el sacerdocio, á la juventud, á todos los fieles que me honran con su confianza: débola á la Iglesia, á Dios.

Nada digo al mayor número que ya no sepa; pero satisfago á la necesidad de mi conciencia, á la necesidad de mi posicion y de mi libertad.

Demás de que, hay en este momento mucha ignominia, muchos ultrages que recoger bajo de ese nombre

para que no reclame yo públicamente mi parte de semejante herencia.

Ese nombre es mi nombre; lo digo sencillamente: los recuerdos del Evangelio podrán hacer comprender á muchos que lo digo con alegría.

Jesuita ahora, no lo he sido siempre: por espacio de algunos años he seguido otra carrera que me ha dejado preciosos recuerdos y amigos fieles, de que me honro.

Antes de hacerme sacerdote y Jesuita, era yo hombre de mi tiempo, lo soy todavía; era Francés, y no he dejado de serlo.

Al hacerme religioso, no fue mi intencion abdicar mi patria, ni violar sus leyes, ni renunciar á mis derechos ó á mis deberes de ciudadano.

He tenido preocupaciones contra la Compañía de Jesus; Pascal y las tradiciones parlamentarias me habian engañado como á otros muchos.

Y debo decirlo, á pesar mio en algun modo supe la verdad acerca de los jesuitas. No quiero ocupar al público de mi historia; no tengo aquí que contar por qué via plugo á la divina Providencia hacerme pasar entonces, ni cuál fue ese trabajo interior de la conciencia cuyo secreto sabe Dios, cuyo recuerdo es indeleble en mi alma, y que trayéndome la luz, trajo para mí tan completa mudanza de existencia.

Pero lo que sí puedo declarar es, que mi convencimiento se formó y mi decision fue tomada entonces en la situacion mas completamente libre de toda influencia; que mi carácter no ha consentido jamás aceptar ninguna.

Puedo afirmar igualmente, que las cosas que se desconocen, que se desfiguran, y se notan mas en los Jesuitas, esas fueron justamente las que me determinaron á hacerme uno de ellos. Me esplicaré sobre estas cosas.

Sí, el espíritu de que me pareció animada la Sociedad

de Jesus, la obediencia misma que profesa, el apostolado que egerce, las doctrinas que abraza tuvieron sobre mi vida esa inmensa influencia.

Sentí que Dios me llamaba á ella y entré.

Y hoy en dia aunque la opinion se halle estrañamente descarriada; aunque ciertas palabras pronunciadas con desprecio egerzan una increible tiranía sobre espíritus por otra parte ilustrados, no dejaré por eso de hacer oir la voz de la libre verdad.

No hay sandez por enorme que sea, que arredre á la ceguedad de las preocupaciones. En cierto lenguage que muchos hablan á sangre fria, todo sacerdote es un Jesuita, todo católico de buena fe un Jesuita!

Este nombre es una fortuna para el odio; dispensa de la verdad y reemplaza la justicia.

En caso necesario tendria el poder terrible de amotinar las pasiones populares y tal vez desencadenar de nuevo las revoluciones. Esto es harto sabido; ¿y no es por eso por lo que se quiere imponer el miedo de ese nombre, el miedo que fue siempre cobarde y mal consejero?

Por lo demás es evidente que se ataca bajo de nuestro nombre á todo el clero, y con él á la Religion y á la Iglesia; debo pues al clero y á todos despejar las posiciones.

No ver en la iglesia de Francia sino la dominacion y el despotismo de los Jesuitas es una suposicion tan absurda que no es posible hacerla seriamente.

Hay sin embargo cierta cosa mas inconcebible todavía que esa misma suposicion, y es la credulidad que la acepta.

Esta imputacion no es nueva. Fenelon la señalaba ya en su tiempo cuando decia: «No se quiere ver sino á los Jesuitas en todo lo que se ha hecho sin ellos. Escuchad al partido (jansenista): los Jesuitas han hecho las censuras de las facultades de teología de que están escluidos; han presidido en las asambleas para arreglar las deliberaciones

de la Iglesia de Francia; han llevado la pluma de todos los obispos en sus pastorales; han dado lecciones á todos los papas para componer sus breves; han dictado las constituciones de la Santa Sede. La Iglesia entera, entontecida á pesar de las promesas de su esposo, no es ya sino el órgano de esa compañía pelagiana. No debe ya escucharse á la Iglesia, porque está conducida por los jesuitas, en vez de serlo por el Espíritu-Santo. ¿No es así como los protestantes han recusado el Concilio de Trento, como un tribunal sobornado por las cabalas de sus enemigos? Los Jesuitas deben servir á la Iglesia y obedecerla, no gobernarla (1)."

Y sin embargo en el siglo de Luis XIV, hubiérase podido, al parecer, con alguna verosimilitud, atribuir una gran parte de influencia á la Sociedad de Jesus en Francia.

¿Es posible hoy de buena fe?

¿Qué es pues lo que sucede?

Algunos franceses, algunos sacerdotes, doscientos seis, para toda la Francia (2), libres en lo interior de su conciencia para elegir el género de vida y los hábitos que les convengan, han escogido los tres votos de pobreza, de castidad, de obediencia y el instituto de la Compañía de Jesus que el Concilio de Trento declaró piadoso, *pium eorum institutum* (3).

---

(1) Fenelon, *Instruccion pastoral sobre el sistema de Jansenio.*

(2) Doscientos seis sacerdotes diseminados en veinte diócesis: hé ahí toda la Sociedad de Jesus en Francia. No se incluyen en este número los novicios y hermanos.

Verdad es que trescientos quince Jesuitas franceses están empleados en pais estrangero en la enseñanza y las misiones.

(3) Conc. Trident. sess. 25, cap. 16.

No hay ni puede haber en esto infraccion de ley alguna, ni seguramente ningun peligro para el estado.

Hay sí egercicio de la libertad de conciencia, que de otro modo fuera inesplicable.

Y aunque no es mi propósito en este escrito discutir la cuestion legal de nuestra existencia, no puedo menos de decir lo que el buen sentido no permite callar, y lo que la buena fe no consiente recusar.

Católico y francés, en el goce de todos los derechos de ciudadano, asegurado de la libertad de conciencia por la ley fundamental, sentí un dia la necesidad de acercarme en cuanto me era posible á la perfeccion evangélica.

La profesion religiosa me apareció como la via de perfeccion que yo buscaba; aprobada por la Iglesia, tenia al mismo tiempo, á mis ojos, el otro carácter, de ser del dominio esclusivo de la conciencia.

Es verdad que los votos religiosos no son reconocidos por la ley; pero ¿qué importa? La ley no se ocupa en esos votos: pueden hacerse, ella los ignora; violarse, ella permanece indiferente.

Pero proscribirlos, eso no lo puede sin armar el poder de la inquisicion y de la intolerancia mas odiosas.

Prohibir á unos hombres á quienes se proclama libres el hecho puramente interior y privado de la vida religiosa, es caer en una contradiccion evidente, es atentar á la libertad de conciencia en lo que tiene de mas íntimo y sagrado.

A los ojos del estado, algunos hombres, algunos sacerdotes reunidos en hábitos comunes y puramente religiosos, podrán ciertamente no tener ningun derecho político ó civil de corporacion, y no reclamamos nada en esta parte; pero estos sacerdotes reunidos, que por lo demás no egercen en lo esterior otros cargos que los que tienen, como todos los demás, de la jurisdiccion episcopal, son legalmente inculpables; ó bien la libertad religiosa

es una mentira, y el derecho público de los franceses, la ley fundamental un engaño; porque entonces las palabras han perdido su genuino sentido, y las voces no espresan ya las ideas.

La carta ha proclamado la libertad de conciencia, ¿sí ó no?

La perfeccion evangélica es un derecho de la conciencia, ¿sí ó no?

¡Pues bien! la vida religiosa no es mas que la perfeccion evangélica; es la enseñanza solemne de la Iglesia, como la libertad de conciencia es la promesa solemne de la carta.

Si pues yo Francés, quiero ser en Francia religioso benedictino, dominicano ó jesuita, ¿con qué derecho me lo impedireis?

Yo no os pido ni existencia pública y reconocida, ni la menor parte de la fortuna del estado; solo pido respirar como vosotros el aire libre de la patria. Pretendo, en mi vida privada y en mi conciencia, poder hacer votos y seguir con mis hermanos en una habitacion y paz comunes, unas reglas aprobadas por la Iglesia católica.

¿Y en qué, decidme, esta libertad embaraza la vuestra? ¿En qué se opone á libertad alguna?

Pero en Inglaterra, en Bélgica, en los Estados-Unidos, donde la libertad de conciencia es una realidad, los religiosos, los Jesuitas, como otros, tienen públicamente colegios y numerosos establecimientos de todas clases; nadie piensa que sea justo y legal el desterrarlos.

¿Por qué se haria esto en Francia, donde seguramente no poseen tan gran parte del derecho comun?

Felizmente para el honor del pais, ninguna de las leyes hoy vigentes puede alcanzarlos y causarles perjuicio en el sagrado derecho de su existencia personal y de la libertad de su conciencia.

¡Cómo! ¡y esta manera de vivir tan legítima, tan

sencilla, tan pacífica, tan oscura, es la que escita las tempestades mas violentas de la opinion! ¿Es esto serio?

¿Qué habemos hecho pues? ¿qué habemos dicho, nosotros sacerdotes de la Compañía de Jesus? ¿De dónde viene ese ruido? ¿De dó nacen tantas borrascas? ¿Cómo hemos venido á ser nuevamente el objeto de tantos odios, el blanco de tantos ataques, la causa de tantos temores?

Vosotros, los que provocais todo el rigor de las proscripciones sobre sacerdotes, sobre franceses, contra ciudadanos libres, ¿nos conoceis? ¿Nos habeis visto? ¿nos habeis oido?

¿Qué palabra salida de nuestra boca ha comprometido la tranquilidad pública y el respeto debido á las leyes? Sin embargo, nuestras doscientas voces han resonado en muchos púlpitos, desde las ciudades mas populosas, hasta las mas humildes aldeas.

¿Dónde están las autoridades civiles que nos acusan? ¿Dónde las autoridades eclesiásticas que nos condenan? ¿Se imputa á alguno de nosotros un solo hecho reprensible y positivo?

Preocupaciones, recelos, presunciones no bastan; no pueden equivaler á hechos ni á pruebas; y la culpabilidad de una sociedad no puede tener una espresion práctica y justa sino en las faltas de los que la componen. A estos, á los individuos, pertenecen la accion, el crímen, la virtud.

¿Quiénes son entre nosotros los culpables?

La vida, la influencia política nos son estrañas; servidores de la Iglesia, vivimos para ella, y proseguimos con ella, en todos los tiempos, en todos los lugares, bajo toda clase de gobiernos, la obra del ministerio evangélico.

Se nos trasforma en enemigos de las libertades é instituciones de la Francia: ¿por qué lo seríamos?

Y cuando somos los únicos amenazados ó aun los únicos escluidos de los beneficios de una legislacion liberal, ¿cómo se nos convierte en opresores?

¿No compite aquí la ridiculéz con la injusticia?

Háse levantado una polémica ardiente para reclamar la libertad de enseñanza prometida por la carta; en este punto debemos ser y somos efectivamente de la opinion unánime del episcopado francés y del clero: ¿quién puede echárnoslo en cara?

Muchos escritos han visto la luz pública: hoy como en otro tiempo los Jesuitas lo han hecho todo, inspirado todo, dictádolo todo contra la universidad.

Los autores de los libros se nombran, son conocidos. Porque sus ataques desagradan, dícese que han tomado falsos nombres: los verdaderos autores son Jesuitas.

Pero si el sol brilla para todo el mundo, ¿por ventura la justicia y el buen sentido se estinguen cuando se trata de nosotros? Sí, realmente, en muchos entendimientos, y hace ya mucho tiempo que esto dura.

Yo vengo en este escrito á apelar á los hombres reflexivos, y proponerles que resuelvan en fin seriamente ellos mismos las cuestiones que se agitan siempre que se pronuncia nuestro nombre.

Es preciso que esas cuestiones se resuelvan; lo necesitamos por nosotros, y por esos jóvenes que vienen á tocar al umbral de nuestras casas, y piden participar de nuestra existencia. Debemos decirles, y ellos deben saber, si realmente nuestras leyes escluyen del suelo de la patria á los franceses católicos que abrazan la vida religiosa.

Esto pedimos se nos declare con la mano puesta sobre la conciencia, con la mano puesta sobre la carta; no mas declamaciones ni injurias; algo de serio en fin: tal vez sea una solemne injusticia; en tal caso compadeceremos al pais, pero no nos quejaremos. Sabremos desterrarnos otra vez, é iremos á buscar el goce de nuestros derechos de ciudadanos y la libertad de nuestras conciencias entre los salvages de la América, ó entre los paganos de la India y de la China.

Somos ya trescientos quince Jesuitas franceses fuera de Francia; seremos mas. Toda la tierra es del Señor á quien servimos.

Diré, pues, lo que somos; se ignora; yo lo esplicaré con precision.

Cuatro cosas nos darán bien á conocer:

El espíritu que tomamos del libro de los *Egercicios espirituales* de S. Ignacio;

La obediencia que sus Constituciones nos imponen;

El apostolado que la Compañía egerce en las misiones;

Las doctrinas que abraza.

Hablo de lo que sé: nada hay en mi vida que sea para mí mas cierto ni mejor conocido que lo que voy á decir, y esto será la pura verdad. Los hombres pueden rechazarla, Dios la ve y me juzga (1).

---

(1) No escribo una apología. Si desea saberse la respuesta perentoria á todas las acusaciones, tanto antiguas como nuevas contra la Sociedad de Jesus, se hallará en las obras siguientes: Instruccion pastoral de M. de Beaumont, arzobispo de París, sobre los ataques dirigidos, etc., con los diferentes testimonios *reunidos en el libro* titulado: *La Iglesia, su autoridad, sus instituciones, etc....* París, Debecourt, 1844. — *Apología de los Jesuitas*, por Cerutti. — *La verdad probada por los hechos*, por el P. Rozaven. — *Vida de S. Ignacio*, por el P. Bouhours. — *Documentos históricos, críticos*, etc., *relativos á la Compañía de Jesus*. París, Waille, rue Casette. — *Respuesta á la coleccion de las aserciones.— De los Jesuitas, por un Jesuita* (el P. Cahour) París, Poussielgue-Rusand, rue Hautefeuille, 9. Esta última obra, en dos partes, es la rectificacion exacta de los textos y de los hechos alterados en los recientes ataques — *Historia de la caida de los Jesuitas en el siglo XVIII: Respuesta al Sr. Conde Alejo de Saint-Priest, par de Francia*, por M. Pablo Lancache. — París, Waille, 1845.

DE LA EXISTENCIA

Y DEL INSTITUTO

DE LOS JESUITAS.

CAPITULO PRIMERO.

Los egercicios espirituales usados en la Compañía de Jesus.

El libro de los *Egercicios espirituales* es un manual de retiro, un método de meditacion, y al mismo tiempo una coleccion de pensamientos y preceptos propios para dirigir el alma en el trabajo de la santificacion interior y en la eleccion de un estado de vida. Este libro no es para leido, sino para practicado; así no puede realmente apreciarle con alguna justicia sino el que hubiere pasado por la escuela de la esperiencia.

Estos religiosos *Egercicios* han sido hace poco singularmente desfigurados: hase equivocado completamente el sentido, el objeto y la economía de las enseñanzas que contienen; yo restituiré á todo esto su verdadero carácter.

El libro de los *Egercicios espirituales* (1) es obra de

---

(1) Exercitia spiritualia. —Institutum Societatis Jesu, 2 vol. in fol.: Pragæ 1757, t. 2, pag. 384. Es la mejor edicion del Instituto y la que citaré siempre.

un soldado no menos estraño á las ciencias humanas que á los estudios sagrados cuando le compuso.

Ignacio de Loyola es herido en el sitio de Pamplona en 1521. En el estado de inaccion forzada á que su herida le reduce, pide á los que le rodean alguna novela para distraerse. Sin duda habia pocos libros en la casa de sus padres; tráenle la vida de Jesucristo y de los santos; la lee. Conmuévese su alma: una luz viva brilla á sus ojos: deja el palacio paterno. Peregrino y mendigo voluntario, el guerrero convertido busca una soledad, donde lejos del comercio del mundo, pueda libremente estudiar y sondear su alma conversando con Dios. La gruta de Manresa le sirve de asilo. Allí, entre los rigores de la penitencia, armándose del valor perseverante de la oracion, lucha y busca. Sufre pruebas crueles que trastornan todo su ser. Pálido, estenuado por las maceraciones, postrado bajo de la ceniza y del cilicio, parece aniquilado. Una mano poderosa le levanta y condúcele á la gran luz de las ilustraciones divinas, hasta las regiones mas elevadas de la caridad apostólica.

Entonces, volviendo como digamos hácia atrás y contando todos sus pasos, mide Ignacio la carrera recorrida, y ve un admirable encadenamiento de verdades y luchas interiores que purifican el alma, la ponen en presencia de la voluntad divina tan á menudo desconocida, y la vuelven á Dios generosa y fiel.

Ignacio en Manresa, despues de haber esperimentado la virtud para sí mismo, pensó que seria útil trazar para los demás la serie de esas verdades y la economía de esos caminos: así se compuso el libro de los *Egercicios espirituales*.

Estos *Egercicios* no son nuestro instituto, y ni aun forman, hablando propiamente, parte de nuestras reglas; pero convengo en que son su alma y como su principio. Sí, los Egercicios han creado la sociedad; la mantienen,

y conservan y vivifican: están destinados á formar el cristiano fervoroso y aun el apóstol; las constituciones hacen al Jesuita; las misiones le aplican á la obra; las doctrinas le guian y le inspiran.

Conozco que voy necesariamente á hablar una lengua estraña para muchos. Tengo que esponer el trabajo interior de la regeneracion verdadera; tengo que contar esa trasformacion de un alma que pasa del mundo á Dios, y se reviste de una vida sobrenatural no obstante la violencia de las inclinaciones de la naturaleza.

No solo he leido, sino que he practicado el libro de los Egercicios. Hace veintiun años que lo tengo á la vista; fue, y es todavía el tesoro de mi vida; le estudio, le medito sin cesar con júbilo y con amor; he hecho con este libro en la mano los egercicios que indica.

Fuérame imposible espresar cuánta luz y libertad y paz interior me vinieron con ellos. No me lisongeo sin embargo de poseer la ciencia que hay escondida en este librito (1): para adquirirla necesito aun de largas y atentas

---

(1) S. Ignacio deseó que su libro fuese examinado en Roma escrupulosamente. El papa Paulo III nombró censores, y despues de dos exámenes y dos informes, el 31 de Julio de 1548 publicó la bula *Pastoralis officii*, en que se leen estas palabras: «Habiendo reconocido que estos Egercicios y documentos están llenos de piedad y santidad, y son muy útiles y saludables para la edificacion y adelantamiento espiritual de los fieles.... De nuestra cierta ciencia y por la autoridad pontificia, en virtud de las presentes, aprobamos, loamos y confirmamos los dichos Egercicios y todo su contenido."

«Nos igitur qui Exercitia et documenta hujusmodi.... pietate et sanctitate plena et ad ædificationem et spiritualem profectum fidelium valde utilia et salubria esse et fore comperimus.... Documenta et *Exercitia prædicta et omnia et singula in eis contenta*, auctoritate prædicta, tenore

meditaciones, y no me admiro en verdad de que haya sido el libro desconocido y cerrado para muchos.

Estos egercicios seguidos y meditados constantemente dieron á la Iglesia á S. Carlos Borromeo, S. Francisco Javier, S. Francisco de Borja y otros muchos. S. Francisco de Sales, cuya piedad no debe hacer olvidar su genio, decia de este libro que habia salvado tantas almas como letras contenia.

Ruego á los hombres del mundo serios y reflexivos, y aun á los demás, que lean atentamente el rápido análisis que voy á hacer de ese librito. Atrévome á esperar, que hallarán en él cierta cosa que se dirige á las inteligencias elevadas y á los corazones generosos.

El libro de los Egercicios está dividido en cuatro semanas: este mismo órden seguiremos.

I. — PRIMERA SEMANA DE LOS EGERCICIOS.

La materia de las meditaciones, su distribucion en el curso de un dia, los avisos y pensamientos que deben dirigir los diferentes egercicios; he aquí lo que parará desde luego nuestra atencion.

Los graves recuerdos de la fe se apoderan de una alma: esto acontece aun, gracias al cielo; la luz de Dios no está apagada en el mundo, y va á buscar á las veces á los que menos la esperan.

Un hombre seguia un camino falso en la vida; estraviábase en las vias tortuosas al través de las opiniones insensatas y las pasiones desordenadas. La ambicion, las

---

præsentium ex certa scientia nostra approbamus, collaudamus ac præsentis scripti patrocinio communimus." Institutum Societ. Jesu, t. 2, p. 387.

No sé que haya otro egemplo de un libro tan formalmente aprobado por una bula de Sumos Pontífices.

vivas aficiones de la juventud, tal vez la fortuna le han prodigado todos sus goces: los ha agotado. Triste ahora, siéntase orilla del camino, como el viagero cansado y decaido.

Súbito siente la necesidad de hallar alguna cosa mejor, de lanzarse en busca de ese bienestar cuya ausencia le contrista. Busca á Dios, quisiera recobrarle, colocarse cerca de él, á fin de levantar su alma descaecida y calmar las angustias que esperimenta en presencia de los formidables juicios de la conciencia.

Acosado de un deseo indefinible, rompe sus ataduras. En una de esas horas que Dios conoce y marca con el sello de sus atenciones infinitas, discípulo nuevo del arrepentimiento, húyese á la soledad á donde el Señor le llama para hablar á su corazon. Ha resuelto vivir por algun tiempo, desconocido, oculto, lejos de esas ilusiones que le fascinaron, lejos de ese tumulto que le aturde. ¡Noble esfuerzo! ¡generosa empresa! ¡Que no hay cosa tan difícil como arrancarse á la agitacion, al ruido, y á todas esas trabas poderosas que deplora y ama juntamente!

Así el principio es penoso además, pero échase de ver muy presto que la dicha comienza, que viene la calma tras tantas fluctuaciones crueles; que la tempestad ha arrojado al puerto. Siéntese asimismo que acaba de encontrarse el amigo necesario, el amigo desinteresado que faltaba, el padre de una nueva existencia: se oye la voz de Dios en el sacerdote ilustrado que aconseja y dirige. El es quien enseña á manejar las armas espirituales de los *Egercicios*, y las distribuye oportunamente para los combates que se preparan.

El generoso tránsfuga va pues á sentar su tienda en la soledad por treinta dias, y realizar la grande obra de los egercicios que regeneran y trasforman; como tantos otros que le han precedido, va á renacer á la vida pura, vigorosa y fiel.

Por lo demás el fin de la empresa es propuesto sin rodeos: leo en el título: «*Egercicios espirituales para aprender uno á vencerse á sí mismo, y arreglar para en adelante todo el conjunto de su vida, sin aconsejarse de ningun afecto desordenado* (1)."

Acuérdome todavía de la impresion que produjeron en mí estas palabras cuando las leí por primera vez; vi en ellas todas las obligaciones de mi porvenir. ¡Objeto inmenso, me decia yo, generosa idea de una filosofía superior que se aplica á fundar en un alma el soberano imperio de la verdad, de la gracia y de la virtud!

Viene luego el curso de ese aprendizage interior y espiritual que llena cuatro semanas. Pero es preciso comprenderle bien, y esto no se alcanza fácilmente con una lectura superficial; todas esas formas necesarias de exámen, de meditacion, de contemplacion, de oracion vocal ó mental, y las otras operaciones que se llaman *Egercicios espirituales*, son movimientos piadosos y regulares que deben encaminar el alma hácia el grande objeto; y este objeto, repito, es arrancar todas las malas pasiones que han turbado y deshonrado la vida, y señalar á cada uno el estado que le conviene en este mundo para cumplir libremente sus eternos destinos (2). De este modo se realizará una bella obra, el restablecimiento de la criatura en toda la dignidad verdadera que puede en este mundo pertenecerle.

Con esta idea tan digna de las reflexiones y de los esfuerzos de un sábio y de un cristiano, S. Ignacio sienta primeramente el principio de todo bien moral. El hombre fue criado por Dios para Dios: rey del universo, en

---

(1) Exercitia. —Instit. Soc., t. 2, p. 393.

(2) Exercitia. — Annot. prima. —Instit. Soc., t. 2, p. 390.

todo lo que está sujeto á su imperio, no debe ambicionar ni elegir sino apoyos para elevarse hasta Dios, y alcanzar este fin sublime. Todas las criaturas que le rodean y le sirven no tienen otro destino que cumplir. Es preciso pues que llame aquí en su ausilio toda la energía de la voluntad, todos los impulsos de la oracion, para pedir, para conquistar estos medios saludables (1).

Cuanto mas avanzo, tanto mas echo de ver que hablo un lenguage que convendria mejor á las enseñanzas del púlpito. Pero ya que se ha querido marcar con el sello del ridículo á este libro de los *Egercicios*, necesario es que yo diga lo que se encierra en él de grave y elevado.

El alma así restablecida por un violento y generoso esfuerzo bajo la ley eterna de tendencia hácia Dios; el alma sometida en adelante, y consagrada, como es justo, á las voluntades del Criador, debe emprender un gran combate.

Un mal enemigo, un tirano nos oprime, el que esclavizó al primer hombre, que todavía destruye la humanidad, el pecado; escision voluntaria entre la criatura y su hacedor por la infraccion de las leyes divinas; rebelion funesta que arrastrando el alma lejos de la magestad y de la belleza infinita, degrada y mancilla sus mas nobles facultades.

Para romper este yugo, y espiar tambien el reinado del mal largo en demasía, el atleta de los Egercicios espirituales se armará de su misma humillacion y de sus mas dolorosos recuerdos. Con la antorcha de las justicias divinas en la mano, descenderá á las profundidades de su conciencia, y recorrerá con mirada escudriñadora las vergonzosas huellas que ha impreso la iniquidad en todo su

---

(1) Exercitia. — Annot. prima. — Instit. Soc., t. 2, p. 293.

ser en el curso de los pasados años. Vendrá á levantar, como digamos, unas tras otras, y pesar en la balanza del santuario las potencias envilecidas de su alma (1).

Esto es lo que S. Ignacio ha llamado en su libro el *Egercicio de las tres potencias del alma*, ó la meditacion propiamente dicha. La memoria, el entendimiento, la voluntad tienen sucesivamente su oficio y su deber que desempeñar; de manera que todo el ser espiritual y moral del hombre sea repuesto en *la santidad y la justicia de la verdad*, segun la espresion de S. Pablo.

El alma comienza á considerar en rápidos preludios los disformes rasgos del pecado que deben escitar la viva necesidad de la reparacion penitente. Luego la reflexion paciente, semejante al arado que labra un campo, egercita sucesivamente cada una de las facultades por la idea severa de los caracteres y castigos de un mal que se desconoció largo tiempo, por la accion de los poderosos motivos que nos apremian á aborrecerle y deplorarle.

Tal es la meditacion de S. Ignacio, cual se halla en el libro de los *Egercicios* (2).

Hácese de dia, y por la noche, distribuye regularmente el curso de las horas, y deja al descanso ó al ocio silencioso los necesarios intervalos. Este misterioso combate, exige una constante energía, cuando se le acepta plenamente; sin embargo un regulador discreto é inteligente vela cerca del combatiente; consulta y atiende á la medida de las fuerzas, atemperando á ellas la accion interior y las fatigas de los egercicios.

Dentro, pues, de los límites de una justa discrecion, S. Ignacio quiere que en medio de la noche, como en

---

(1) Exercitium secundum tres animæ potentias. — Inst. Soc., t. 9, p. 396.

(2) Exercitia. — Instit. Soc., t. 2. p. 397.

otro tiempo los ilustres penitentes del desierto, el solitario de los Egercicios sea llamado del sueño á la lucha. Bajo la religiosa impresion de la oscuridad y del silencio mas profundo, trascurre lentamente una hora en el trabajo del pensamiento y de los afectos que oprimen y purifican el alma. ¡Afortunada noche la que se añade de esta manera á los dias mejor llenados! Ella producirá frutos abundantes de lumbre y de paz.

Por la mañana, al segundo dispertar, la primera hora que nos vuelve á nosotros mismos, debe volvernos á Dios y á las austeras leyes de la meditacion. Otras dos horas en el decurso del dia deben madurar aun los pensamientos y hacer crecer los sentimientos de la noche y de la mañana.

Ya se deja entender que la ley que lo rige todo en el curso de los egercicios, es la bella ley de la soledad y del silencio, que debe guardarse religiosamente (1): ¡la soledad y el silencio, estas dos grandes cosas que tocan á Dios tan de cerca, que no parece sino que nos dan alguna idea de la misma naturaleza divina, y nos sumen mas hondamente en su inmensidad, para vigorar allí nuestras almas enflaquecidas! La soledad es la patria de los fuertes, el silencio su oracion. Allí obra Dios y conversa en ellos; los engendra á los generosos designios, á las enérgicas empresas.

El hombre cautivo de la carne y de la sangre tiene horror á la soledad y al silencio: los hombres del mundo lo saben; y ¡cuántas veces no me lo han confesado! Ellos conocen lo que les pesa la soledad; y es que encuentran en ella á Dios, se encuentran á sí mismos, y toda su vida es un largo esfuerzo para evitarlo. Cuento aquí lo que he visto muy á menudo: deplorables flaquezas del

(1) Exercitia. — Annot. 20.ª; addit. 7.ª, 8.ª, 9.ª — Instit. Soc., t. 2., p. 393 et 400.

alma hácia las cuales me inspira el interés mas profundo y tierno el recuerdo de mi libertad.

II. — SEGUNDA SEMANA.

Tal es pues la primera fase de los *Egercicios*. Resumiré aquí sus hechos principales.

El alma, colocada por la meditacion en presencia de Dios, hase egercitado fuertemente en medio de los trabajos, de los pensamientos y dolores que purifican y reparan; ha concebido un horror profundo del mal que la degrada y un justo menosprecio de sí misma y del mundo. Se ha dado un paso inmenso (1).

Entonces Jesucristo se presenta á su vista como un rey valiente y glorioso; y en todos los dias de la semana que comienza, este divino Salvador y los misterios de su vida serán el objeto que el libro de los *Egercicios* ofrecerá constantemente á la meditacion.

Así Jesucristo aparece primeramente bajo el velo de una parábola militar que recuerda al guerrero y al apóstol. Uno y otro fue S. Ignacio, y desconoce completamente su espíritu el que no sabe ver en sus *Egercicios* y Constituciones la fuerte union de esos dos caracteres. El apóstol de la Compañía de Jesus debe mostrar en los combates á que su Dios le llama, la disciplina, la franqueza, la abnegacion militares. El Jesuita es soldado, y por eso tal vez encontramos tan vivas y generosas simpatías en las filas de esos guerreros sin miedo y sin tacha, que conservan con la piedad magnánima de los bravos la antigua herencia del valor francés.

Muchos creen erradamente que la piedad amengua los brios; no los enflaquece, no, antes bien los vigoriza y

---

(1) Exercitia. — 3.ᵘᵐ exerc., 1, hebd. — Instit. Soc., t. 2, p. 399.

exalta; y en la meditacion atenta de las verdades de la fe, las mas nobles imágenes de la vida del soldado se presentan como de suyo al corazon que de ellas se nutre.

Jesucristo, este divino héroe, este capitan divino, segun le llama Bosuet, se muestra bajo la figura de un rey que marcha á la conquista de las naciones infieles, y busca soldados valerosos que se consagren á seguir sus huellas y compartir sus fatigas. El que retrocede cuando Jesucristo llama es un cobarde, dice S. Ignacio: *Ignavus miles æstimandus* (1).

Y ahora el libro de los Egercicios quiere que el alma solitaria, durante las horas consagradas á la meditacion, se mantenga constantemente cerca del modelo divino. Todos los adorables misterios de la historia evangélica se despliegan sucesivamente ante sus ojos. Estos misterios deberán ser para ella como si estuvieran actualmente presentes (2).

S. Ignacio pide que mediante el ausilio de la oracion se recoja uno tan profundamente, que se aisle por algunos instantes de toda la vana fantasmagoría del mundo, y se establezca en el seno mismo de las realidades divinas.

Debemos hacer aquí una observacion importante, que no solo esplica el secreto y poderío de los *Egercicios* de S. Ignacio, si que nos revela además la economía y la razon de la liturgia y de las fiestas sagradas del cristianismo: los hechos del hombre-Dios obran siempre la redencion del mundo; no son puramente recuerdos é historias de lo pasado; su verdad, su virtud infinita vive y dura siempre presente, dispuesta á curar, á regenerar en todo tiempo al alma dócil.

No se han comprendido estas cosas. Algunos hombres

---

(1) Exercitia. — Contemplatio regni Jesu Christi. Instit. Soc., t. 2, p. 402.

(2) Exercitia. — Instit. Soc., t. 2, p. 403.

á quienes son estrañas estas vias interiores y su lenguage, no han visto en ellas sino un frio mecanismo, una violencia estudiada, propia solamente para detener el ímpetu de la inspiracion religiosa. ¡Ah! ¡por qué no han esperimentado, como me fue dado esperimentarlo algun dia, toda la santa y generosa libertad que siente el alma en medio de esta economía saludable de los Egercicios!

En aquel dia afortunado, sentí que no me hallaba ya sujeto á una funesta y tiránica arbitrariedad; encontraba la uncion y la divina lumbre de la gracia en el órden mismo que se me habia trazado: tenia en fin un guia y un apoyo para el gran viage. El es, el ministro de Jesucristo quien con su paternal esperiencia templa, modifica en caso necesario la forma, la naturaleza y duracion de los egercicios segun las disposiciones y las fuerzas; él quien reduce al camino, en caso de estravío; él, quien aproxima de continuo el alma á las lecciones y egemplos del maestro; porque el alma es siempre gobernada, pero solo para ser mejor repuesta en manos de su consejo bajo de la accion divina; y no ha querido comprenderse que si se trazan reglas y métodos, son el medio, no el fin; que no encadenan, sino que ayudan y dirigen.

El alma permanece siempre libre bajo la mano de su Dios. Su libertad se robustece y eleva, y los que pretenden hallar un degradante yugo en una direccion benéfica, no ven que rechazan el apoyo que se ofrece para no caer en las olas del torrente. Que precipitarse entre las profundidades de las cosas divinas, aventurarse en los vastos desiertos de la contemplacion sin regla y sin guia, para no seguir sino el impulso espontáneo y el capricho de la inspiracion, es aceptar todos los peligros de las ilusiones estremas y de las locuras mas desastrosas (1).

---

(1) Exercitia.—Addit., 4.ª—Notand. 3.um II.æ hebd.—Colloq. de Incarn. — Instit. Soc., t. 2, p. 400, 404, 408.

III. — ELECCION DE UN ESTADO DE VIDA.

No se crea que el libro de los *Egercicios* se compuso para ocupar santamente los ocios del espíritu: se escribió señaladamente para decidirse y obrar; y no solo para reparar lo pasado, sino para fijar lo venidero, para decidir el tiempo y la eternidad. No es un puro recreo contemplativo. El guerrero de Pamplona que habia tomado mas de una idea del oficio de las armas, ha trasladado una de ellas aquí: los soldados no hacen el egercicio sino para prepararse á la guerra.

Y he ahí por qué en medio de la santa carrera debe abrirse una grave deliberacion en presencia de los divinos egemplos de Jesucristo, que fijan el bello ideal de la perfeccion para todos, para los que son llamados á la vida apostólica, y para los que lo son á la vida del mundo y de familia: ha llegado el tiempo de lo que el libro de los *Egercicios* llama la eleccion, es decir, el escogimiento de un estado de vida. Así el alma todavía libre debe considerar maduramente, qué género de vida le conviene abrazar, proponiéndose la gloria de Dios y la eterna felicidad. Considera fielmente al Redentor divino: se examina y ora sin intermision.

Tal es ese gran negocio de la eleccion de un estado de vida; es el centro de los Egercicios, el foco donde todo va á parar, y el poderoso nudo á que se ligan nuestras esperanzas y destinos.

¡Qué de existencias hay en el mundo aventuradas y fallidas! ¡Cuán larga y triste fuera su historia! No se deliberaron y escogieron á los pies del soberano maestro de la vida, en la fuente de los pensamientos religiosos.

¡Ah! si compasivo para consigo mismo y generoso con el Criador, se dignara el hombre arrancar al torbellino que le arrebata, algunas horas y algunos dias de recogimiento, antes de precipitarse ciegamente á las tan varias

funciones del órden social; si, todavía jóven, no aceptara una determinacion de su porvenir sino en presencia del que prodigó su sangre y su vida por la salud de todos; comprendiérase entonces la elevada mision de todo cristiano, de todo hombre ilustrado en este mundo: magistrado, guerrero, hombre de estado, padre, esposo, literato, sábio, pontífice, sacerdote ó religioso, caminaran bajo el estandarte de la fe, prudentes y celosos para remediar los males, para acrecentar los bienes comunes; y fuera esto el cristianismo realizado en su mas alto poderío para bien de la humanidad; pero apenas se sabe ya ni deliberar, ni escoger, ni orar, y la *desolacion cubre la tierra*.

Al ver esta lamentable indiferencia de la mayor parte de los hombres resolvió Ignacio colocar en el centro de los *Egercicios* esta deliberacion decisiva. Y para conseguirlo mas fácilmente, prescribe á todos los que se constituyen sus discípulos hagan lo que el mismo realizó, y mediten lo que le inspiró en la gruta de Manresa el reciente recuerdo de la carrera de las armas y de las brillantes esperanzas que le ofrecia.

Hay ahí delante de vosotros dos campos, dos estandartes, dos gefes, dos egércitos, dos espíritus. Satanás, el príncipe del mundo, aparece en Babilonia; el ruido, la agitacion, la inquietud, un falso esplendor le cercan. En su bandera, con inflamados caracteres, están grabadas estas palabras: *Riqueza, honor, orgullo*: porque de pronto no representa el atractivo de los *placeres* al alma á quien los dolores del arrepentimiento han regenerado: ordena á sus ministros que hagan brillar por do quiera el resplandor de sus promesas, y establezcan á lo lejos el imperio de sus poderosas ilusiones.

Jesus, sentado en humilde llanura, cerca de Jerusalen, ofrece á la vista de todos la apacible y divina imágen de la paz y de la mansedumbre. En su estandarte se lee:

Pobreza, oprobio, humildad. Noble y valerosa divisa: y Jesucristo manda á sus discípulos propaguen á lo lejos su poderío y beneficios. Es preciso escoger: S. Ignacio, en la constante calma que nunca abandona sus enseñanzas, advierte que es necesario orar, suplicar encarecidamente á María, para que nos coloque y retenga debajo la bandera de su hijo, si bien en el grado y clase señalados por la voluntad divina. Esto es lo que se apellida la meditacion de los dos estandartes. De una parte se ofrecen los placeres que dan la muerte, de la otra los sacrificios que traen la vida (1).

Una queja dolorosa se exhala no pocas veces de mi conciencia: ¿por qué algunos corazones juveniles casi nunca se atreven á arrostrar en el silencio del retiro el combate de los afectos y las ideas, á fin de conquistar la seguridad y la dicha que solo puede dar una vocacion divina conocida y abrazada, cualquiera que ella sea? Y no me cansaré de repetirlo: si el mundo está agitado por tantas inquietudes, por tantas perplegidades, es porque muchas naturalezas vigorosas y ardientes no están en el lugar que les habia señalado la Providencia. ¿Y quién se recoge en su corazon para tratar de conocerla?

Pero los Egercicios reservan para este momento un espectáculo magnífico; nos presentan el mas noble y mas bello uso de la libertad humana; es la situacion mas elevada para el hombre; nada hay mas solemne en una existencia, y el mismo Dios no ha tenido objeto mas divino. Es el objeto mismo de la creacion. Dios no coloca nunca un alma en este mundo sin decidir que habrá un momento para ella en que se la verá hacer bien ó mal la grande opcion. Y cuando esto se hace bien, se egerce la mas sublime prerogativa; es la eleccion de Dios por medio de la criatura.

---

(1) Exercitia. — Instit. Soc., t. 2, p. 406 y 407.

Así en este momento de los *Egercicios*, pónese el alma en presencia de Jesucristo y de su Evangelio, en presencia del fin supremo de todo hombre viagero en este mundo, en presencia de todos los estados y de todos los medios legítimos. Es libre, y sin embargo está sometida al trabajo interior de dos acciones y de influencias encontradas. ¡Qué de inquietudes á las veces, y de violentas tempestades! ¡Qué de combates y alternativas! Semeja á un mar embravecido; las olas suben, las olas bajan. Hácese sentir un bamboneo inmenso como el balance de dos mundos. Y el alma se halla realmente entre dos mundos, entre dos eternidades.

De verdad es cosa que maravilla ver con qué invencible serenidad conduce Ignacio á su discípulo por entre todos los escollos y le establece en tranquilo puerto.

La accion del espíritu de Dios es diversa: ora es el águila que se arroja y arrebata, ora la paloma que reposa y hechiza dulcemente.

Una gracia poderosa sorprende y derriba á Saulo perseguidor en el camino de Damasco; apenas hay ya deliberacion posible: «Pablo, ayer Saulo, levántate; ve á llevar mi nombre delante de las naciones." El alma obedece.

Si la eleccion divina con atractivos suaves y constantes inclina el alma hácia una eleccion claramente manifestada, entonces adelanta sosegadamente, y su porvenir será bendecido por el Señor.

Empero si estos signos privilegiados no aparecen en su indubitable claridad, la razon alumbrada por la fe deberá en tal caso desempeñar su funcion mas alta y su mision mas augusta sobre la tierra.

Cuando el alma está tranquila, cuando posee en paz todas sus potencias, examinará, pesará los motivos opuestos, consultando á Dios en la oracion. Se colocará en la situacion de un moribundo, á los pies del soberano Juez,

ó bien cual si se hallara cerca de un desconocido, que encontrado por primera vez en la vida, espusiera sus dudas, pidiera su aclaración, reclamase todo el desinterés del mas libre consejo.

De este modo la mente se ilumina; la eleccion se resuelve, y el hombre inmola sobre el altar del sacrificio todas las repugnancias de la naturaleza. Jesucristo ha vencido, y el fiel discípulo, vencedor con él, canta y celebra su triunfo consagrando al Señor sus fuerzas, sus trabajos y su vida entera, ó en el apostolado del mundo ó en la milicia consagrada (1).

¡Oh Dios! Yo os bendigo y os doy gracias, porque así es como habeis fijado mi vida y asegurado para siempre mi dichosa existencia.

IV. — TERCERA Y CUARTA SEMANA.

La grande obra de la eleccion se ha consumado; la vida está fijada. Pero lo que debe notarse bien, y lo que S. Ignacio no podia olvidar, es que sea cual fuere el estado que se haya abrazado, la cruz, la cruz y sus pruebas deben contemplarse en su realidad mas viva y mas presente. Nada es mas necesario ni mas cuerdo. ¿Qué tiempo, qué lugar, qué estado estuvieron en jamás libres de padecimientos? Las cruces se hallan donde quiera; cuando las huimos, las hallamos. Los mas dichosos son aquellos que las abrazan. ¿No es la tierra un inmenso Calvario? Es preciso saber, como el hijo de Dios, reducirse por obediencia al estado de muerte voluntaria, para resucitar, para vivir de su vida, para obrar y hablar en su nombre con poderío, para consagrarse á su egemplo en la carrera *escogida*, á todos los trabajos de la abnegacion, de la

(1) Exercitia. — Instit. Soc., t. 2, p. 407, 410.

mortificacion y del apostolado (1). ¿Y entonces qué es lo que resta? Una sola cosa que comprende y resume todos los egercicios, que asegura y fecunda el porvenir creado por su virtud: el amor divino.

Muy poco conoce la filosofía la dignidad de su mision entre los hombres, cuando descuida en sus altas especulaciones el unirse á la fe para celebrar el deber, la pujanza y la dicha del amor de Dios.

Los mayores ingenios del paganismo lo habian al menos presentido: Sócrates y Platon querian que el hombre se adhiriese á lo que ellos llaman το καλον, que significa juntamente lo *hermoso* y *lo bueno*, es decir, *lo perfecto*. Platon espresa admirablemente la grandeza y el heroismo de ese amor, cuando hace decir á Sócrates en su festin «que hay cierta cosa divina en el que ama.... que el amor le trasforma en un Dios por la virtud.... que solo los que aman quieren morir por otro (2)."

La filosofía profundamente cristiana de Leibnitz encierra sobre este punto una doctrina sublime: «Escelente es este pensamiento, dice hablando de la Providencia, que Dios es un padre comun; y esta idea debe espantarnos menos que la de un mundo huérfano, abandonado á la casualidad (3)... Si hay algunos que juzguen de otro modo, tanto peor para ellos; son descontentos en el estado del mas grande y mejor de los monarcas, y hacen mal en no aprovecharse de las muestras que les ha dado de su sabiduría y bondad infinitas, para darse á conocer, no solamente admirable, sino amable tambien sobre todas las cosas (4).

---

(1) Exercitia. — Instit. Soc., t. 2, p. 410, 414.
(2) Fenelon. — Testimonio de los gentiles sobre el amor puro.
(3) Pensamientos de Leibnitz, t. 1, p. 252. París 1823.
(4) Ibid. p. 264.

En fin, queriendo asentar los principios de la sólida devocion, Leibnitz recuerda que Jesucristo vino á traer la ley de amor, y presenta sus verdaderos caracteres: «el amor es ese afecto que nos hace encontrar placer en las perfecciones de lo que amamos; y nada hay tan perfecto como Dios, nada que mas deba deleitarnos. Para amarle, basta considerar sus perfecciones; lo que es fácil por cuanto hallamos en nosotros sus ideas. Las perfecciones de Dios, son las de nuestras almas; pero él las posee sin límites, es un océano de que no hemos recibido sino gotas.... El órden, las proporciones, la armonía nos encantan.... Dios es todo órden.... Hace la armonía universal; toda la hermosura es una difusion de sus rayos (1)."

No he menester citar á Fenelon, cuyo ingenio eminentemente filosófico y cuya tierna piedad supieron hablar tan bien la lengua del puro y noble amor de Dios (2).

El soldado elevado súbitamente en la gruta de Manresa á la mas alta filosofía, á la de la santidad, mal podia omitir esta última consumacion y este coronamiento de las virtudes por la divina caridad. Segun su costumbre, indica mas bien que desenvuelve; abre una rica vena, refiere algunos hechos, y entrega el alma á sus pensamientos.

¡Pero qué sublime bosquejo en esa contemplacion final para *obtener el amor* (3)!

Asiéntanse dos principios fecundos y prácticos: el amor consiste en las obras; el amor consiste en la recíproca comunicacion de bienes. El mismo Dios va á servirnos de regulador y de medida. Lo que Dios hace, lo

---

(1) Pensamientos de Leibnitz, t. 2, p. 338 y 339.

(2) Fenelon. — Sobre el puro amor, t. 18, p. 107. París 1823.

(3) Exercitia. — Instit. Soc., t. 2, p. 414 y 415.

que nos da, debemos pugnar por hacerlo y darlo por él: esto es justo.

El alma se trasporta en medio de los ángeles, á fin de contemplar mejor con ellos las inagotables riquezas que prodiga Dios al hombre, en fuerza del amor que le tiene.

«Os doy, ¡oh mi Dios! os consagro y entrego en justo reconocimiento, cuanto soy y cuanto tengo; mi libertad, mis recuerdos, mi inteligencia, mis afectos, porque todo me lo habeis dado."

Dios vive, Dios habita en las criaturas; vive y habita en mí; crea en mí de continuo la vida, el sentimiento, la inteligencia; me ha hecho su templo augusto donde brilla su divina imágen; viviré pues de su vida, y viviré para él, unido sin cesar á su inmensidad siempre presente.

Dios obra y trabaja para mí en todas las criaturas; su mano se abre, y con su accion llena de sus beneficios á todo cuanto respira. Trabajaré, pues, y obraré yo tambien, consumiré todas mis fuerzas por Dios, y esta será la correspondencia legítima del amor.

La carrera está acabada; treinta dias han pasado; el hombre está dispuesto; los Egercicios le han trasformado; sin embargo será forzoso que persevere, que crezca, que se sacrifique en el divino amor, que combata y se renuncie siempre á sí mismo (1).

Tal es el libro de los *Egercicios*. Conocidos son ahora el designio que le inspiró, el fin á que se encamina, los medios que indica para alcanzarlo.

He dicho, he contado, y no he hecho una obra de polémica. ¡Hay tanto riesgo de perder la caridad en esas luchas de la palabra! Mas por mucho que quiera yo dominarme, no puedo privar aquí á mi corazon del derecho de

---

(1) Exercitia. — Instit. Soc., t. 2, p. 410.

desahogarse. Es preciso que yo diga cuán dolorosamente se ha oprimido, cuando he visto un libro, para mí tan querido y venerado, espuesto hace poco á las risas del mundo bajo un indigno disfráz.

Para calumniarlo, todo se ha confundido y alterado; se ha querido ver en él *el éxtasis reducido á sistema*, el entusiasmo de las cosas divinas trasformado en *mecanismo embrutecedor* para hacer salir de todas las pruebas el *autómata cristiano* y el *instrumento servil del miedo*.

Acaba de leerse la respuesta.

Este libro admirable no es mas que *espíritu y vida*. S. Ignacio espresó en él su propia historia, y la gruta de Manresa, testigo de sus interiores luchas y sus valerosos triunfos, no podia inspirarle otra idea que la de trazar caminos seguros para corresponder fielmente á la gracia, para unirse á la fuerza, á la verdad divina, para alcanzar la libertad de los hijos de Dios.

Pero lo que ofusca el juicio de ciertos hombres en esta circunstancia como en otras muchas, es el universal error del tiempo en que vivimos, de no ver el entusiasmo sino allí donde se manifiesta por estravíos, de cifrar el triunfo de la voluntad en la ostentacion de sus orgullosas pretensiones, de no mostrar en fin la libertad humana sino por el abuso que hace de sí misma.

Nuestro punto particular de vista, el del Evangelio, el de S. Ignacio es muy diferente: creemos que el entusiasmo, arreglándose, se purifica y se eleva cuanto el cielo se levanta sobre la tierra: creemos que la voluntad del hombre, renunciando á sí misma y sometiéndose á la de Dios, alcanza la mas bella de sus victorias: creemos que la libertad nunca muestra lo que puede hacer, por mas alta y digna manera, que aprendiendo á obedecer.

Aquí está toda la cuestion entre nuestros contradictores y nosotros.

CAPITULO SEGUNDO.

Las Constituciones de la Compañía de Jesus.

Se ha visto cuál es la fuente donde bebemos nuestro espíritu, el crisol donde purificamos nuestras almas.

Tal vez pudiera haber parecido que las Constituciones de la Sociedad debieran de haber bastado para darnos á conocer; mas despues de leido el anterior capítulo, se habrá echado de ver que era indispensable un exacto análisis del libro de los *Egercicios*.

¡Cuántas veces no han sido combatidas y desfiguradas nuestras constituciones! Para justificarlas, las espondré sencillamente.

No es en verdad mi propósito ilustrar á los que no quieren serlo; pero importa que la pura verdad se haya dicho una vez: yo la diré.

El noviciado, los estudios, el tercer año de *probacion* y los diferentes ministerios que desempeñamos, el gobierno de la Compañía, nuestro voto de obediencia: hé ahí los puntos principales de que tengo que hablar.

S. Ignacio de Loyola es el único autor de las Constituciones, así como de los Egercicios.

Cuando estudié este conjunto de leyes tan sabiamente concebidas y tan fuertemente apropiadas á todas las necesidades de una Sociedad religiosa, cuando quise saber á fondo lo que iba á ser la regla de toda mi vida, vi claramente que el espíritu del Evangelio habia dictado estas leyes.

Para un católico no puede haber duda en este punto. El instituto de la Compañía de Jesus ha sido aprobado por veinte Papas. Verdad es que Clemente XIV lo suprimió,

pero sin condenarlo; Pio VII le ha restablecido aprobándole de nuevo. El concilio de Trento habia declarado «que no era su intento innovar cosa alguna, ó prohibir que los clérigos regulares de la Compañía de Jesus sirviesen al Señor y á su Iglesia, *segun su piadoso instituto* aprobado por la Santa Sede: *Sancta Synodus non intendit aliquid innovare aut prohibere quin religio clericorum Societatis Jesu, juxta pium eorum institutum à Sancta Sede approbatum, Domino et ejus Ecclesiæ inservire possit* (1)." Grande y solemne testimonio es este.

Muchas veces la iglesia de Francia, por la voz de sus obispos congregados, se ha declarado altamente en favor de la Compañía de Jesus, y sabido es que en el pasado siglo protestaron contra el decreto de supresion (2).

En ciertas épocas ha podido decirse de las órdenes religiosas que se habia relajado en ellas el espíritu de su institucion primitiva; nunca se ha dicho tal de la Compañía de Jesus; nunca se la notó de haberse alejado del espíritu de su fundador ni de las constituciones que la diera. ¿Y no hay en este solo hecho cierta cosa que debe inspirar estima hácia semejante institucion? ¿Si es verdad que despues de tres siglos conserva la fuerza y la vida, no hay en estudiarla un interés que se aumenta con esa presuncion favorable?

Ese estudio de las Constituciones de la Sociedad de Jesus, vengo á proponerle á los hombres serios. Con ellos tornaré á comenzarle de buen grado; él me ha hecho lo

---

(1) Concil. Trid., sess. 25, cap. 16.

(2) Se hallará el dictámen de los obispos y la instruccion pastoral de M. de Beaumont, en la obra titulada: *la Iglesia, su autoridad, sus instituciones y el órden de los Jesuitas....* París 1844; y en los *Documentos históricos, etc.*, concernientes á la Compañía de Jesus. París Waille, rue Cassette, 6.

que soy; hágalos él justos para con nosotros, y esto, segun creo será para todos un bien.

Aun fuera de las graves circunstancias en que nos hallamos, es un objeto curioso de observacion el que ofrece una legislacion objeto á la vez de tantas censuras y tantas alabanzas.

¿Y no seria tambien un gran problema histórico y moral el investigar cómo unos religiosos fieles á sus leyes, á leyes que aprobó la Iglesia, han podido verse espuestos á tal contradiccion de lenguas? Que cierto no es decretarse un elogio incompetente, el decir que en jamás hubo hombres que en tal grado fuesen alternativamente aborrecidos, detestados, estimados, queridos; que nunca hombres algunos fueron como los religiosos de la Compañía de Jesus objeto de preocupaciones mas violentamente hostiles, y mas cumplidamente favorables.

Ya es tiempo quizá de llegar á una solucion, y de pedir á la opinion un fallo definitivo. Creo que la ocasion es oportuna; tengo bastante confianza de que los hombres sinceros querrán esplicarse el singular contraste que ha representado á una sociedad religiosa como un cuerpo consagrado, segun unos, á todos los trabajos y sacrificios del apostolado, y segun otros, como un foco permanente de intrigas, de bellaquería y de ambicion.

Cuando la voz que me llamaba resonó en lo íntimo de mi corazon, cuando pesaba yo en mí mismo el diverso peso de esas singulares contradicciones, hubo un dia en que me dije: Pascal, vuestro genio ha cometido un gran crímen, el de establecer una alianza tal vez indestructible entre la mentira y la lengua del pueblo franco. Habeis fijado el diccionario de la calumnia; él hace regla todavía, pero no la hará para mí.

Esta autoridad perdurable grangeada á la mentira por la mágia del lenguage, ese reinado imperioso egercido dos siglos hace por un calumniador de genio, por tomar á

M. de Chateaubriand este rasgo de su elocuencia reparadora, no me impidieron entonces tomar y llevar á cabo mi resolucion de entrar en la Compañía. Preocupáronme pensamientos mas altos; ¿se me permitirá confesarlo con toda la aspereza de mi fe y de mis convicciones? El odio que persigue sin treguas me pareció un poderoso motivo para estimar y querer. La filosofía antigua, presintiendo en cierto modo el Evangelio, lo habia ya proclamado por su órgano mas sublime: Nada es mas bello que sufrir persecucion por la justicia. «Y Dios mismo, dice Bosuet, ha reputado tan grande ese destino que nada encontró mas digno de su hijo sobre la tierra."

Ahora, y en el espacio de veintiun años que pertenezco á la Sociedad de Jesus, ese odio perseverante me alienta y me consuela. Lo que yo temeria sobre todo, fuera la molicie que bastardea las almas; la molicie no existe entre nosotros; que mal pudiera afeminarse el hombre ante los repetidos asaltos de la persecucion y de la injuria.

No vengo, pues, á quejarme: ¡mas bien me regocijaria! Tampoco vengo á justificarme; no vengo sino á dar un simple y verdadero testimonio.

Richelieu y otros políticos profundos vieron en las Constituciones de S. Ignacio la obra maestra del ingenio: yo llamo á la obra de mi padre un monumento de sabiduría, de piedad, de santidad admirables.

Dos palabras pudieran aquí resumirlo todo: fin y medio. El fin es la gloria de Dios y la salud de las almas; el medio es la obediencia.

Por lo demás, es importantísimo, para conocernos, el querer comprender estas cosas; y lo que mejor podrá darlas á conocer, es lo que voy á referir. No es una ficcion, es la pura verdad.

Un hombre cansado del mundo le dejó. Tal vez las ardientes pasiones de la juventud habian atravesado violentamente su alma, y buscaba un abrigo donde guarecerse.

Concibió un profundo deseo de vengarse de sí mismo y de Satanás por medio de fatigas útiles al prógimo.

Creyó entonces, y todavía cree, que el gran mal de nuestra época es la falta total de subordinacion y de obediencia entre los hombres. Desengañado de las vanas ilusiones, de las quimeras de la independencia, tenia sed de obedecer; sentia su inmensa necesidad, é invocaba la obediencia como el asilo salvador que debia proteger su dignidad de hombre y asegurarle la posesion de la verdadera libertad, la libertad del alma.

El trabajo de los egercicios espirituales acabó de mostrarle la luz y de trazarle el camino; toca á la puerta de la Compañía de Jesus.

Lo que le conmueve apenas entra, es la profunda paz que reina en la religiosa morada. El aspecto de aquellos claustros silenciosos, el andar recogido de los que las habitan, el ruido de los pasos que resuenan como en el desierto, el órden y la pobreza que donde quiera se parecen, la oficiosa acogida y la espresion obsequiosa del buen hermano que introduce, la apacible gravedad del padre que recibe, cierto aire suave y puro que se respira, una presencia de Dios mas íntima, al parecer, y familiar, todo en esa mansion, al que arriba á ella por primera vez, estrangero que viene de lejos y maltratado por las tormentas, todo le hace sentir una impresion que apenas puede definirse, pero que bien puede llamarse la impresion de Dios. Un principio desconocido, un espíritu bienhechor alivia las penas, repara las fuerzas, y da el anticipado gusto de una nueva y feliz existencia. En fin no tiene uno en rededor de sí mas que corazones ingénuos y piadosos, frentes apacibles y serenas; la palabra que rara vez interrumpe un largo silencio, es siempre sencilla y fraternal, las relaciones libres, alegres, francas.

Colocado aun en el umbral, el candidato de la vida religiosa conocerá de antemano, en aquella hora solemne,

toda la estension de los deberes que la Compañía de Jesus dicta á sus individuos; debe saber, y sabrá cuál es el espíritu que la anima en toda su verdad, y libre aun se decidirá.

«¿Estais dispuesto, le preguntan, á renunciar al siglo, á toda posesion y á toda esperanza de bienes temporales? ¿Estais dispuesto á mendigar, si necesario fuere, vuestro pan de puerta en puerta por amor de Jesucristo? — Sí (1).

¿Estais dispuesto á vivir en cualquier pais del mundo y en cualquier empleo sea el que fuere, en que juzguen los superiores que sereis mas útil para la mayor gloria de Dios y la salvacion de las almas? — Sí (2).

¿Estais dispuesto á obedecer á los superiores que ocupan para vos el lugar de Dios, en todo lo que no juzgareis en conciencia pecaminoso? — Sí (3).

¿Os sentis generosamente determinado á repeler con horror y sin escepcion todo cuanto los hombres esclavos de las preocupaciones mundanas estiman y abrazan; y quereis aceptar, desear con todas vuestras fuerzas lo que Jesucristo nuestro Señor amó y abrazó? — Sí (4).

¿Consentis en revestiros de la librea de ignominia que él llevó, en padecer como él, por amor y por respeto suyo, los oprobios, los falsos testimonios y las injurias, sin embargo de no haber dado motivo á ello (5)?...”

---

(1) Exam., cap. 4, § 1, 12, 26, 27: Const., part. VI, cap. 2, § 10: Instit. Soc., t. 1, p. 345 y sig. y p. 410.

(2) Exam., c. 4, § 35. — Const., part. III, c. 2: Instit. Soc., t. 1, p. 350 y 378.

(3) Exam., c. 4, § 29. — Const., part. III, c. 1, § 23 et passim. Inst. Soc., t. 1, p. 373.

(4) Exam., c. 4, § 44: Instit. Soc., t. 1, p. 352.

(5) «Indui eadem veste ac insignibus Domini sui, pro ipsius amore ac reverentia.... contumelias, falsa testimonia et injurias pati....” Ibid.

Es forzoso responder, y, gracias inmortales sean dadas á la bondad de Dios, yo respondí que sí. «Pasareis por loco. — Sí, esto me conviene."

Nunca sonó en oidos humanos pregunta mas estraña; nunca tal vez el Evangelio de la Cruz y su sagrada locura fueron mejor presentadas en su nativa aspereza. Por lo demás deseaba tanto S. Ignacio que los soldados de su Compañía fuesen verdaderos discípulos del Dios crucificado, que segun atestiguan unánimes sus historiadores, toda su vida rogó encarecidamente al Señor que la Sociedad de Jesus estuviera siempre perseguida: preciso es confesar que fué bien escuchado.

Pero en fin la pregunta está hecha; está justificada, á la manera que lo es una profecía exacta, por un cumplimiento permanente; y cuando el postulante, todavía libre, ha respondido, se le admite al noviciado.

Aquí comienza para él un nuevo órden de cosas.

I. — NOVICIADO.

El novicio pasará dos años en profundo retiro; tendrá ese tiempo para reflexionar, y ese tiempo es necesario antes de ligarse con obligaciones irrevocables. Las pruebas morales que debe sufrir son grandes. Así su resolucion, despues de dos años de noviciado, será libre, ilustrada, fuerte.

Mientras dura ese mismo espacio de tiempo, le está prohibido todo estudio (1). Concepcion atrevida y poderosa, que no puede estimarse en lo que vale por sola la teoría, si que es tambien necesaria la esperiencia.

Tan grande es la distancia que separa la vida del mundo y la vida religiosa, los estudios de un hombre destinado

---

(1) Const., part. III, c. 1, § 27: Instit. Soc., t. 1, p. 374.

á andar por los caminos del siglo y los del religioso reservado á los trabajos apostólicos, que para el alma llamada á este género de vida en la Sociedad de Jesus, el enérgico y prudente legislador ha querido crear en algun modo un medio nuevo y toda una nueva existencia. En la larga educacion de sus novicios, y en la falta misma de los estudios, ha sido su ánimo, dice, preparar el mejor fundamento para los mismos estudios, á saber, la humildad y todas las virtudes sólidas (1).

La oracion, las meditaciones prolongadas, el estudio práctico de la perfeccion, y principalmente de la mas completa abnegacion de sí mismo, la valerosa reforma de las inclinaciones de la naturaleza, la fiel y cotidiana lucha contra el amor de una vana honra y de los falsos placeres, el uso familiar de los egercicios espirituales y de la conversacion con Dios, el conocimiento de todo un mundo escondido en lo profundo del alma y de una vida toda interior; he ahí lo que llena las horas del noviciado (2).

Se me perdonará, que al hablar de ese tiempo ya muy apartado de mí, encuentre en él mis recuerdos mas deliciosos; entonces se realizaron los dias mas venturosos de mi vida. ¡Cuna querida de mi infancia religiosa, crisol laborioso de mi alma, purificacion fecunda de la inteligencia y del corazon, no, yo no os olvidaré jamás!

Allí es donde vienen á morir los últimos rumores del mundo y sus vanas agitaciones. En la escuela de la penitencia y de la oracion, se despoja el hombre poco á poco de esa vida falsa, de esos intereses facticios, de esos afectos inferiores que impiden aspirar á los combates y triunfos de la gran gloria de Dios y de la conquista de

---

(1) Const., part. III, c. 1, § 27: Instit. Soc., p. 373.
(2) Const., part. III, c. 1. — Exam., c. 4, § 41. — Instit. Soc., t. 1, p. 370 y 371.

las almas. Y sin embargo la uncion de las conversaciones divinas, y los poderosos atractivos de la gracia, y la dicha íntima de una concordia, de una paz inalterables, penetran, alientan, consuelan.... ¡Oh! ¡Preciso es decir, que esos años se deslizan con bienaventurada rapidez!

Arrancado así el novicio á las ilusiones de la vida del siglo, y mejor precavido en adelante contra el peligro de su vuelta, no está ligado todavía con ningun empeño; es libre. Muchas, muchísimas veces, se egercitan sus reflexiones acerca de los graves deberes que los votos imponen. Debe pasar por pruebas reiteradas y decisivas (1). Delibera y se le examina; es juzgado y juzga con entera libertad. Se ofrece finalmente, la sociedad le acepta; despues de cumplidos dos años, se entrega al Señor por una consagracion irrevocable.

No probaré á decir lo que pasa entonces en el alma.

Bella es la obra del noviciado; el noviciado es ese trabajo regenerador del espíritu que entrega en cuanto es posible á la divina gracia la posesion entera de las facultades, de las fuerzas y hábitos del alma. Es una especie de creacion, una trasformacion poderosa que debe desprender la libertad religiosa de las trabas sin cuento con que la embarazaban los intereses, las miras, los afectos y pasiones de la naturaleza. Es la fragua donde el hierro se ablanda para tomar un nuevo ser; es la lima que desgasta, que quita el orin, que prepara el instrumento, y torna á ponerle útil en manos del artífice. Entonces se imprime una direccion que reemplaza en el hombre todas las direcciones puramente humanas, por la única ambicion de la gloria divina y de la salud eterna de todos.

A este fin se enderezan todas las pruebas que debe sufrir el novicio, las reglas todas que debe observar,

---

(1) Exam., c. 1, § 9. — Instit. Soc., t. 1, p. 347.

todas las luces que se le prodigan. Y S. Ignacio, con una constancia nunca desmentida, espresa casi á cada página ese fin sublime de su obra: *Ad majorem Dei gloriam*: esa gloria, para la cual somos criados, que comienza acá en la tierra por la fiel sumision de la criatura racional á su Hacedor, y se consuma en los cielos en el seno de la bienaventuranza y de las perfecciones infinitas.

Ad majorem Dei gloriam: no podeis creer en esa política del todo sobrenatural y sagrada; no lo estraño. ¿Mas con qué derecho os atreveis á sustituirle otra en vuestras inconsideradas afirmaciones, para presentar ante el tribunal de las generaciones, como culpables de un pensamiento que no tienen, que nunca tuvieron, á una sociedad de hombres para quien, al parecer, la justicia y la verdad se hicieron tanto como para vosotros?

Pero sigamos.

Trascurrido han dos años, hánse pronunciado los votos; sonado há la hora de los estudios: el religioso de la Compañía entra en una nueva carrera.

II. — ESTUDIOS.

Demás del poder del egemplo y la vida del espíritu, ha menester tambien el hombre apostólico la ciencia competente para ayudar mejor á sus hermanos á conseguir el entero cumplimiento de sus destinos.

«Así pues, dice S. Ignacio, cuando en los que son admitidos entre nosotros se habrá echado el cimiento de la abnegacion y del progreso necesario de las virtudes, entonces se pensará en levantar el edificio de sus conocimientos (1).»

Sin duda deberá ponerse cuidado, en que por conse-

---

(1) Const., IV, Prœm.: Instit. Soc., t. 1, p. 378.

cuencia del fervor de los estudios, no llegue á entibiarse el amor de las virtudes sólidas y de la vida religiosa; pero será no menos conveniente aplicar sábios temperamentos á los egercicios de mortificacion y de piedad; porque los estudios exigen en cierto modo á todo el hombre, *quodam modo totum hominem requirunt* (1). Así vemos que en las Constituciones todo se contrapesa y concierta segun las reglas de la moderacion mas segura y de la mas alta prevision.

Entre los hombres, es corto el número de los que son al mismo tiempo sábios y virtuosos, *boni simul et eruditi pauci inveniuntur*. Por eso la idea de los primeros fundadores de la Compañía fue admitir en su seno algunos jóvenes en cuya buena educacion se pusiera el mayor cuidado, y que, por sus cualidades, diesen la esperanza de ver realizarse en ellos algun dia esas dos condiciones de la ciencia y de la virtud, necesarias á un tiempo para trabajar con fruto en la salvacion de las almas.

Estas son tambien las propias palabras de S. Ignacio; palabras que encierran el sentido, el fin y la razon de nuestros estudios (2).

Su curso debe seguirse regular y fielmente, á no ser que la edad, la falta de disposicion ó de salud, las necesidades del santo ministerio ó la calamidad de los tiempos opongan á ello insuperables obstáculos.

Los dos años que siguen á los del noviciado se consagran desde luego á la retórica y á la literatura; tres años á la filosofía y á las ciencias físicas y matemáticas, algunas veces mas (3).

---

(1) Const., part. IV, c. 4, § 2: Instit. Soc., t. 1, p. 383.
(2) Const., part. IV. Prœm. litt. A: ibid., p. 379.
(3) Const., part. IV, c. 5, § 2 y 3: Rat. Studior., Reg. Prov., 17 y 18: Instit. Soc., t. 1, p. 385; t. 2, p. 172.

Viene luego lo que llamamos la *regencia*, ó la enseñanza de las clases en un colegio. Hácese de manera que el jóven profesor, comenzando por una clase de gramática, suba sucesivamente, y recorra uno tras otro todos los grados del profesorado. Hay en ello utilidad grande para sí, y servicio de los demás; aprendiendo mucho, se cumple con todos los deberes de un celo asíduo para con la juventud que tanto lo merece, y en los cargos que son tal vez los que mas requieren.

La educacion ocupa un gran lugar en nuestra vida, cuando se nos permite seguir nuestras Constituciones en este punto.

Hácia la edad de veintiocho ó treinta años, envíase al religioso á estudiar teología. Este estudio, junto con el de la Escritura santa, del derecho canónico, de la historia eclesiástica y de las lenguas orientales, ocupa cuatro años, y aun seis respecto de los que mostraren disposicion notable. No se confiere el grado del sacerdocio sino al fin de los estudios teológicos, rara vez antes de los treinta y dos ó treinta y tres años.

Despues de cada año de este largo curso de estudios, se sufre un severo exámen; nadie pasa al curso del año siguiente sino despues de un juicio favorable formado por los examinadores acerca del año precedente.

Acabados todos los estudios, los que hasta allí han salido bien en los exámenes anuales, sufren un exámen general sobre la universalidad de las ciencias filosóficas, físicas y teológicas. El haber obtenido en este postrer exámen, de cuatro votos los tres favorables, es una de las condiciones necesarias para ser admitido á la *profesion* (1).

---

(1) Const., part. IV, et Ratio Studior., Reg. Prov., passim.

Tal es el órden de estudios para los jóvenes religiosos de la Compañía de Jesus.

Por lo visto, es conforme al fin que el Santo fundador se propuso. Para la mayor gloria de Dios, y el mayor bien de las almas, un largo aprendizage prepara los operarios evangélicos á todas las posiciones, á todos los ministerios sagrados. S. Ignacio quiere, en cuanto sea posible, hombres sólidamente instruidos, hombres que no se estravíen, que caminen con seguro paso por las sendas de la verdad, y á quien las sanas doctrinas alumbren y guien siempre; hombres que sepan cuanto debe saberse, que se coloquen fielmente en presencia del movimiento de la ciencia y se mantengan á su altura; que en todo, así en historia, física, filosofía, literatura, como en teología, no se queden atrás de su siglo, sino que puedan seguir ó aun ayudar sus progresos, si bien no olvidando nunca que están consagrados á la defensa de la religion y á la salud de las almas.

Hásenos dado en rostro con que no formamos hombres de gran talento.

Yo creo que entre las mas bellas glorias de la Francia se contará siempre á Corneille, Racine, Moliere, La Fontaine, Bossuet, Bourdaloue, Condé, Turena, Descartes y Pascal; pues de estos once grandes hombres, siete fueron discípulos de los Jesuitas.

En cuanto á nosotros mismos, se nos permitirá tal vez recordar esa muchedumbre de hombres útiles que ha producido la Compañía en todos los ramos del saber humano, como en todo género de cargos evangélicos.

Y el que quisiera ser justo, ¿no encontraria los caracteres del ingenio teológico en Suarez y Vazquez, á quienes Benedicto XIV llamó dos lumbreras de la teología; *duo luminaria theologiæ*, en Belarmino y de Lugo: el talento de la elocuencia del púlpito en Señeri, en Bourdaloue, de quien decia Bossuet: *este hombre será eternamente*

nuestro comun maestro: y en fin el ingenio de la ciencia en Petau, Sirmond, Kircher, Clavio, Gaubil, Grimaldi (1)?

Además, S. Ignacio quiso formar hombres apostólicos; y no temo decir que las diferentes edades de la Compañía han realizado en esta parte el gran pensamiento de su fundador.

A mas de doce mil asciende el número de los escritores Jesuitas; pero plácenos mas recordar nuestros ochocientos mártires inmolados por la fe, nuestros ocho mil misioneros cuya vida preciosa en el acatamiento del Señor se ha consumido en los trabajos del celo entre los salvages é infieles, y aquellos padres, aquellos hermanos venerados y queridos cuya santidad ha canonizado la Iglesia y á quien ha puesto solemnemente en los altares.

Sin embargo no han acabado aun todas las pruebas para el religioso de la Compañía; hace ya muchos años que ha salido del noviciado; las Constituciones le ordenan que entre de nuevo.

III. —TERCER AÑO DE PROBACION, Ó ULTIMA PRUEBA ANTES DEL EGERCICIO DEL SANTO MINISTERIO.

Permítaseme decir, que esta es la obra maestra de S. Ignacio. El hombre á quien destina al ministerio apostólico ha pasado como novicio dos años de recogimiento

---

(1) Lalande ha escrito: «entre las calumnias que la rabia de los protestantes y de los jansenistas exhalaba contra ellos (los Jesuitas), llamó mi atencion La Chalotais, cuya ignorancia y ceguedad llegó al estremo de decir que los Jesuitas no habian producido matemáticos. Hacia yo entonces la tabla de mi astronomía, y puse en ella un artículo sobre los Jesuitas astrónomos; admiróme su número. Tuve ocasion de ver á La Chalotais en Saintes en 1773: echéle en cara su injusticia, y la confesó.

y de silencio; luego han venido nueve años de estudios y cinco ó seis de enseñanza; acaba de ser ordenado sacerdote, y todavía no ha egercido las funciones del sacerdocio; por lo comun cuenta treinta y tres años de edad, y han pasado para él quince ó diez y seis años de vida religiosa: el religioso, el sacerdote vuelve al noviciado.

Por espacio de un año entero va á renunciar de nuevo á todo estudio y á toda relacion de fuera. Púsose gran cuidado en cultivar su entendimiento; ahora debe por última prueba y por última preparacion, egercitarse, segun la notable frase de las Constituciones, en la escuela del corazon, *in schola affectus*. La espresion es difícil de comprender; para penetrar su sentido, he necesitado el año entero, y no pretendo esplicarlo.

Diré solamente: ese religioso, ese sacerdote ha podido adquirir estensos y variados conocimientos: ha podido tambien dar ya pruebas de abnegacion y de celo: en el seno de la soledad, en una vida de retiro y de silencio, hecho mas presente á Dios y á sí mismo, antes de ser entregado á los demás, van á aplicarle cuidadosamente «*in schola affectus* á todo lo que afirma y hace adelantar en una humildad sincera, en una abnegacion generosa de la voluntad y aun del juicio, en el despojo de las inclinaciones inferiores de la naturaleza, en un conocimiento mas profundo, en un amor de Dios mas ferviente; de este modo, despues de haber fortalecido en su alma, y hecho penetrar en ella mas hondamente esa vida verdaderamente espiritual, podrá ayudar mejor á los demás á adelantar en los mismos caminos para mayor gloria de Dios y de nuestro Señor (1)."

Esto es lo que llamamos en la Compañía *el tercer año*

---

(1) Const., part. v, c. 2, § 1. — Exam., c. 4, § 16: Instit. Soc., t. 1, p. 405 y 348.

de probacion, el último año de preparacion y de prueba. Pasa muy veloz ese tiempo de un santo reposo que ya no volverá. Yo lo he gozado, no me será ya dado disfrutarlo antes de mi muerte; y sea cual fuere el número de años que Dios me reserva aun en este triste mundo, no volveré á encontrar mas el año del reposo.

Entonces se recorre de nuevo por espacio de un mes la gran carrera de los *egercicios*; entonces la oracion, la meditacion se prolongan; el espíritu del Instituto, las condiciones del apostolado, la pobreza, la mortificacion, la obediencia, todo cuanto constituye los deberes del religioso es de nuevo estudiado, profundizado. Algunas instrucciones en la doctrina cristiana dadas á los niños, algunas misiones en los campos vienen solo á interrumpir la soledad y servir como de preludios á los ministerios de que mas gusta un corazon de apóstol. Confieso que me es delicioso sobremanera el contemplar aquel tiempo en que me fue dado evangelizar á algunas pobres poblaciones de las montañas; muy á menudo lo he echado menos despues; muy á menudo el apostolado de las grandes ciudades ha contristado mi espíritu y fatigado mi corazon; y la juventud, á quien tengo la dicha de ver tan frecuentemente reunida en rededor de la sagrada cátedra, me perdonará este recuerdo y este sentimiento, cuando la diga con toda la sinceridad de mi alma, que nunca me ha dado sino consuelos.

Concluido el año, los superiores se informan religiosamente de los progresos hechos en la virtud y la ciencia, y segun el juicio que forma el mismo Padre General por los informes que ha recibido, se da el grado; *(gradus)*; es decir, que le admiten á pronunciar los últimos votos de *Coadjutor espiritual ó de Profeso*. Que estas dos clases de religiosos hay entre nosotros. Unos y otros son iguales en todo; ningun privilegio, ninguna prerogativa disfruta nadie en la Compañía. Aun los destinos de superiores

se dan con preferencia á los coadjutores espirituales, y los profesos les están generalmente sometidos. Hay sin embargo algunos cargos, aunque en muy corto número, reservados á estos últimos; los profesos tienen igualmente el derecho, con ciertos superiores que la regla designa, de asistir á las congregaciones ó asambleas provinciales y generales de la órden. Estas reuniones son bastante raras y están limitadas á ciertos casos.

Así, despues de los dos años de noviciado vienen los tres votos de religion, simples pero perpétuos; despues de quince ó diez y siete años de pruebas ó de estudios, despues de un tercer año de noviciado vienen los votos solemnes de profeso, ó los últimos votos del coadjutor; tal es la gradacion regular (1).

El que se dignase reflexionar gravemente sobre esta economía religiosa de pruebas y trabajos preparatorios, el que quisiera esplicarse esta legislacion tan prudente, tan vigorosa, tan digna del genio apostólico de S. Ignacio, gustaria de representarse al Santo fundador como el artífice encorvado afanosamente sobre su obra para labrarla y perfeccionarla; que la ensaya, y vuélvela á tomar luego para labrarla otra vez y rehacerla, y no la entrega á su destino sino cuando ha apurado todos los recursos de un arte paciente y animoso.

De este modo es preparado largamente y trabajado, como digamos, el religioso de la Compañía de Jesus; le forman, le ensayan, vuélvenle á tomar luego y regenerarle en la fuente de las fuerzas activas del espíritu, en el taller de la soledad y del silencio. Y no es eso todo: cada dia de su vida, por espacio de largas horas, deberá

---

(1) Exam., cap. 1, § 7, 8, 9. — Const., part. v, c. 1, litt. A: Inst. Soc., t. 1, p. 340 y 402.

entrar de nuevo en el retiro interior del alma, para despojarse allí de todas las influencias de la tierra y de los pensamientos mundanos, para reconquistar las ideas sublimes de la fe, brújula divina con cuyo ausilio puede mejor arrojarse luego por entre las agitadas olas de los errores y pasiones humanas, y alargar la mano á los pobres náufragos á quienes se esfuerza en conducir al puerto de la eterna salud.

Sabido es ahora el modo como se forma un religioso de la Compañía de Jesus. Cierto, ningun fundador multiplicó tanto como el nuestro las preparaciones y las pruebas. No parece sino que se propuso imitar laboriosamente la educacion instintiva del ave que domina en los aires. Quiere que sus discípulos dejando como estrangeras las bajas regiones de los afectos terrestres se eleven hasta contemplar hito á hito en su carrera al divino sol de justicia, y sepan de continuo renovar las fuerzas de su alma y aumentar el brio de su accion al calor vivificante de sus rayos.

¡Dignese la gracia de Dios realizar en nosotros el pensamiento de nuestro padre! ¡Ojalá que todos nosotros, haciendo humildes y generosos esfuerzos, podamos corresponder á los deseos de su grande alma, y andar por los caminos que nos trazó!

Llegado en fin el dia de la accion, para la mayor gloria de Dios y el servicio de sus hermanos, el Jesuita será mas que nunca indiferente á todos los lugares, á todos los empleos, á todas las situaciones (1). No repelerá lejos de sí, con denegacion incontrastable, sino los honores y las dignidades (2). Las respeta y admira en los demás, como lo mas sublime de la abnegacion y de una

---

(1) Const., part. VII, c. 2, § 1 in fine; p. 417 et alib passim.

(2) Const., part. X, § 6: Instit. Soc., t. 1, p. 446.

gloriosa servidumbre. Tambien él se sacrifica en servicio de los demás, pero siempre para obedecer, nunca para mandar, sin reserva, sin escepcion, para siempre.

La clase de sétima en el colegio, la penosa vigilancia del dia y de la noche entre las paredes de una sala de estudio ó de un dormitorio; la China, las Indias, los salvages, los infieles; el árabe, el griego; las repúblicas, las monarquías; el ardor de los Trópicos y los hielos del Norte; la heregía y la incredulidad; los campos y las ciudades; las sangrientas resistencias del bárbaro, y las cultas luchas de la civilizacion; la mision y el confesonario; el púlpito y las investigaciones estudiosas; las prisiones, los hospitales, los lazaretos, los egércitos; el honor y la ignominia; la persecucion y la justicia; la libertad y los calabozos; el favor y el martirio; con tal que Jesucristo sea anunciado, la gloria de Dios propagada y salvadas las almas, todo es de igual indiferencia para el Jesuita. Tal es el hombre que las Constituciones han querido dar al apostolado católico. Sin duda podemos deplorar delante de Dios el no alcanzar siempre este objeto con el valor perseverante que exige; pero al menos, forzoso es confesar que el objeto no está falto de grandeza, y que consagrar á ello su vida, es tal vez darle algun precio: y he dicho la verdad.

IV. — GOBIERNO DE LA COMPAÑÍA.

Este es acaso el punto de nuestras Constituciones de que se han preocupado mas algunos. Hablaré de él tambien con sencillez; y espero que lo que voy á decir, será muy bastante á disipar las preocupaciones.

En toda sociedad se necesita de un gobierno y un poder; en la Sociedad de Jesus, para conservar el vigor de las leyes y la unidad de espíritu y de fin, para mantener la armonía de los medios y la sumision de numerosos

miembros en medio de los trabajos mas diversos, era necesaria una autoridad. El General de la Compañía es su depositario. Sin embargo, por mas que sobre este asunto se haya dicho, no la egerce sino con arreglo á la gran ley católica, es decir, con la mas perfecta dependencia respecto del vicario de Jesucristo, gefe supremo de la Iglesia (1).

Perdónenseme los pormenores en que voy á entrar; si deseo darlos es porque quiero que se nos conozca enteramente, y afirmo que fuera de lo que voy á decir, nada puede suponerse sobre la Compañía de Jesus que no sea falso de todo punto.

Seré lo mas corto y conciso que me sea posible.

Cuando ha de nombrarse General, la Sociedad se reune en *congregaciones provinciales*, es decir, que en cada provincia de la Compañía, los profesos y ciertos superiores son convocados y se reunen.

El padre provincial y dos profesos elegidos por la *congregacion provincial* pasan á Roma para componer la *congregacion general*. Esta procede igualmente por via de eleccion; y así es como la Sociedad representada por los diputados de las provincias elige á su General (2).

Le da cierto número de asistentes sacados de las diferentes naciones, y á quienes debe consultar en las cosas que conciernen á su administracion. La Sociedad designa igualmente un *Admonitor*, cuyo cargo es advertir al General, señaladamente en lo que mira á su conducta personal y privada (3).

---

(1) Const., part. IX, c. 3, § 1: Instit. Soc., t. 1, p. 436.

(2) Const., part. IX, c. 3 y 6: Instit. Soc., t. 1, p. 436 y 442.

(3) Const., part. IX, c. 4, § 4, y c. 5, § 2: Instit. Soc., t. 1, p. 430 y 440.

Biblioteca Universitaria de Valencia

Por lo demás la autoridad del General no tiene otro contrapeso regular y ordinario: está obligado á tomar y recibir consejos, pero él solo es juez de su última determinacion. En un caso estremo que nunca se ha presentado, y que, Dios mediante, nunca se presentará, las provincias podrian elegir diputados, y los asistentes convocarlos, á fin de deponer al General que se haya hecho indigno ó incapaz (1).

Todos los superiores, todos los miembros de la Compañía están sujetos al General y deben obedecerle.

Todos pueden recurrir á él libremente, y escribirle como á los demás superiores (2). Es el padre comun. La subordinacion es grande, pero los recursos son numerosos y fáciles.

Como todas las otras órdenes religiosas, la Compañía está dividida en provincias. En cada provincia ó subdivision de pais, un provincial es el superior de todos los establecimientos que contiene; todos los años los visita exactamente por sí mismo; todos pueden dirigirse á él para esponerle sus necesidades y sus penas. El provincial tiene sus consultores y su *admonitor* nombrados por el General; tambien debe tomar y recibir sus dictámenes.

Finalmente, cada casa tiene con este ó el otro título su propio superior, sometido al Provincial y al General. El superior de cada casa tiene igualmente un consejo y un *admonitor*. Tal es la forma del gobierno de la Compañía: la unidad de poder, la multiplicidad de votos consultivos. De este modo la sabiduría posee toda su luz y la accion todo su poder.

---

(1) Const., part. IX, c. 4, § 6 y 7: Instit. Soc., t. 1, p. 439.

(2) Const., part. IX, c. 3 y 6: Instit. Soc., t. 1. p. 436 y 442.

El General es vitalicio; todos los demás superiores, cualesquiera que sean, no son nombrados sino para tres años; sin embargo pueden ser reelegidos; y todos se reputan dichosos cuando llega el término y quedan libres de la carga (1).

Esta sencilla organizacion entraña mucha fuerza y suavidad, muchos elementos de órden y de paz, muchas garantías y apoyos conservadores. Es un rodage fácil y regular que desenvuelve su accion tranquilamente. Hay siempre muchas conciencias que velan por deber cerca de la autoridad, y la ilustran y la avisan respetuosamente y dan cuenta á la autoridad superior.

Las reglas, los consejos, las libres comunicaciones, los recursos siempre abiertos y el principio interior de caridad que es el alma de todo, se aunan para producir un estado de cosas en que ninguna autoridad es independiente y absoluta. Las leyes solas tienen un soberano imperio.

Así todos contribuyen en algun modo al egercicio de la autoridad y todos obedecen.

Sin embargo he ahí lo que algunos han osado llamar despotismo, delacion, servidumbre; cuando en realidad no hay sino órden, respeto, legítima vigilancia y verdadera libertad.

Es claro que para un cuerpo religioso y apostólico aquí debian parar las combinaciones y prescripciones de la prudencia. Su conservacion y buen éxito debian dejarse á Dios mismo, á su espíritu, á su atenta Providencia. Demás de que, cuando por medio de las largas preparaciones y las pruebas que dirigen las elecciones, se ha adquirido la moral certidumbre de no tener

---

(1) Const., part. IX, c. 3 y 6: Instit. Soc., t. 1, p. 436 y 442.

por gobernantes sino hombres de probidad, de conciencia, desinteresados y capaces, ¿qué otra medida pudiera mejor responder á un cuerpo de su porvenir? Hágase lo que se quiera, la garantía mas segura y aun la única eficaz en punto de gobierno será siempre la probidad, la religion, el celo de los depositarios de la autoridad.

Y en cuanto á los que quieren juzgar de todo segun las menguadas ideas de la política humana, que respecto de una sociedad religiosa no saben tomar en cuenta ni el elemento divino depositado en sus leyes, ni el poder regulador de una caridad verdadera, hablarán siempre como ciegos de nuestro Instituto, de su fuerza vital y de su régimen interior. No suponeis sino desconfianza mútua y triste esclavitud en nuestra vida; no la conoceis. En todos vuestros juicios ni uno solo hay que sea exacto. Habeis hecho mucho ruido y discursos sin verdad. Ignorabais: pero cuando se ignora, el silencio es la ley del honor, y donde vosotros habeis prodigado la injuria, yo que sé he dicho la verdad.

Por lo demás, ¿quereis juzgar mejor á esos hombres? Sabed cuál es la vida que llevan.

V. — DIA DEL JESUITA.

A las cuatro de la mañana la campana toca á despertar; el hermano *Dispertador* recorre al punto los cuartos, y avisa con el piadoso saludo: *Benedicamus Domino*. Un cuarto de hora despues torna á pasar para probar la obediencia puntual de todos á este primer deber de la regla. Así es como una exacta disciplina viene siempre en ausilio á la buena voluntad personal. El uso llama entonces á los religiosos de la Compañía á la capilla, al pie del Santísimo Sacramento. A las cuatro y media entra de nuevo en su celdilla para vacar solo á la oracion por espacio de una hora.

La campana del *Angelus* pone fin á la meditacion: los sacerdotes dicen sucesivamente su misa; y despues de la accion de gracias, comienza el curso de las ocupaciones diarias. En verdad no nos faltan; y pudiera decir, que el tiempo es un bien que dentro vienen á robar al Jesuita, tanto quizá, como le disputan fuera, aunque con miras muy diversas, el honor y la libertad.

Sin embargo hay siempre reservadas algunas horas para el trabajo solitario y el estudio. Los unos, y son los mas, se aplican á las penosas y lentas preparaciones que exige la predicacion Evangélica: otros se entregan á las investigaciones científicas é históricas. Todos se emplean en las activas funciones del ministerio de las almas, que en general dejan poco lugar á un pacífico ocio. Además, á no ser que la imperiosa necesidad obligue al religioso á prohibir severamente el acceso de su pobre celdilla, está casi siempre sitiada de visitas. Y allí se presentan libremente los hombres de todos los estados, de todas las opiniones: todos los géneros de infortunio, todas las allicciones del alma vienen alternativamente á escitar nuestra compasion y nuestro celo. La estadística de las visitas de un solo dia en la habitacion de alguno de nosotros, seria á las veces una curiosísima historia. Muchas acaso tendrá en ellas su parte la policía, y los intrigantes buscarán la suya; pero siempre quedará la mayor para los que sufren, y que vienen confiadamente á pedirnos consuelo y verdad. A todos se procura hablar el lenguage de la fe y de la caridad: los que habian venido para tentarnos y cogernos en nuestras palabras, retíranse muchas veces confusos, y acaso alguna vez desengañados; y otros en mayor número, creemos que consolados en sus penas. Así es como algunos hombres enemigos se han hecho los amigos fieles de aquellos á quien no conocian y que han aprendido á conocer.

¿Qué diremos ahora de las demandas que algunos nos

dirigen, como á hombres de influencia? Buenas gentes, que llegan á creer en fin lo que les venden acerca del poder de los Jesuitas. ¿Cómo quererlas mal? Pero es preciso confesar, que en nuestras horas de recreo, nos hacen pasar algunos ratos divertidos.

El religioso, el sacerdote se debe á todos; las mugeres cristianas, y aquellas que sienten la necesidad de hacerse tales, preguntan por él; baja al lugar asignado para recibirlas; y la caridad no le permite siempre volver á subir tan presto como quisiera. Llámanle tambien al confesonario; vase allá; y aunque cierto haya un gran bien que hacer allí, aunque se hallen algunas de esas almas fuertes que son los ángeles de sus familias, las madres de los pobres, los apoyos de todas las buenas obras, preferimos desempeñar este ministerio con la juventud de las escuelas y del mundo que todavía quiere confiar en nosotros y hacernos depositarios de sus flaquezas, de sus combates y virtudes.

Las relaciones del ministerio ó algunas horas de trabajo que se les roban; he ahí pues lo que llena la primera parte del dia y lo que llenará la segunda.

Llega el mediodia, que es un tiempo de parada en la vida de comunidad. Empléase desde luego un cuarto de hora en el exámen de conciencia acerca de la mañana, á fin de encontrarse uno nuevamente mas cerca de Dios y de sí mismo. Bájase despues al refectorio, donde el silencio y la lectura sazonan una frugal comida que dura como media hora. Visitan juntos el Santo Sacramento, y se reunen luego para el recreo. Francamente lo digo, yo quisiera que se contemplara entonces desde algun observatorio á esos formidables Jesuitas; tal vez al ver la libre cordialidad, los sencillos desahogos, la leal alegría de sus pláticas, ya no se les tendria por esos seres tenebrosos y maléficos á quienes se ha pintado tantas veces con los mas negros colores. Esas odiosas preocupaciones son tan

contrarias á mi carácter, que no puedo traerlas á la memoria sin contristarme, y me ofende hasta el lenguage que acabo de emplear.

Nos separamos despues de tres cuartos de hora. Vuélvese al silencio, al trabajo, y por lo comun al confesonario, comenzando á oir nuevamente la larga historia de las penas y enfermedades de las conciencias mundanas. Se oye así al pobre como al rico, al niño y al hombre hecho. En caso de necesidad se va tambien á consolar á los enfermos y moribundos en su lecho de dolor, y estos religiosos deberes se desempeñan principalmente en las primeras horas de la tarde. Pero nos abstenemos de toda visita que no sea sino pura distraccion ó ceremonia. Nunca un Jesuita se deja ver en el mundo; nunca come fuera de la comunidad, á no encontrarse de ella separado por causa de mision evangélica.

Viene la noche; sin embargo ha sido preciso encontrar tiempo para la oracion y el oficio divino; se le ha aprovechado tan luego como se ha podido. A las siete reune la cena á los habitantes de la casa; siguen otra vez algunos instantes de recreo; á las siete y cuarto rézanse en la capilla las letanías de los Santos; concluidas, cada cual se retira á su cuarto y consagra una media hora á la lectura espiritual y al exámen de su conciencia. A las nueve se toca á descanso. Algunos, con permiso de los superiores, podrán prolongar todavía el trabajo ó la oracion; algunos otros, por la madrugada, se adelantarán á la hora del despertar comun; pero todos obedecerán á la prudente autoridad que vela en la conservacion de la salud y de las fuerzas necesarias.

De este modo se siguen los dias y se parecen. Son llenos, penosos muchas veces, sin embargo apacibles. Y he ahí en la realidad á esos hombres á quienes se juzga tan peligrosos al estado, á la Iglesia, á la causa de las libertades públicas, al bien de las familias.

VI. —LA OBEDIENCIA.

Acabaré el análisis de las Constituciones dando la idea exacta de la gran ley de obediencia. Convengo en que ella es nuestra alma, nuestra vida, nuestra fuerza y nuestra gloria. Este es el punto capital del Instituto, y el punto tambien capital de los ataques. Hablaré de ella con la misma sencillez y precision que de las cosas que preceden.

He aquí las palabras de S. Ignacio, que traduzco literalmente.

«Todos procurarán observar principalmente la obediencia y sobresalir en ella. Es preciso tener delante de los ojos á Dios nuestro Criador y Señor, por el cual se presta obediencia al hombre." Esto es lo que la justifica y ennoblece. No conviene que los corazones se encorven bajo el yugo del temor; por eso el Santo Legislador añade: «Conviene poner el mayor cuidado en obrar con espíritu de amor, y no con la inquietud del temor, *ut in spiritu amoris et non cum perturbatione timoris procedatur....* En todo aquello á que la obediencia puede estenderse con caridad (es decir, sin pecado), seamos tan prontos y dóciles como sea posible á la voz de los superiores, como si fuera la voz misma de Jesucristo nuestro Señor; porque á él es á quien obedecemos en la persona de los que ocupan para nosotros su lugar.... Cumplamos pues con gran presteza, con alegría espiritual y perseverancia todo lo que se nos mande, renunciando por una especie de obediencia ciega á todo juicio contrario; y esto en todas las cosas ordenadas por el superior, *y en que no se halle pecado.*"

Aquí se encuentra el dicho famoso y tantas veces comentado: «estén todos bien convencidos de que viviendo debajo la ley de la obediencia, deben sinceramente dejarse llevar, regir, remover, poner, trasponer por la divina

Providencia por medio de los superiores, cual si fueran cadáver, *perinde ac si cadaver essent;* ó bien así como el báculo que un anciano tiene en la mano, y que le sirve á su antojo." Y el Santo Legislador, esplicando su pensamiento, añade: «Así el religioso obediente cumple con alegría aquello que el superior le ha encargado para el bien comun, seguro de que obrando así corresponde verdaderamente á la voluntad divina mucho mejor que si inspirado por su propio juicio formara empresas á gusto de una libertad inconsiderada, y algunas veces por los movimientos de una libertad caprichosa (1)."

Quisiera que se releyeran atentamente estas palabras, y se procurase entenderlas bien. Se ha metido con ellas mucho ruido; y sin embargo ni aun se ha comprendido su sentido, ó al menos se le ha desfigurado estrañamente.

Volveré á las palabras su significado, y sus derechos á la buena fe.

Y en primer lugar recordaré simplemente que todas las órdenes religiosas están ligadas por el mismo voto de obediencia, que todas espresan y entienden del mismo modo la virtud de obediencia.

¿Pero se quiere ir al fondo mismo de las cosas? ¿Se quiere hablar segun razon y principios?

Busque cada uno en sus recuerdos lo que hay de bello, de grande y de mayor estima entre los hombres.

¿Serán por caso las magnificencias del órden perfecto? Pues bien, todo el órden consiste en la justa subordinacion. Gravitar hácia un centro comun es el órden mismo de la naturaleza: pero esto es la obediencia.

El órden y la armonía del cuerpo humano son tambien admirables: pero la cabeza manda.

---

(1) Const., part. VI, c. 1, § 1: Instit. Soc., t. 1, p. 407.

La prudencia y la seguridad de miras son preciosas y muy raras en la conducta de los negocios. Pero la sabiduría del hombre, dice Fenelon, no se halla sino en la docilidad. El verdadero sábio es el que agranda su sabiduría con toda la que recoge en otro. Esto es exacto.

El hombre que está solo consigo mismo, que se fia de sus propias ideas y se exime de todo consejo; ese no tiene ya ni sabiduría ni prudencia.

Así pues el religioso es verdaderamente cuerdo; porque el superior es para él por estado el consejo, el apoyo, la razon de un padre. Contemplad á una familia pacífica y bien arreglada; ¿por ventura el alma de su prosperidad no es la subordinacion y la obediencia?

Pero debo asentar aquí el gran principio; principio que cierto no es del dominio estrecho de la humana filosofía, sino que es propio de la fe. Supóngala al menos por un momento el que sea tan desgraciado que no la tenga.

¿Cuál es pues el sentido de la obediencia del Jesuita, y para hablar mas exactamente, de todo religioso sin escepcion? Hélo aquí bajo el punto de vista de la fe, el único que hay práctico y verdadero en esta materia:

Dios en su providencia sobrenatural y particular, ha establecido en el seno de la Iglesia un género de vida y de perfeccion evangélica cuyo fundamento y esencial carácter es el voto de obediencia.

Al mismo Dios es á quien el religioso consagra su obediencia: Dios la acepta, y se obliga así en cierto modo á dirigir y gobernar por medio de una autoridad siempre presente las acciones del que quiere y debe obedecer.

Dios vive, Dios obra, y dirige en la Iglesia las funciones de todo el cuerpo y señaladamente las funciones de la gerarquía. Esta gerarquía, divina y no humana, constituye, aprueba, inspira los reglamentos y los superiores de las órdenes religiosas; por manera que la

obediencia de cada uno de sus miembros, por una idea de fe tan cierta como pura, debe subir á la autoridad del mismo Dios.

Yo obedezco á Dios, no al hombre: yo veo á Dios, yo oigo en mi superior al mismo Jesucristo: tal es mi fe práctica, tal el sentido de mi voto de obediencia y de las reglas que le esplican. Dejad pues al hombre, á su esclavitud ó tiranía: dejadme: yo obedezco á Dios, no al hombre.

Y ahora levantemos la mente, que hay aquí una teoría magnífica. Cierto, es sobrenatural y divina, pero esto nada importa. El superior manda con la conciencia de la autoridad que le viene de Dios: el inferior obedece con la conviccion de la obediencia que debe á Dios. El superior vive de la fe; el inferior tambien.

Pláceos á vosotros descartar la fe, y con eso apagais la antorcha de donde viene aquí toda la luz, y nos juzgais como ciegos al través de las tinieblas que son vuestra obra.

No, no hay aquí sino un solo principio, principio absoluto y soberano que debe considerarse y fuera del cual se desatina necesariamente en materia de obediencia religiosa: Dios reconocido, Dios respetado en los superiores.

Además, ¿qué hay en eso de singular?

No hay duda sino que S. Ignacio ha insistido mucho sobre la virtud y perfeccion de la obediencia; pero nada ha dicho de mas fuerte, ni aun tanto como los demás fundadores de sociedades religiosas: y esto es lo que no debieran ignorar los que nos combaten si lo hubieran sinceramente examinado.

S. Ignacio nos permite dirigir siempre á los superiores nuestras humildes representaciones, despues de haber consultado á Dios en la oracion; nos permite manifestarles respetuosamente nuestras opiniones contrarias á las suyas, y con esa lengua de moderacion y de prudencia, que sabia hablar tan bien, creyó que debia templar el

consejo de la obediencia ciega (*cæca quadam obedientia*) cuando los otros, todos los otros, la imponen con un rigor que no admite miramiento, con una estension que no conoce límites.

S. Benito, este patriarca de la vida religiosa en Occidente, cuyos discípulos han desmontado la Europa, y á quien las ciencias y las letras deben la conservacion de sus mas bellos tesoros; S. Benito, cuyo espíritu dominó largo tiempo sobre innumerables generaciones para civilizarlas é instruirlas; S. Benito, fundador de la vida monástica, ordena textualmente á sus discípulos que obedezcan hasta en las cosas imposibles: se comprende que es aquí el eco de la palabra Evangélica; véase el prefacio de sus reglas y los capítulos 5 y 68.

No ignoraba S. Ignacio el misterio de esa santa temeridad que se remite á Dios ciegamente, confiada en que trasladará los montes para hacer brillar los triunfos de la fe; pero no dejó la leccion por escrito.

S. Ignacio exhorta á los religiosos á que se dejen llevar y regir por la *Divina Providencia* (1), cual si fueran cadáveres; *perinde ac si cadaver essent*. Esta imágen no es suya, siendo evidente que la tomó del grande y admirable S. Francisco de Asís. Este hombre tan estraordinario, tan poderoso y apacible, á quien fue dado realizar tantas maravillas, que vino á mostrar á la tierra el Evangelio viviente de la pobreza y de la cruz en un apostolado tan bello y tan verdadero: S. Francisco de Asís no miraba como realmente obediente, segun refiere S. Buenaventura, otra lumbrera resplandeciente de la edad media, sino al que se dejaba tocar, remover, colocar, y mudar de puesto sin resistencia alguna, como un cuerpo sin vida, *corpus exanime* (2).

---

(1) Loc. cit.
(2) S. Bonav., vita S. Francisci, c. 60.

El mismo pensamiento espresaba tambien casi en los mismos términos, cuando decia su sentir á los religiosos, instruyéndoles acerca de la obediencia: «Muertos y no vivos quiero yo por discípulos." *Mortuos non vivos ego meos volo* (1); y ya Casiano habia empleado mucho antes esta enérgica imágen para significar la perfeccion de la obediencia (2).

En fin, por omitir todos los demás, S. Basilio, el legislador de los monges de Oriente y una de las figuras mas varoniles de las antiguas Iglesias, así como una de las mas bellas glorias del episcopado y de la ciencia sagrada, S. Basilio, en el capítulo 22 de sus Constituciones monásticas (3), quiere que el religioso obediente sea como el instrumento en manos del artífice, ó bien como la segur en manos de un leñador. Preciso es confesar, que el báculo del anciano, tan singularmente notado en S. Ignacio, es algo menos formidable.

¡Pero cómo! se dirá siempre, obedecer como ciego, someter uno su voluntad y su juicio, ¿es eso pensar, vivir como hombre? Sí; y aun es haber hecho gloriosas conquistas en la carrera de la dignidad humana, y aunque el horror hubiera aun de aumentarse, yo espondré esa horrible doctrina.

«¡Ay! dice la Escritura; ¡ay del que anda en su camino, y se harta de los frutos de sus propios consejos! ¡Ay del que se cree libre cuando no es determinado por otro, y no conoce que en su interior es arrastrado por un orgullo tiránico, por pasiones insaciables, y aun por una sabiduría, que bajo de una apariencia engañadora,

---

(1) S. Francisci Assis, opera; colloq. 40, in fol. Lugduni 1653, p. 80.

(2) De Instit. renunt., l. 12, c. 32.

(3) S. Basil. opera, edit. Bened., t. 2, p. 573.

es peor muchas veces que las mismas pasiones!" Fenelon es quien habla así (1); yo diré despues de él:

¡Oh Dios mio! ¡Cuánto deseára yo estar muerto á mí mismo, estar anonadado como lo entendian S. Ignacio y S. Francisco! Toda mi ambicion quedára satisfecha en este mundo. Hay almas piadosas y recogidas que aceptarán y comprenderán este lenguage; y para hacerlo entender á todos, los bellos y poderosos genios que han fecundado la Iglesia y derramado copiosamente los frutos de vida en el seno de las naciones, vendrán en mi ayuda y dirán mejor que yo cómo debe uno morir á sí mismo para bien vivir.

Oid á S. Pablo; «estais muertos y vuestra vida está escondida con Jesucristo.... estamos sepultados con él en la muerte.... Por lo que á mí toca, muero cada dia.... Estoy muerto y crucificado para el mundo, y el mundo está muerto y crucificado para mí.... Así mi vida es Jesucristo solo.... Somos como moribundos, y sin embargo vivimos (2).

Si el lenguage de S. Ignacio es estraño, al menos será fuerza convenir en que S. Pablo le habia dado buen egemplo. S. Pablo nos revela aquí sus mas admirables secretos: nos descubre el principio de donde, entre las largas luchas de su apostolado, fue á sacar la fuerza y la victoria. Muriendo pues de este modo al mundo, á sí mismo, á sus voluntades y deseos, á todo lo que no era Dios,

---

(1) Cristianismo presentado á los hombres del mundo, t. 6, p. 27.

(2) Mortui estis et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo. Coloss. c. 3, v. 3. — Consepulti sumus cum illo in mortem. Rom. c. 6, v. 4. — Quotidie morior, I. Corint., c. 15, v. 31. — Mihi mundus crucifixus est, et ego mundo. Gal. c. 6, v. 14. — Mihi autem vivere Christus est. Philip. c. 1, v. 21. — Quasi morientes et ecce vivimus. II. Cor. c. 6, v. 9.

así llevó á cima tan increibles empresas, consumó una carrera tan gloriosa, salvó tantas almas.

Esa lengua de S. Pablo habíala ya hablado antes una boca divina. ¿Y qué otra cosa significa esta leccion «si alguno quiere venir en pos de mí, renuncie á sí mismo, tome su cruz y sígame," si no esa misma abnegacion interior que es la muerte en nosotros de la voluntad é inteligencia propias, de esa falsa energía que nos mata, al paso que abdicándola vivimos de esa noble vida que enseñó el Señor?

Qué significa esta otra enseñanza del Salvador: «¿Conviene nacer de nuevo?" Mas, para renacer, es forzoso que antes se haya muerto; y morir, es principalmente obedecer; que obedeciendo señaladamente es como el alma se despoja de esa vida facticia y corrompida que le ha formado el orgullo, y se regenera en el seno de la vida nueva que la humildad le trae con la gracia.

Pero hay una sentencia de Jesucristo que el hombre apostólico debe meditar profundamente entre todas las demás: «El grano de trigo, si no muere, queda solo, si muere, produce mucho. Así el que ama su alma la perderá: y el que aborrece su alma en este mundo la guarda para la vida eterna (1)."

Pues bien, vuelvo á preguntar, ¿qué viene á ser ese aborrecimiento de sí mismo, esa muerte voluntaria y soberanamente codiciable para vivir y fructificar? ¿Qué es eso? ¿Blasfemareis contra la palabra evangélica?

---

(1) Si quis vult post me venire, abneget semetipsum et tollat crucem suam, et sequatur me. Matth. c. 16, v. 24. — Oportet vos nasci denuo. Joan., c. 3, v. 7. — Nisi granum frumenti mortuum fuerit, ipsum solum manet; si autem mortuum fuerit, multum fructum affert. — Qui amat animam suam perdet eam, et qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam æternam custodit eam. Joan., c. 12, v. 24.

Sí, nos dice la sabiduría increada, es necesario que murais, que seais sepultados en la tierra, que desaparezcais en la humillacion de vosotros mismos y en la abnegacion, y luego despues revivireis. Se os tornará á ver, reaparecereis llevando los frutos de vida. Por la muerte os habreis hecho la sal de la tierra, la luz que ilumina, el alimento de las almas y el trigo de Jesucristo.

S. Pablo quiso espresar enérgicamente en la misma persona del Salvador este divino principio de gloria y de vida, cuando dijo: Se anonadó, *exinanivit*: hízose obediente hasta la muerte, *obediens usque ad mortem*. San Ignacio en su ley de obediencia no ha querido espresar otra muerte que esa bella y fecunda vida del apostolado definido por Jesucristo y por S. Pablo.

¡Oh mi bienaventurado padre! No habia yo menester que la autoridad de vuestros preceptos fuera nunca justificada en mi presencia. La palabra con que me mandais morir obedeciendo es el mas puro y generoso espíritu del Evangelio. Lo creo con todas las fuerzas de mi alma, y lo proclamo á la faz de este siglo, que tal vez comprenda mejor ahora mi lenguage: no he encontrado la paz y la vida sino en la idea de esa muerte á mí mismo.

Cíteseme uno de los grandes nombres con que se honra la Iglesia católica que no haya enseñado esa doctrina sublime. Admirais á Bosuet: pues bien, tomad su discurso sobre la vida oculta, y hallareis que es un comentario magnífico del texto del Evangelio y al mismo tiempo del célebre dicho de S. Ignacio (1). Ese discurso es demasiado largo para que yo le traslade, y sobradamente bello para que le destroce en citas. Es necesario leerle entero. Recordaré solamente esta espresion de Bosuet: «Como está un muerto respecto de otro muerto,

---

(1) Obras de Bosuet. Versalles, 1816, t. 10, p. 315.

así está el mundo para mí y yo para el mundo (1)."

El ingenio tan profundo y piadoso de Fenelon mal podia olvidar ese estado de muerte espiritual: ¡cuántas veces discurre sobre este punto! «¿Qué es pues lo que debemos hacer, escribia? Es preciso renunciar á sí mismo, olvidarse, perderse.... ¡oh Dios mio! no tener ya mas voluntad ni mas gloria que la vuestra.... Dios quiere que mire yo á este sér mio, como miraria á un ser estraño.... que lo sacrifique para siempre, y lo refiera totalmente y sin condicion al Criador de quien lo tengo.... (2)" ¡Y este grito de S. Agustin que se ha mirado como una de las mas sublimes aspiraciones de su grande alma no seria mas que una locura! «¡ó morir á sí mismo, ó amar, ó ir á Dios!" Que es tambien lo que deseaba Fenelon cuando esclamaba: «¡oh Salvador, yo os adoro, yo os amo en el sepulcro, yo me encierro ahí con vos... yo no soy ya del número de los vivos! ¡oh mundo! ¡oh hombres! olvidadme, pisadme, estoy muerto, y la vida que me está aparejada estará escondida con Jesucristo en Dios (3)."

Tal es pues la muerte preciosa que la obediencia religiosa realiza por admirable manera: vivo y verdadero holocausto en que el hombre entero se sacrifica á Dios, á sus hermanos, á todas las obras grandes y gloriosas.

Vosotros no lo comprendeis, espíritus soberbios de este tiempo, enseñados á complaceros en todos los ambiciosos desvaríos de la razon humana, en todas las quimeras de independencia; lo concibo: mas, por Dios, guardaos de blasfemar lo que ignorais; lo que los santos y los

---

(1) Obras de Bosuet. Versalles, 1816, t. 9, p. 523.

(2) Obras de Fenelon. — Necesidad de conocer á Dios, t. 18, p. 281 y 285. París, 1823.

(3) Ibid. Sábado Santo, p. 125.

mas bellos ingenios han conocido; lo que nos han legado en sus testamentos religiosos.

No podeis comprender, y sin embargo algunas veces gemís; ¡ah! la tierra tiembla debajo de vuestros pies, y proponeis cuestiones sábias para definir qué plaga es esa que destruye la humanidad. ¡Cosa en verdad estraña! Se os vé al mismo tiempo ébrios de un orgullo insensato cantar sobre un abismo; y vacilantes siempre en la vida, celebrais el desenfrenado poder de pensar y decirlo todo, cuyos escesos temeis tambien. Os ufanais de esa fuerza que derriba siempre sin edificar jamás; enhorabuena; pero otros han pensado que reconquistarian la libertad, el órden y la paz de sus almas, abjurando en las manos de Dios y de una autoridad por él constituida, ese poderío de error, de perturbacion y de crímen que entraña el corazon del hombre. Rebelarse contra Dios, sacudir insolentemente su yugo, es tan fácil como desastroso. Domeñar el orgullo que brama, el pensamiento inquieto, las pasiones desalumbradas y todo ese yo desarreglado cuya independencia nos envilece y nos mata, eso es libertarse y vivir: es volver á un imperio verdaderamente fuerte y pacífico donde Dios reina, donde el hombre obediente reina tambien; porque hace el uso mas noble de su poder y de su libertad. Y si es costoso el morir de este modo á esa falsa y funesta vida; si es costoso conformar la inteligencia y los deseos á la sábia direccion que la religion imprime, y que Dios mismo reviste con su autoridad, tambien hay en ello el mas esforzado, el mas glorioso, el mas fecundo de los sacrificios, el sacrificio de sí mismo, y la victoria alcanzada sobre los mas indomables enemigos del hombre, su entendimiento y su corazon.

¿Qué es lo que muere aquí? Lo que no es digno de vivir, lo que dá la vida al alma retirándose: el orgullo, la vanidad, el capricho, la flaqueza, el vicio y la pasion.

No se hace morir, antes bien se reanima y robustece lo que es digno de la vida; es decir, el olvido de sí mismo, la virtud, la abnegacion, el valor verdadero.

Así es como el hombre, obedeciendo, hácese dueño de sí mismo, se levanta y agranda tanto con magnánima sencilléz, cuanto dista la verdadera servidumbre de la verdadera libertad.

¡Oh esclavitud, á quien la insolencia humana no se avergüenza de llamar libertad! decia Fenelon; y este era el grito de un gran corazon y de un bello talento.

Así el religioso no es ya esclavo; no sirve ya al genio, al capricho, á los sentidos, al orgullo ni á las pasiones; ha hollado sus tiranos. Está libre en los caminos seguros; la verdad y la prudencia arreglan sus pasos. Es libre, porque obedece á la sabiduría de Dios; y obedece para consagrarse á todas las obras útiles, á todos los sacrificios y á todos los trabajos para el bien eterno de la humanidad.

«Soldado, irás á colocarte á la cabeza de ese puente; permanecerás allí; tú morirás, nosotros pasaremos. — Sí, mi general."

Tal es la obediencia guerrera, *perinde ac cadaver*. Ella sirve, ella muere; y he ahí por qué la patria no tiene bastantes coronas, no tiene voces bastantes para celebrar su heroismo y su grandeza.

«Mañana saldrás para la China; la persecucion te aguarda, y acaso el martirio. —Sí, padre mio."

Perinde ac cadaver; tal es la obediencia religiosa. Ella hace al apóstol, al mártir; ella envia sus nobles víctimas á morir á las estremidades del mundo por la salud de hermanos desconocidos. Y he ahí por qué la Iglesia le levanta altares, le decreta su culto, sus pompas y sus cantos gloriosos.

Tal es la obediencia que se exige del Jesuita. Habeis creido poder entregarla á la irrision pública; os ha

parecido bien menospreciarla; dejadme pensar que hasta hoy no la habiais comprendido (1).

CAPITULO TERCERO.

Doctrinas de la Compañía de Jesus.

El 6 de Agosto de 1762, el parlamento de París dió el decreto que pronunció la supresion de la Compañía de Jesus. Segun los términos que preceden á la parte *dispositiva*, y que bien podemos mirar aquí como la espresion de los *motivos* que antiguamente no se enunciaban en los juicios, se declara á los Jesuitas culpables de *haber enseñado en todo tiempo y constantemente con aprobacion de sus superiores y generales*; «la simonía, la blasfemia, el sacrilegio, la mágia y el maleficio, la astrología, todo género de irreligion, la idolatría y la supersticion, la impudicicia, el perjurio, el falso testimonio, la prevaricacion de los jueces, el robo, el parricidio, el homicidio, el suicidio, el regicidio."

El catálogo no es completo. La misma sentencia trae

(1) Tal vez no sea inútil hacer notar aquí que la obediencia religiosa es esencialmente libre y voluntaria. El voto no tiene ya valor ni fuerza á los ojos de la ley; el religioso no puede ser obligado al cumplimiento de sus deberes por ninguna autoridad esterior y civil, como podia serlo en otro tiempo. La conciencia es hoy su único señor, su único juez. Conserva pues legalmente toda su libertad, y nunca pudiera su obediencia ser forzada. Algunos podrán ya tranquilizarse y no nos juzgarán tan dignos de lástima en un estado que hemos escogido y conservamos por el libre uso de nuestra voluntad de cada dia.

muchas denuncias y ochenta y cuatro censuras que notan y condenan la moral y la doctrina enseñada en la Sociedad de los Jesuitas, como « favorables al cisma de los griegos, atentatorias al dogma de la procesion del Espíritu-Santo, que favorecen el arrianismo, el socinianismo, el sabelianismo, el nestorianismo, conmueven la certeza de algunos dogmas sobre la gerarquía y los ritos del sacrificio y del Sacramento, destruyen la autoridad de la Iglesia, favorecen á los luteranos, calvinistas y otros sectarios del siglo XVI, reproducen la heregía de Wiclef, renuevan los errores de Ticonio, de Pelagio, de los semipelagianos, de Casiano, de Fausto, de los Marselleses, añadiendo la blasfemia á la heregía; injuriosas á los Santos Padres, á los apóstoles, á Abraham, á los profetas, á San Juan Bautista, á los ángeles; ultrajadoras y blasfemas contra la bienaventurada Vírgen María; destructivas de la divinidad de Jesucristo, que combaten el misterio de la redencion, favorecen la impiedad de los deistas, saben á epicureismo, enseñan á los hombres á vivir como brutos y á los cristianos á vivir como gentiles, etc. (1)"

Así todas las monstruosidades del entendimiento humano, todas las heregías, todos los errores, escepto solo el Jansenismo, todos los crímenes, todas las impiedades, todas las infamias fueron enseñadas por los Jesuitas en todo tiempo y constantemente. He ahí lo que hallé delante de mí en el umbral de la Compañía de Jesus, cuando Dios me inspiró el designio de abrigar en ella mi vida. Era yo magistrado, era hombre, y pasé adelante.

Las calificaciones que d'Alembert y Voltaire hicieron de este decreto son bastante conocidas y subsisten. La ley del sentido comun, que prevalece siempre en Francia, ha pronunciado tambien sin apelacion. Me limitaré á

(1) Coleccion de decretos concernientes á los llamados antes Jesuitas, en 4.°, t. 1, p. 367. París, Simon, 1766.

citar la opinion de Mr. de Lally Tolendal, la cual es notable por su gravedad:

«Creemos poder reconocer desde este momento, que, en nuestro sentir, la destruccion de los Jesuitas fue un negocio de partido y no de justicia: un triunfo orgulloso y vengativo de la autoridad judicial sobre la eclesiástica, y aun diríamos sobre la autoridad real si tuviéramos tiempo para esplicarnos; que los motivos eran fútiles; que la persecucion llegó á ser bárbara; que la espulsion de muchos miles de súbditos fuera de sus casas y de su patria, por metáforas que eran comunes á todos los institutos monásticos, por libracos sepultados en el polvo y compuestos en un siglo en que todos los casuistas habian profesado la misma doctrina, era el acto mas arbitrario y tiránico que pudiera egercerse; que *de ello resultó generalmente el desórden que acarrea una grande iniquidad*, y que señaladamente se hizo á la educacion pública una herida hasta de ahora incurable. M. Seguier, obligado por su cuerpo á tomar una parte activa en aquella guerra encarnizada contra algunos religiosos, hízolo al menos con toda la blandura y moderacion que pudo.... educado por ellos, podia juzgar cuanto se les calumniaba (1).»

Dejemos esto. Dos puntos me han llamado la atencion; me ha parecido que lo decidian todo, y bastaban al buen sentido y á la buena fe.

¿La Compañía de Jesus tiene doctrinas que la sean peculiares?

¿Qué espíritu la dirige en la enseñanza dogmática y moral de la religion?

S. Ignacio ha querido estas dos cosas: la seguridad

---

(1) Mercurio, 25 de Enero de 1806.

de la doctrina, y el espíritu de caridad y de celo evangélico.

Diré desde luego que la Compañía no tiene, hablando propiamente, doctrina que le sea peculiar; sigue las doctrinas mas comunmente autorizadas en la Iglesia; y en cuanto á las opiniones libres, deja tambien libertad á los entendimientos en la union de los corazones. Tal ha sido el sábio pensamiento de su fundador.

Un cuerpo tiene principalmente necesidad de armonía y de paz interior; la union entre los miembros es su vida. La diferencia de opinion y de doctrina, dividiendo los entendimientos, espone tambien muchas veces al riesgo de dividir los corazones. No es pues estraño que S. Ignacio haya recomendado á los religiosos de su Compañía, eviten, cuanto sea posible, esa variedad de enseñanza y de opinion, la cual quita con la union la fuerza, y viene á ser la ruina de la verdad misma. Los superiores deben poner el mayor cuidado en apartar este peligro (1).

Con este fin, y para celar tambien la integridad de la doctrina, nuestras constituciones sujetan á un exámen y autorizacion previos todos los libros que un religioso de la Sociedad quiera publicar (2). Esta garantía es necesaria, y moralmente suficiente.

Sin embargo, fácilmente comprendí, que nunca pudo ser el ánimo de la Compañía, al emplear tan prudentes precauciones, que la menor enseñanza de cada uno de sus escritores ó profesores viniera á ser la enseñanza de todo el cuerpo; ni que la aprobacion de tres ó cuatro examinadores y de un superior imprimiese al libro de un Jesuita una sancion de verdad irrefragable. Seguramente es

---

(1) Const., part. III, c. 1, § 18. — Exam., c. 3, § 11: Instit. Soc., t. 1, p. 372 y 344.

(2) Const., ibid. p. 372.

cosa muy sencilla el reconocer que algunos autores jesuitas, sus examinadores y prelados pudieron engañarse y se engañaron.

Mas parecióme evidentemente contrario á la justicia y al buen sentido el imputar á todo el cuerpo las opiniones ó los errores de algunos individuos; bien así como repugna que los individuos sean tenidos por irreprensibles, y que el cuerpo sea criminal y digno de condenacion. Porque en fin de unos miembros sanos nunca se formará un cuerpo vicioso. Sin embargo, ¿cuántas veces no se ha cometido, respecto de la Compañía de Jesus, una ú otra de esas inconsecuencias?

S. Ignacio para conseguir el fin que se proponia, trazó pues las reglas mas convenientes.

Nada encuentro en ellas de esclusivo, nada que constituya en manera alguna una doctrina singular y propia de la Compañía: muy al contrario; y con la mas ligera atencion se tocará con el dedo la estraña equivocacion en que ha caido la ceguedad de las preocupaciones.

¿Cuáles son, en verdad, las doctrinas de la Sociedad de Jesus?

Lo que hay de mas aprobado en la Iglesia, lo que es la voz comun de los doctores, y de aquel en particular, á quien se ha apellidado tan justamente el príncipe y ángel de las escuelas.

En esta sábia direccion dada á nuestra enseñanza dogmática y moral, no descubro vestigio alguno de esa supuesta esclavitud impuesta á nuestros entendimientos. Encuentro sí una libertad sana, una libertad muy estensa aun sin menoscabo del órden y de la caridad, traduccion fiel y verdadera de esta bella máxima de S. Agustin: *In necesariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus charitas.* He ahí pues el sentido de las palabras de nuestras constituciones:

«Sigan los nuestros en cada facultad la doctrina mas

aprobada y la que ofrezca mas seguridad, *securiorem et magis approbatam doctrinam* (1)." En teologia, Santo Tomás, una de las mas bellas glorias de la Iglesia, y honor de la ilustre órden de Sto. Domingo, es declarado el doctor propio de los maestros y discípulos de la Compañía de Jesus (2), sin sujetarse por eso á seguir ciegamente sus menores opiniones. Además, en las cuestiones libremente controvertidas entre los teólogos, el Jesuita es tambien libre para abrazar el partido que bien le parezca. Solamente se le recomienda la moderacion y la caridad (3), *in omnibus charitas*.

Llenos están los autores de la Compañía de estas libres disensiones entre sí. Puede leerlos el que guste; y en presencia de un hecho tan fácil de comprobar ¿dónde está, decidme, esa doctrina particular á los Jesuitas, y esa enseñanza de cuerpo que solo á ellos pertenece?

No, vuelvo á decirlo, no tenemos doctrinas propias; podemos tener un espíritu peculiar, lo que es muy diferente.

Cuanto mas reflexiono aquí, mas me admiro de ver hasta qué punto han podido burlarse algunos de la credulidad pública: no puedo menos de preguntarme dónde han ido á buscar esas monstruosas quimeras que se han forjado acerca las doctrinas de la Compañía. Un solo y misterióso pensamiento dicta y esclaviza todos los pensamientos; el cuerpo entero enseña y habla por la boca de cada uno; el Jesuita no tiene ya el uso de su propia inteligencia; todo se le impone aun en lo que es mas inofensivo y mas libre, la opinion.

Esto asombra tal vez; sin embargo es muy forzoso

---

(1) Const., part. IV, c. 5, § 4: Instit. Soc., t. 1, p. 385.
(2) Ibid. c. 14, § 1, p. 307.
(3) Congr. V. Decr. 41, § 5: Instit. Soc., t. 1, p. 553.

tomar á lo serio esas estravagancias, ya que se han encontrado tantos que las creyeran. Pero yo me atreveré á pedir que consientan en creer que somos hombres como los demás, y que no hemos abdicado ni la dignidad, ni la libertad de un espíritu razonable.

He restablecido los principios que nos dirigen y que los hechos manifiestan. De ellos resulta, que la Sociedad no tiene, y ni aun puede tener doctrina que le sea esclusivamente propia. Adoptamos la doctrina recibida en la Iglesia mas comunmente. Cuando acerca de una cuestion no hay enseñanza comun y autorizada, somos libres entre nosotros segun la caridad, como lo son todos los cristianos y sacerdotes, para escoger la opinion que nos plazca. La intencion de S. Ignacio no fue la de esclavizar y embrutecer los entendimientos, sino arreglarlos; no, proscribir toda libertad de opinion, sino prevenir los abusos que pudieran de ella originarse.

Tales son nuestras reglas en cuanto á la doctrina, y tal es el verdadero carácter que presentan los numerosos autores de la Compañía de Jesus. Los que digan de ellos otra cosa, cierto no los conocen.

Y esto es lo que hace aparecer en toda su claridad la manifiesta injusticia de las acusaciones dirigidas contra algunos de nuestros teólogos, con motivo de ciertas proposiciones reprensibles, las cuales, bueno es que se sepa, son por lo demás en muy corto número, cuando se las reduce, como debe hacerse, á la regla que lo decide todo en la Iglesia, á la autoridad de sus definiciones.

Pues bien, esas proposiciones con que tanto ruido se ha metido, esas sutilezas casuísticas tan dignas de condenacion, se las ha escrupulosamente comprobado. *La Respuesta á las aserciones* contiene en esta parte pruebas irrefragables: esas proposiciones no tienen por autores á Jesuitas; eran comunes á muchos teólogos dominicos, agustinos, franciscanos, á individuos del clero secular, á

doctores de la Sorbona; enseñábanse anteriormente á la institucion de la Compañía; estos son hechos sabidos y demostrados.

Pero, ya se supone, que no se ha querido acriminarlos á los demás; los Jesuitas solos son culpables. No hay malas doctrinas que no sean obra suya y su propiedad esclusiva: enhorabuena. ¡Pobre Escobar! has pagado por todos; y sin embargo no eras el único criminal; que otros muchos lo eran antes que tú. Pero á favor de una cómoda y fácil jurisprudencia, todo es permitido y legítimo para nuestros adversarios, todo es honroso, hasta las novecientas falsificaciones demostradas en la obra de los *Estractos de las aserciones*. ¡Paz á sus cenizas! Sin embargo, ¿será mucho pedir el que á lo menos no mientan ya en la muerte?

No obstante, si queda demostrado que no tenemos doctrina particular y propia, tambien es verdad que debemos tener un espíritu que nos sea peculiar. El objeto apostólico de la Compañía, la mayor gloria de Dios que se propone, la salvacion de las almas á que está especialmente consagrada, la universalidad de los lugares y ministerios que abraza, exigen un linage de espíritu y de direccion religiosa que influya en las doctrinas y caracterice una enseñanza. Todo cuerpo religioso tiene necesariamente un espíritu que le es propio, que está en armonía con su objeto, con las circunstancias á que debió su nacimiento, con las necesidades que obligaron á instituirle y adoptarle.

Para los unos este espíritu será relativo al alivio de los pobres, á la redencion de los cautivos, al trabajo ó á la oracion solitaria: para nosotros y para otros, es el celo de las almas, la defensa de la verdad, la propagacion del reino sagrado del Evangelio.

Por poco que se estudien atentamente los autores de nuestra Sociedad, en todos se encontrará ese espíritu

bien marcado. Y aquí, no temeré chocar de frente con la preocupacion, y asentar, respecto del espíritu que caracteriza nuestra enseñanza y nuestras doctrinas, una asercion que va á parecer muy singular; pero necesito decir mi pensamiento con libertad y franqueza; porque si es verdad que la opinion es la reina del mundo, cierto que señala su imperio con los mas estraños caprichos.

Lo diré pues: se achaca como un crímen á ciertos hombres lo que han rechazado y combatido siempre y en todas partes mas que todos los otros; se nota su enseñanza de estar falta del principio que constituye su esencia y alma, y cuando se ven luego forzados á reconocer en ella la doctrina que se buscaba, les dan entonces por delito el que profesan lo que se les acusaba de no profesar.

Tal es nuestra historia: ¿se querrá una vez al menos estudiarla con justicia?

Se nos ha dado en rostro hace poco con que embrutecíamos la razon y esclavizábamos la libertad humana. Y cabalmente, todos los clamores reunidos nos reprocharon en otro tiempo que las favorecíamos demasiado; éramos la Compañía pelagiana: ¿y quién no sabe que Pelagio fue el promotor exagerado y falso de la religion y libertad naturales? Entre todas estas imputaciones contradictorias, ¿en qué nos fijaremos? La verdad es que nos hemos mantenido constantemente entre los dos estremos, en pie junto á la inmutable columna de verdad.

Lo afirmo resueltamente, nuestro espíritu consistió siempre en una verdadera tendencia á guardar los derechos de la libertad humana y de la razon. Lutero, Calvino, el Jansenismo, gran número de filósofos del pasado siglo quisieron imponer al hombre el degradante dogma del fatalismo; nuestra Compañía luchó constantemente en favor de la libertad. ¿Es este su crímen? De hecho, no ha sido objeto de un odio tan inveterado, no ha venido á ser víctima de tantas persecuciones, sino por haber rechazado

incesantemente de la enseñanza católica doctrinas opresivas y desesperantes. El protestantismo de Alemania, y el jansenismo de Francia, son bastantes para probarlo.

Libertar realmente las almas, volver á la libertad, á la razon humana, sus verdaderas prerogativas, sin dejarlas nunca decaer; hacerlas aceptar noblemente la dignidad, los derechos verdaderamente razonables de la fe y de la autoridad, que no destruyen en nosotros sino el orgullo de las preocupaciones y los padecimientos del desórden; levantar de nuevo el decaimiento de la naturaleza, consolarla y darla brio, para conducirla bajo la influencia de la gracia al gran fin de los destinos inmortales, esto es lo que una sociedad de apóstoles debe proponerse en todos sus esfuerzos; este el sentido y el voto espresado por todas las doctrinas de la Compañía; tal es su espíritu.

Y en cuanto al probabilismo, de que se habla las mas veces sin saber lo que se dice, no daré aquí una leccion de teología sobre un punto de doctrina tan larga, sobrado largamente debatido. Solo diré una palabra, y esta palabra bastará.

Diré únicamente la razon en que se fundan los muchos y graves teólogos que han abrazado el probabilismo; esta razon no es despreciable. Se verá que el probabilismo no consiste en esa necedad de muchas gentes las cuales entienden por eso que el bien ó el mal son en todos casos igualmente probables.

El hombre es libre: la ley del deber no puede encadenar la libertad sino en cuanto es cierta la obligacion. Una ley incierta ó desconocida no es una ley: no quita al hombre el derecho cierto de la libertad de sus actos. Así cuando hay para la conciencia fundada y prudente duda tocante á la existencia de la ley ó del deber; cuando se presentan motivos poderosos y graves autoridades que son propios para persuadir á un hombre prudente, y que tienden á probar que la obligacion no existe, ó que al

menos es incierta y dudosa, en tal caso hay en favor de la libertad lo que se llama *opinion probable*. Así, continúan esos teólogos, en la duda, despues de un exámen razonable, y en esas consecuencias lejanas y oscuras de la ley primera en que la obligacion no es bastante cierta y definida, el hombre es libre y no está ligado con el precepto; este precepto no es ley; es verdaderamente probable que no existe; la libertad dura todavía y no está restringida. He aquí el probabilismo sanamente entendido. No hace sino enunciar un principio profundamente filosófico y moral, á saber, que toda ley cierta obliga, pero que una ley incierta, no. Se podrá *aconsejar* lo mas perfecto, lo mas seguro, exhortar á ello, y sobre todo escogerlo uno para sí: pero *obligar* á ello *siempre* á los demás es un rigor que no está escrito en ninguno de nuestros códigos divinos. Tal es la opinion de los teólogos de que hablo.

Lo que de ella acabo de decir hará conocer tal vez que era una cuestion realmente seria la que se ventilaba, y que la frivolidad de las opiniones mundanas nada puede encontrar en ella que preste materia para sus burlas.

Muchos teólogos de la Compañía de Jesus han combatido el probabilismo. Uno de nuestros generales, el P. Tyrso Gonzalez, escribió contra esa doctrina lo mas fuerte que yo sepa. Otros muchos de entre nosotros la admitieron. Por lo demás era esta una doctrina generalmente enseñada antes que los Jesuitas existiesen, y si de improviso se la hizo salir de las escuelas para presentarla en público y controvertirla á la faz del mundo, es porque habia en ella un fácil espantajo para las conciencias mal instruidas: es que esa palabra de probabilismo venia á ser un grito de guerra, tanto mas propio para encender las pasiones, cuanto que nada decia á la inteligencia.

Así, á pesar del ingenio de Pascal, cuyas burlescas

páginas no pudieran resistir á una discusion verdaderamente seria y teológica, diré: los escesos y sutilezas de algunos casuistas, las burlas y las fáciles injurias de sus adversarios, dejan intactas las razones por que sábios teólogos han creido que el probabilismo, encerrado en justos límites, no era sino una espresion del espíritu de libertad y de caridad evangélica; así lo han enseñado grandes santos.

No me estenderé mas, limitándome á reasumir tres hechos: antes que existiera la Compañía, el probabilismo era generalmente enseñado en todas las escuelas de teología; en la Compañía de Jesus fue combatido con las mas fuertes razones; sin embargo fue enseñado tambien por muchos Jesuitas, y á solo nosotros se nos echa en cara.

Hay otra doctrina, cuyo nombre se parece á la tempestad, y que parece que aun amontona sobre nosotros negros nublados: hablo del tiranicidio.

No discutiré aquí tampoco; una ley severa de la Compañía me lo prohibe absolutamente. El 1.° de Agosto de 1614, el P. General Aquaviva, espidió un decreto que aun está vigente. Por ese decreto se prohibe en virtud de santa obediencia, y bajo pena de escomunion, á todo religioso de la Sociedad, el afirmar en público ó en privado, en la enseñanza, en los escritos, ó respondiendo á los que pidieren consejo, que sea lícito, so pretesto de tiranía, matar á los reyes, etc. No discurriré pues como teólogo, narraré como simple historiador.

En los tiempos de la edad media, la cuestion de la legitimidad del tiranicidio en *ciertas circunstancias* habia ocupado á los hombres mas graves, y Sto. Tomás (*de Regimine principum*, lib. 1, cap. 6 y 8) no habia titubeado en resolverla afirmativamente. La profunda estabilidad del principio de los gobiernos se hermanaba con la profunda independencia de las teorías en materia de filosofía y teología.

Vinieron tiempos en que esta formidable doctrina, que habia como dormitado en los libros, fue trasladada á la arena de las pasiones políticas y de las disensiones religiosas; esto fue en el siglo XVI.

Un celo ardiente y algunas veces implacable, habia como absorvido la caridad, y apenas dejaba ya en los corazones sino los instintos de la defensa, instintos que tan temibles son en las reuniones de hombres como en el individuo abandonado á sí mismo. Hacíase á la sazon arma de todo; ¿cómo no se hubieran apoderado de la doctrina del tiranicidio? Católicos y protestantes en el ardor de sus inflamadas pasiones, echaron mano de ella.

Empero esta doctrina, imputada á los Jesuitas, tan lejos estaba de serles peculiar, que la Sorbona fue la que en Enero de 1589 dió la señal del desenfreno de las pasiones tiranicidas contra el rey Enrique III. Los predicadores mas fogosos de ese dogma sanguinario fueron hombres cuyos nombres no quiero repetir aquí, pero que es notorio no pertenecian á la Compañía de Jesus.

Las relaciones de la liga están en manos de todo el mundo, y en ellas puede comprobarse esta asercion. Solo mas adelante se oye hablar de la adhesion dada por algunos Jesuitas á esa doctrina; y aun estos se contentaron con reproducir la opinion de Sto. Tomás. Uno solo de entre ellos, *Mariana*, hombre de un talento superior, pero de un carácter vehemente é indócil, traspasó el límite puesto por el ilustre y santo doctor. Publicóse el libro *de Rege;* el cual fue desaprobado en Roma por el general Aquaviva, y suprimida la edicion. Mas cayó un egemplar en manos de los protestantes; esto era una gran fortuna; convenia poder oponerle eternamente á los Jesuitas. Por los cuidados de los protestantes, el libro *de Rege* fue reimpreso y difundido (1).

(1) Sobre este hecho puede consultarse entre otros

Entonces fue cuando el P. Aquaviva dió su decreto. Así desde 1614 ningun autor Jesuita ha hablado ni podido hablar del tiranicidio; pero no importa: en 1762, todos los Jesuitas fueron condenados como autores del regicidio; en 1845 pesa todavía sobre ellos esta absurda inculpacion. Preciso es reconocer que la justicia y la verdad se entienden y aplican algunas veces de una manera singular.

Me reasumo: no tenemos doctrinas que nos sean peculiares, sino que seguimos las que se enseñan mas comunmente en las escuelas católicas. Tenemos y debemos tener un espíritu propio, como le tienen todas las sociedades religiosas. El nuestro, que es un espíritu de celo por la salvacion de las almas, nos indujo siempre á defender los verdaderos principios que protegen contra todos los escesos y mantienen en sus justos derechos la libertad y la razon humanas.

En cuanto al probabilismo y tiranicidio, lo dicho ha demostrado suficientemente cómo la justicia distributiva se practica respecto de nosotros.

CAPITULO CUARTO.

Misiones de la Compañía de Jesus.

Nunca resonó en el mundo palabra mas poderosa y fecunda que la que un dia se pronunciara desde lo alto

documentos una carta dirigida á la reina regente, madre de Luis XIII, por el P. Coton. Traen esta carta los autores de la *Respuesta á las aserciones*, y se halla en varias colecciones.

de una montaña de la Judea para mudar los destinos del universo: *Id, enseñad á todas las naciones* (1).

Entonces apareció en la tierra una fuerza desconocida de regeneracion moral y de civilizacion verdadera, que debia perpetuarse y vivir indestructible en medio de las revoluciones y ruinas. Este poder maravilloso, se llama el *Apostolado*.

Desde los primeros momentos, la Iglesia de Jesucristo abarcó en la efusion de su celo la universalidad del género humano. A los pescadores galileos se dirigia ese mandamiento profético de Dios que queria, á la claridad de la luz evangélica, reducir á su reino de amor y de verdad las naciones descarriadas: «Id, pasad á esos paises remotos que me aguardan. Levantad mi estandarte á la vista de los pueblos.... Yo enviaré, dice el Señor, yo enviaré á los que he elegido á las naciones que están á la otra parte de los mares. Lanzarán las saetas encendidas de su palabra hácia el Africa, la Lidia, la Grecia, la Italia, hácia las islas apartadas, hácia los que no han oido hablar de mí, que no han visto mi gloria, y anunciarán mi ley á las naciones (2)."

El ministerio apostólico comienza: los generosos soldados del crucificado se abalanzan á la carrera; á su voz se han repartido la conquista del universo. Conquistadores nuevos, van á reunir pueblos innumerables bajo la bandera triunfante de la Cruz.

El Indio, el Escita, el Persa, el Arabe, el Etiope han oido su palabra, que ha resonado cual poderoso trueno hasta las estremidades del mundo, y las naciones dispertadas de un largo sueño han saludado con júbilo, la luz admirable, el dia libertador del Evangelio.

---

(1) Math., c. 28.
(2) Isai., c. 60 y sig.

Pablo, derribado perseguidor en el camino de Damasco, se levanta apóstol intrépido; é irá á gloriarse en presencia de los sábios de Roma, de Atenas y Corinto de no saber otra cosa que á Jesus crucificado. Su varonil lenguage asombrará al areopago; á su vista temblará en su silla el procónsul romano; el filósofo prestará el oido á la estraña novedad de su doctrina, y hasta el palacio de los Césares oirá de su boca el Evangelio de la Cruz.

Mas por vos, ¡oh Simon Pedro! será la Cruz plantada en el centro mismo de Roma. Regada con torrentes de sangre cristiana, va á crecer y florecer como un árbol inmenso cuyos ramos cubrirán la tierra. Presto bajo de su sombra tutelar vendrán á reposar todas las naciones que han sido dadas en herencia á Jesucristo, y Roma, por medio de la Cruz, por medio del Pontífice que la lleva y levanta perpétuamente á la vista de la gentilidad, estenderá mas lejos sus conquistas que en otro tiempo por el valor de sus soldados y la fuerza victoriosa de sus armas.

Tal fue la mision primera; ella dura todavía y siempre durará. Siempre entrará en los designios de Dios que el apostolado sea la gloria y la misma vida de su Iglesia.

La Iglesia repite sin cesar á sus sacerdotes las palabras del Salvador: «Id, enseñad á todas las naciones." Y del foco potente de las luces, del centro de la unidad católica salen fielmente cada dia generosos apóstoles, que van como sus antecesores á la pacífica y santa conquista de las almas.

Tras de sus pasos, vense aparecer, junto con la virtud y la verdad, las ciencias, la civilizacion y todas las instituciones benéficas. Mientras que esos grandes corazones, aguijados del celo, parece que no obedecen sino al sublime instinto del santo apostolado que les impulsa, llevan al mismo tiempo consigo y dispensan á lo lejos en estrangeras playas las influencias morales y caritativas: inspiran á los pueblos el amor al órden, la moderacion,

la justicia, la verdadera libertad y todas las virtudes sociales, que vuelven su dignidad verdadera y su dulzura á los afectos de familia y de patria.

Sin romper ninguno de los vínculos con que plugo á la divina Providencia ligar el hombre al suelo que le vió nacer, y respetando religiosamente todas las condiciones que fundan la nacionalidad y la patria, el misionero acerca las distancias; por él se enlaza el antiguo con el nuevo mundo; él ayuda á la alianza de los dos hemisferios, deja tras sí caminos nuevos al cambio de las producciones y las industrias, abre las capitales y las puertas á las transacciones políticas y comerciales; y aun á las veces envia á la silla de Roma y al trono de los grandes imperios prendas de union útil y gloriosa.

¡Ay de mí si no evangelizare! *Væ mihi si non evangelizavero*, esclama en todo tiempo, con el gran Pablo, el apóstol cristiano, y en esta inspiracion sobrehumana se hallan verdaderamente contenidas todas las fuerzas del principio civilizador. El cristianismo se dilata por una virtud que encierra profundamente en sí mismo; derrámase como las inagotables aguas de un manantial inmenso que provee al prolongado curso de los grandes rios, y difunde por do quiera con ellos los tesoros de la fertilidad. ¡Cosa admirable! esa fe tan austera y tan rigorosamente definida se dilata sin cesar, alcanza á todos los tiempos y lugares; purifica, levanta, une, apacigua, consuela á la humanidad.

¡Gracias inmortales sean dadas al cielo! todavía no han faltado entre nosotros, ni faltarán jamás, esos corazones de apóstoles, que arrancándose ellos mismos á todos los vínculos de familia y de patria, vánse con alegría á las estremidades del mundo á llevar la buena nueva del Evangelio.

«¡Qué hermosos son los pies de esos hombres á quien se ve venir de lejos trayendo la paz, evangelizando los

bienes eternos, predicando la salud y diciendo: ¡oh pueblos sepultados en sombra de muerte! ¡vuestro Dios reinará sobre vosotros (1)!"

Merced á esta mision perseverante y al trabajo regenerador del apostolado, la juventud y gloria de la Iglesia son de continuo renovadas, perpetúase la hermosura de los antiguos dias, y queda al mismo tiempo demostrado que la civilizacion es inseparable del cristianismo: no existe donde él no ha parecido; desaparece cuando él se aleja.

Se ha dicho, y así es la verdad: «no puede citarse un solo pais donde la antorcha de la Religion se haya apagado, y que no haya vuelto á caer en la barbarie."

Pero la luz desterrada volverá en el dia señalado de las nuevas misericordias; el apostolado proscrito tornará á las regiones inhospitalarias. Esta es su historia, este su irrevocable destino. Es el rayo divino, que no puede ser encadenado ni destruido. El sol no retrocede ante los clamores del odio; la fe Evangélica obra del mismo modo, y el sacerdote de Dios, su invencible órgano, puede ser inmolado, pero nunca vencido. En la muerte se hará oir todavía; que la voz del mártir es inmortal. De su sangre se verá renacer una posteridad generosa que perpetuará el grito de su apostolado hasta el fin de los tiempos. Que las persecuciones pueden enrogecer con sangre la tierra y poblar el cielo de sus víctimas; las potestades tiránicas que siempre han conocido que su tiranía debia caer en presencia del cristianismo, pueden apelar al rigor y armarse por todas partes contra la Iglesia y sus ministros; pero ¿qué ganarán con esto? Quieren matar la fe y á sus apóstoles; pero el apóstol y la fe vivirán siempre; y siempre trabajarán en la libertad de las almas, y se consagrarán á establecerlas en la santa y gloriosa libertad de los hijos de

---

(1) Isai., c. 52, v. 7.

Dios. Por prenda de perpetuidad, tienen la autoridad infalible de las divinas promesas; y vivirán para perdonar, para bendecir, para ilustrar, para curar, para luchar eternamente contra todas las potestades del mal con las armas de la verdad, de la virtud y de la inagotable caridad.

Así obran, así mueren y viven los misioneros.

¿Se me permitirá decirlo? He aquí otro de los poderosos atractivos que me llamaron hácia la Sociedad de Jesus, que me fijaron en ella por una resolucion invencible, y eso es tambien lo que ha arrastrado mi corazon á esta efusion de alabanzas en honor del apostolado católico.

Bien se le alcanzó á S. Ignacio, en su noviciado de Manresa, el pensamiento católico y la divina institucion del apostolado, y así le espresó desde entonces en su libro de los *Egercicios espirituales*, segun hemos visto.

Al principio no ambicionaba sino la gloria de ir á Tierra Santa con sus compañeros á anunciar la redencion consumada en los mismos lugares que fueron sus testigos: con este objeto vino á los pies del sucesor de los apóstoles á ofrecer los votos y la fiel sumision de su naciente Compañía.

Aceptóla el Papa; pero la reforma acababa de nacer igualmente y de turbar la Europa. S. Ignacio habia pensado en la Tierra Santa y los paises infieles; hubiera gustado de llevar nuevamente la luz del Evangelio á los lugares que alumbró con sus primeros rayos. La Providencia empero, que en el curso de los tiempos fija su data á los trabajos del apostolado segun las necesidades de la Iglesia, señaló tambien el puesto de la Compañía de Jesus, frente á los repetidos esfuerzos del cisma y de la heregía; y los hijos de Ignacio quedaron al servicio de la Silla apostólica para combatir las funestas innovaciones de la reforma.

Así lo notó solemnemente el gran pontífice Benedicto XIV: «A la manera, dice, que en otros tiempos suscitó Dios otros santos en razon de urgentes necesidades,

así opuso S. Ignacio y su Compañía á Lutero y á los hereges de aquel tiempo (1)."

Apenas contaba Ignacio diez compañeros reunidos bajo de su obediencia, y tuvo que enviar tres á Alemania. La Inglaterra, el Portugal, la Italia, la España se repartieron los demás; y para comenzar desde el orígen los trabajos del apostolado lejano, hubo uno que partió para las Indias, uno solo: verdad es que se llamaba Francisco Javier.

Lefebvre, Lejay y Bobadilla, fueron por órden de Paulo III, á situarse en el mismo foco del incendio del protestantismo y en lo mas recio de sus estragos.

Lefebvre, el primer sacerdote de la Compañía, pasó desde 1540 á Worms, á Spira, á Ratisbona, donde se grangeó la confianza universal, ganó todos los corazones, y afirmó felizmente la vacilante fe de los católicos. San Ignacio le llamaba el ángel de la Compañía.

En 1542 vuelve otra vez á Alemania, reforma al clero, y reanima el valor de los fieles. Espira y Maguncia vieron en particular los triunfos de su celo. En Colonia se opone con energía al arzobispo que se hallaba inficionado con el veneno de los nuevos errores, y puede con razon decirse que esta antigua é ilustre ciudad debió al P. Lefebvre el no ser presa de la heregía. Hoy levanta su frente coronada de todas las glorias de la constancia.

Lejay, Bobadilla, ambos tambien del número de los primeros compañeros de Ignacio, fueron enviados á Alemania en 1542 por el papa Paulo III. Su saber y su celo

---

(1) Benedicto XIV, breve de 1748: Instit. Soc. t. 1, p. 297. «Constantem omnium sensum, pontificio etiam confirmatum oraculo, omnipotentem nimirum Deum, sicut alios aliis temporibus sanctos viros, ita Luthero ejusdemque temporis hæreticis sanctum Ignatium et institutam ab eo Societatem objecisse."

opusieron al torrente un poderoso dique en las ciudades de Ratisbona, Insgolstad, Dillingen, Saltzburgo, Worms, Viena, y muchas otras.

En 1545 y 1551, otròs dos de los primeros padres de la Compañía, Lainez y Salmeron, son enviados por el Papa al Concilio de Trento en clase de consultores. Sabida es la confianza que les mostraron los Padres del concilio. Lainez cayó enfermo: suspendiéronse las sesiones, celebrándose cuando podia asistir á ellas. Y al mismo tiempo aquellos dos hombres, sábios consumados, pobres religiosos, alojábanse en Trento en el hospital, barrian las salas, servian y curaban á los enfermos, catequizaban á los niños, y pedian limosna para vivir. Así se lo habia prescrito Ignacio, el cual queria que la humildad apostólica fuera siempre acompañada del celo y de la ciencia.

Lefebvre y Lejay fueron á su vez llamados del teatro de sus combates Evangélicos para asistir á las sesiones del Concilio y tomar allí parte en la discusion de los intereses religiosos de Alemania.

Bien pronto Canisio y Hoféo, dignos hijos tambien de aquella primitiva Compañía, se van allende del Rhin á hacer frente á la segunda generacion de los reformadores. Sus inmensos trabajos confunden la imaginacion: á ellos correspondió el éxito mas feliz, y el emperador Fernando decia de estos dos religiosos que una gran parte del imperio les debia la fe (1).

Vinieron luego aquellas instituciones, colegios, universidades y seminarios fundados por todas partes, aquellas obras sin número emprendidas y publicadas, aquellas controversias sostenidas con brillo, aquella predicacion de la palabra de Dios, difundida con prodigalidad inagotable,

---

(2) En cuanto á todos estos hechos puede consultarse: Historia Soc. Jesu, part. 1, p. 66-347.

y en fin aquella accion valerosa y siempre presente con que los Jesuitas en Alemania, en Inglaterra, en Francia, do quiera la reforma amenazaba con sus invasiones, se levantaron contra ella cual centinelas vigilantes, como intrépidos combatientes, aun con peligro de sus vidas.

Otros dirán si la Compañía de Jesus cumplió entonces su mision, y si es verdad que fue uno de los instrumentos de que se valió la mano de Dios para poner coto á los funestos progresos de la heregía. Ello es que historiadores ilustres de entre los mismos protestantes han dado en esta parte un testimonio muy diferente de ciertas opinienes contemporáneas. Se hallarán todos recogidos por su órden en el libro recientemente publicado con este título: *La Iglesia, su autoridad, sus instituciones, y el órden de los Jesuitas*. Bástenos decir aquí en dos palabras, que segun Juan de Muller, Schœll y Ranke, la reforma vió atajados sus progresos en Europa por el esfuerzo de los Jesuitas, y que antes de estos historiadores, Bacon, Leibnitz y Grocio, los tres hombres mas eminentes del protestantismo supieron tambien loar bajo diversos aspectos la Compañía de Jesus, sin dejar de ver en ella un enemigo (1).

---

(1) Grocio, entre otros, en sus Anales de la Bélgica (p. 194), y en su Historia (p. 273), edicion de Amsterdam, 1658, ha escrito cosas que no me atrevo á traducir; hé aquí algunos de los rasgos con que pinta á los Jesuitas: *Mores inculpati, bonæ artes, magna in vulgus auctoritas ob vitæ sanctitatem.—Sapienter imperant, fideliter parent. Novissimi omnium sectas priores fama vicere hoc ipso cæteris invisi.— Medii fœdum inter obsequium et tristem arrogantiam, nec fugiunt hominum vitia, nec sequuntur*. Y Bacon en su libro *de augmentis scientiarum*, decia: « ¡Siendo lo que sois pluguiera á Dios que fuerais de los nuestros!"

Pero tengo priesa de apartar mi pensamiento de esos tristes combates, en que nuestra Compañía puede aplaudirse al menos de haber conservado la admiracion de sus mas ilustres adversarios.

Lo diré de lo íntimo de mi alma: ¡ojalá que las malhadadas divisiones que han desgarrado el seno de la Iglesia no nos hubiesen condenado á esa guerra perseverante contra hermanos estraviados, siempre caros al corazon de un apóstol! Doloroso deber, pero que era fuerza cumplir.

¡Ojalá que nunca hubiéramos tenido que recoger los frutos amargos ó las felices ventajas de la contradiccion en otra parte que entre los pueblos idólatras y las hordas salvages!

Desde su orígen, la Compañía de Jesus, sin abandonar el centro de la civilizacion y la lucha europea, se arrojó en todas direcciones por traer al divino redil esos rebaños sin cuento de ovejas descarriadas. Tal era el ardor por aquellas lejanas conquistas, que debió temerse, cediendo á él, ver las casas de Europa faltas de los operarios evangélicos que les eran necesarios. En vano los intereses mas apremiantes del catolicismo exigian entonces de los Jesuitas de todas las naciones que no abandonaran el campo de batalla á la heregía siempre armada; en vano los colegios y las universidades, el púlpito y el confesonario reclamaban doquiera en la antigua Europa valientes y celosos atletas, y aun les ofrecian el atractivo del peligro: un atractivo mas poderoso iba anejo á las misiones de mas allá los mares, y habia en las filas de la Compañía un increible anhelo de ir á llevar la luz de la fe á los hermanos desconocidos que nunca habian oido la buena nueva.

En aquellos dias del siglo XVI en que la Sociedad de Jesus acababa de nacer, cuando la reforma separaba de la unidad una parte de la Alemania y de los Paises-Bajos, la Inglaterra, la Dinamarca, la Suecia, y aun tentaba tan

violentamente invadir nuestra Francia, daba Dios un grande espectáculo á la tierra, y á la Iglesia una gran reparacion. Dejaré hablar un momento á Fenelon: «Regiones inmensas se abren de improviso; un nuevo mundo no conocido del antiguo.... Guardaos bien de creer que tan prodigioso descubrimiento no sea debido sino á la audacia de los hombres. Dios no concede á las pasiones aun cuando parece que deciden de todo, sino lo que han menester para ser los instrumentos de sus designios; *así el hombre se agita, pero Dios le lleva.* La fe plantada en la América entre tantas tempestades no deja de producir allí frutos."

«¿Qué falta? ¡Pueblos de las estremidades del Oriente, llegado há vuestra hora! Alejandro, aquel conquistador rápido, que pinta Daniel como no tocando la tierra con sus pies, el que fue tan celoso de subyugar al mundo entero, se detuvo mucho mas acá de vosotros; pero la caridad va mas lejos que el orgullo. Ni las arenas abrasadas, ni los desiertos, ni las montañas, ni la distancia de los lugares, ni las borrascas, ni los escollos de tantos mares.... ni las flotas enemigas, ni las costas bárbaras, son poderosas á detener á los que Dios envia. ¿Quién son esos que vuelan como nubes? Vientos, llevadlos sobre vuestras alas.... Hélos ahí á esos nuevos conquistadores, que vienen sin armas, escepto la Cruz del Salvador... ¿A quién se debe, hermanos mios, esta gloria y esta bendicion de nuestros dias? A la Compañía de Jesus, que desde su nacimiento, abrió, con el ausilio de los portugueses, un nuevo camino al Evangelio en las Indias (1)...."

Ciertamente, Fenelon, hubiera podido añadir, y yo me complazco en decirlo, que entonces se vió abalanzarse á la santa conquista de las almas, en todos los puntos mas distantes del globo, á las grandes y venerables familias

---

(1) Fenelon, sermon para el dia de la Epifanía.

de Sto. Domingo y S. Francisco, con las que tantas veces hemos mezclado sobre la tierra descreida nuestros sudores y nuestra sangre. Vinieron mas adelante, los dignos y celosos hijos de S. Vicente de Paul, y esa fraternal Sociedad de las misiones estrangeras á que nos unen los vínculos mas sagrados y la comunidad de los mas gratos recuerdos.

¡Cuán bella es pues esa obra del apostolado en las regiones inhospitalarias y remotas! El alma tan vigorosa y tierna de Fenelon la habia ambicionado; y yo mismo, ¡oh mi Dios! ¿me será permitido recordarlo? yo he pronunciado ese sagrado voto que pronuncia el religioso profeso de la Compañía, de ir á todo lugar, entre todo género de infieles, á la menor señal de la voluntad del Soberano Pontífice, y de partir sin pedir el dinero necesario para el viage. ¡Ay! otros han sido juzgados más dignos de esta mision bienaventurada. Y vuestros designios sobre mí, ¡oh Señor! han sido retenerme en esta antigua tierra de mi patria, en el centro de una civilizacion que está enferma por haber abusado de todos los bienes, entre hermanos que han desaprendido la lengua que debo hablarles. ¡Vos me habeis dado por parte el sostener la lucha contra la mentira y la calumnia! Al menos en las misiones se muere, y todo se ha acabado con la tierra. Aquí es forzoso morir cada dia, y cada dia pasar de la muerte á las congojas de la vida. Cruz pesada, pero cruz bendita, como todas las que vienen de la mano del Señor, yo te llevaré con resignacion y con amor, mientras que plazca al cielo imponerte á mi flaqueza.

Francisco Javier, el amigo y discípulo de Ignacio, fue quien en las Indias, en las Molucas y el Japon, abrió nuevos caminos al Evangelio. Fuéle dado á aquel hombre estraordinario renovar todos los prodigios mas asombrosos del establecimiento primitivo del cristianismo, y ofrecer así al mundo mil nuevas pruebas de su divinidad. Tuvo la dicha

singular de agregar á la unidad católica mayor número de pueblos y de imperios que jamás le arrancára la reforma. Convirtió cincuenta y dos reinos, enarboló el estandarte de la Cruz en un espacio de tres mil leguas, bautizó con su propia mano cerca de un millon de mahometanos ó idólatras, ¡y todo esto en diez años! Espántase la imaginacion al considerar todos los obstáculos que encontró; ¿y de qué medios se valió para vencerlos? La pobreza, la mansedumbre, la paciencia, las austeridades, la oracion, en suma el invencible ardor de la caridad. A esto plúgole á Dios juntar todos los dones del poder sobrenatural y milagroso. Su vida, en un tiempo á que aun tocamos por decirlo así, está escrita segun los testimonios mas verídicos, y las maravillas que la llenan no permiten la duda. Los mismos historiadores protestantes lo confiesan, cuanto pueden confesarlo.

«Si la Religion de Javier conviniese con la nuestra, dice Baldéo en su *Historia de las Indias* (pág. 78), debiéramos estimarle y honrarle como á *otro S. Pablo.*" Sin embargo á pesar de esta diferencia de religion, su celo, su vigilancia y la santidad de sus costumbres, deben escitar á todos los hombres de bien á no hacer la obra de Dios con negligencia, porque los dones que Javier habia recibido para egercer el cargo de ministro y embajador de Jesucristo eran tan eminentes que mi lengua no es capaz de espresarlos. Si considero la paciencia y mansedumbre con que ha presentado á los grandes y pequeños las santas y vivas aguas del Evangelio; si contemplo el valor con que ha sufrido las injurias y afrentas, véome forzado á esclamar con el apóstol: *¿quién es capaz como él de estas maravillas?* «Y Baldéo ha terminado el elogio del santo repitiendo el dicho de un antiguo que Bacon habia ya aplicado á la Compañía: ¡Pluguiera á Dios que siendo lo que sois, hubierais sido de los nuestros!"

Así las Indias y el Japon se cubrieron de Iglesias

florecientes. La Compañía de Jesus alimentaba sin cesar por medio de numerosos refuerzos aquellas misiones fundadas y sostenidas á costa de la sangre y los padecimientos de sus hijos.

¿Qué recuerdos no nos ha legado señaladamente esa tierra amada del apóstol, tierra que alumbrada apenas con las primeras vislumbres del Evangelio, debia brillar con la mas esplendente gloria que concede á su Iglesia Jesucristo, la del heroismo en medio de las persecuciones; y que por un destino misterioso, despues de haber producido mas de un millon de mártires, debia cerrarse como un sepulcro y aguardar el dia señalado para la resurreccion?

Cruel Japon, islas infortunadas, no siempre podreis rechazar de vuestras playas la verdad y la caridad católicas que os piden os abrais delante de ellas. En la opuesta ribera velan ahora los hermanos de Javier para aprovechar el favorable instante que les franqueará las puertas de esas regiones desoladas, y les dará la dicha de anunciar en ellas á Jesucristo ó de morir por él.

Javier habia suspirado ardientemente por la conquista de la China; dirigíase á ella, cuando murió lleno de vida y de gloria á vista de sus riberas, en una cabaña abandonada de la isla de Sancian. Siguiendo sus pisadas, el P. Ricci de la Compañía de Jesus fue el primero que arrostró sin temor el suelo inhospitalario de aquel vasto imperio, y despues de infinitas penalidades logró abrir su entrada á los predicadores del Evangelio.

Olvídase hoy quiénes fueron los primeros que penetraron en aquella region, por no decir en aquel mundo tanto tiempo desconocido, y le dieron á conocer á la Europa sábia. Allí en presencia de una civilizacion envanecida de sí misma y armada de celosa desconfianza contra el estrangero, fue necesario emplear todos los prestigios del arte y de la ciencia para hacerse perdonar

la enseñanza evangélica. Al salir del palacio del emperador ó del tribunal de los matemáticos, el Jesuita á quien habia amnistiado su saber, iba á enseñar el catecismo á los niños, visitar á los pobres é instruir al pueblo.

Formáronse numerosas cristiandades en China así como en las Indias, edificadas por manos de la Compañía; y si otros operarios entrando mas tarde en la cosecha, vinieron á asociarse á sus trabajos, si el mismo celo consagrado á la misma obra dió lugar á desagradables disidencias, en fin, si la autoridad soberana de la Santa Sede decidió que los Jesuitas se habian engañado dejando se mezclaran á las prácticas del culto cristiano ceremonias locales que no habian creido contrarias al espíritu de la religion, al menos aquellos cuya prudencia habia errado dieron entonces un persuasivo egemplo de humilde y filial obediencia. Despues de haber sostenido, sobre un punto oscuro y disputado, su opinion que creian útil y verdadera, no bien hubo hablado Roma, se inclinaron silenciosamente y conformaron á su decision. Importaba aquí recordarlo.

Tal fue exactamente la parte de los Jesuitas en la cuestion de las ceremonias chinas y los ritos malabares.

Murieron; y sus hermanos, que al cabo de sesenta años tienen la dicha hoy de recoger su herencia, han proseguido y van á continuar sus trabajos.

El Asia ofrecia tambien á aquellas generaciones de apóstoles inmensas regiones entregadas á las espesas tinieblas de la idolatría. Así al mismo tiempo que cubria con sus misiones la China, el Japon y las Indias, la Compañía trabajaba incesantemente en conquistar al cristianismo las islas de la Sonda, el Thibet, el Mogol, la Tartaria, la Cochinchina, el Camboge, el pais de Malaca, Siam, el Tonquin, la Siria, la Persia y otros paises mas; lo que formaba un total de ciento cuarenta y cinco establecimientos de misioneros jesuitas en la superficie del

Asia. Y en ninguna parte la luz del Evangelio difundió sus resplandores sin hacer brillar los de la civilizacion. Las conquistas de la ciencia corrian parejas con las de la fe.

Formaríase una biblioteca bastante numerosa con las obras de los Jesuitas sobre los varios pueblos del Asia, acerca de sus orígenes, sus lenguas, sus costumbres, su historia, sus artes é instituciones. La biblioteca real posee en esta parte riquezas inéditas que aun hoy pudieran tener algun valor.

El comercio, la industria, la medicina, no menos que la astronomía y la física, han debido útiles descubrimientos á esos tan desacreditados Jesuitas. Pero la posteridad olvida presto; el cielo, que no olvida, dió á aquellos pobres religiosos la única gloria que ambicionaban; tres ó cuatrocientos pueblos diferentes evangelizados por su celo, millones de mártires que formaron mezclando su sangre á la de sus discípulos; muchedumbre innumerable de infieles convertidos en el espacio de dos siglos: he ahí sus obras, y para estas obras solo el cielo tiene coronas.

Háse hablado de la ambicion de los Jesuitas. Con verdad lo digo: nunca conocieron otra que esa hambre y esa sed de la salud de las almas cuyos insaciables ardores difícilmente puede el mundo concebir; y entre los cuales ni aun quiere comprender que en el curso de los tiempos, y en medio de tantos, tan estensos y difíciles trabajos, hayan podido encontrarse algunas debilidades escusables; como si al cabo, para decirlo con Bosuet, debiera parecer estraño que algunos hombres hayan tenido algunos defectos humanos.

Obedecian pues á esa mision sobrenatural, cuando desde el orígen de la Sociedad se fueron á plantar la cruz en las arenas abrasadas del Africa. Las misiones de Abisinia, del Congo, de Angola, de Mozambique duraron en su mayor parte hasta la supresion de la Compañía en el pasado siglo.

Pero se me perdonará aquí una especie de predileccion de familia hácia los trabajos de la Sociedad en el Nuevo-Mundo. La América acababa de abrirse á las empresas del espíritu de aventura al mismo tiempo que S. Ignacio y sus compañeros se consagraban á la grande obra de las misiones estrangeras. Era imposible que aquella tierra nuevamente revelada al genio europeo no viniera á ser para los Jesuitas un vasto teatro de esfuerzos apostólicos. Así es que se les vió pasar allá en numerosas colonias, y diseminarse en toda la estension de aquellas regiones inmensas. Las penalidades que sufrieron, los útiles y generosos medios que emplearon para suavizar las costumbres de la conquista, para templar el orgullo de una dominacion feroz, para arrancar las hordas salvages á sus supersticiones y barbarie, no hay pluma que pueda describirlo. Yo presentaré números.

Sin contar los noviciados y colegios, habia en América cuando la supresion, ciento veintiocho misiones, treinta y cinco de ellas en el Brasil, treinta en el Marañon, diez en Chile, tres en la Nueva-Granada, diez en Mégico, inclusa la California, Guatemala, etc., doce en el Paraguay, el Uruguay, la provincia de Quito: ocho misiones franceses en la América septentrional, en los Hurones, los Algonkines, los Illineses, en la Nueva-Orleans, etc.; ocho misiones francesas en la América meridional, en la Martinica, la Guadalupe, Cayena, etc. El campo era bastante dilatado, y ofrecia todos los peligros, todas las variaciones del estado civilizado y del salvage.

¡Cuántas veces encontró el misionero los ensangrentados restos de su compañero de apostolado que el diente de las bestias ó el furor no menos mortífero de los caníbales habia devorado! Entonces daba á su compañero el fúnebre á Dios, y pasaba luego adelante mas seguro de la suerte que le esperaba.

¡Qué de luchas habia tambien que sostener contra el

poder generalmente ciego y opresor de los Europeos! Sin embargo no se perdonaba ningun medio; y al menos el indio vencido, el esclavo á quien se vendia, encontraba á su lado un defensor, un padre, un consolador, un amparo. En esta noble empresa, muchos obispos, sacerdotes y religiosos concurrieron gloriosamente al mismo fin. El nombre de Bartolomé de las Casas, del órden de Santo Domingo, á pesar de injustos ataques, subsistirá inmortal entre los bienhechores de la humanidad.

En cuanto á la Compañía, sus anales nos ofrecen, entre otros, á un P. Claver, apellidado en Cartagena el apóstol de los negros. El que quiera saber cuánto heroismo puede inspirar el celo por la salud de las almas mas degradadas, debe leer la vida de ese hombre estraordinario; pero es preciso que se prepare á estremecerse mas de una vez de asombro y de espanto al aspecto de los horribles tormentos que se impuso libremente este nuevo mártir, asociándose al destino de los mas infelices esclavos para calmar sus angustias y traerlos á las virtudes de la Cruz. Brébœuf, Lalemand, Azevedo, Anchieta, tambien vuestros nombres vivirán eternamente entre nosotros venerados y queridos, y el poder de vuestros egemplos y padecimientos hablará siempre elocuentemente á nuestros corazones.

Las misiones del Canadá, las que iban á llevar la palabra Evangélica á las poblaciones Indias mas apartadas hácia el Norte, produjeron señaladamente frutos admirables, y dieron á la Cruz numerosos mártires. Aun hoy en dia aquellas tribus salvages conservan y reverencian la memoria de nuestros antiguos Padres, y piden que se les vuelvan las *ropas negras*.... La Compañía ha accedido ya á sus votos en algunos puntos. ¡Cosa singular! ¿Será acaso á las vastas soledades del Oregon, y entre las *Cabezas chatas*, adonde nos será forzoso ir á buscar lo que aquí se nos disputa, la libertad de enseñar, un asilo para vivir y morir?

Al mismo tiempo, ó poco despues de suprimida la Sociedad, debia perecer tambien una de las mas bellas instituciones que la Religion haya podido realizar sobre la tierra; *ese cristianismo feliz*, como tan bien le llama Muratori, que habia convertido en pueblos de hermanos á tribus embrutecidas y feroces.

El que no haya entregado todo su ser á las inspiraciones del odio, y dominado de su fatal influencia se haya prohibido todo sentimiento de justicia, todo pensamiento noble, no puede pronunciar sin conmoverse el nombre del Paraguay. No me detendré aquí en refutar miserables imputaciones: los juicios de Montesquieu, de Haller, de Robertson y de otros muchos, no permiten ni aun examinarlas, y menos aun el responderlas.

Para tributar un fiel homenage á tan gloriosos recuerdos, me valdré de la voz elocuente que resonó al principio de este siglo con tanto poderío y esplendor, de esa voz que tan noblemente supo restituir su lustre entre nosotros á la lengua y poesía de la fe, y vengar al génio del cristianismo de las mentiras del odio y los desdenes de la ignorancia. Un católico, un sacerdote, un religioso de la Compañía de Jesus, no puede olvidar el nombre del que, alzándose valerosamente sobre todas las detracciones inconsideradas, consagró el primer vuelo de un talento sublime á defender la gloria de las verdades é instituciones religiosas. Débil combatiente en la llanura, humilde hijo de una familia de apóstoles, agoviada hoy todavía bajo el peso de un siglo de calumnias, me es dulce cosa pagar aquí la deuda legítima de gratitud para con un defensor eternamente ilustre: muy dichoso en mezclar á este tributo que pago en nombre de mis hermanos, el fiel recuerdo de una benevolencia, cuyos testimonios ya antiguos, nunca saldrán de mi corazon.

«Es sin embargo un culto bien singular, escribe M. de Chateaubriand en su inmortal obra del *Génio del*

Cristianismo (1), el que reune, cuando le place, las fuerzas políticas á las morales, y crea por sobreabundancia de medios unos gobiernos tan sábios como los de Minos y Lycurgo. Aun no poseía la Europa sino constituciones bárbaras formadas por el tiempo y el acaso, y ya la Religion cristiana hacia revivir en el Nuevo-Mundo los milagros de las legislaciones antiguas. Las hordas errantes de los salvages del Paraguay se fijaban, y al imperio de la palabra de Dios salia una república cristiana del mas profundo de los desiertos."

«¿Y cuáles eran los grandes génios que reproducian estas maravillas? Simples Jesuitas, trabados frecuentemente en sus designios por la avaricia de sus compatriotas."

Debe leerse en las siguientes páginas la admirable descripcion del gobierno interior, patriarcal y libre de las *Reducciones:* ningun poema tiene mas atractivos que esta verídica historia. Solo su mucha estension me impide citarlo todo. Así, me limitaré á trascribir la elocuente pintura que resume y termina el capítulo V del libro IV.

«Con un gobierno tan paternal y tan análogo al carácter sencillo y pomposo del salvage, no hay que estrañar que los nuevos cristianos fuesen los mas puros y afortunados de los hombres. La mudanza de sus costumbres era un milagro obrado á la vista del Nuevo-Mundo. Ese espíritu de crueldad y de venganza, ese abandono á los vicios mas groseros, que caracterizan á las hordas indianas, habíanse trasformado en un espíritu de mansedumbre, de paciencia y castidad. Júzguese de su virtud por la espresion ingénua del obispo de Buenos-Aires: — Señor, escribia á Felipe V, en esas numerosas poblaciones, compuestas de indios naturalmente inclinados á todo género

---

(1) Parte cuarta, libro IV, cap. 4 y 5. *La Historia del Paraguay* ha sido escrita por el P. de Charlevoix.

de vicios, reina tan grande inocencia, que no creo se cometa en ellos un solo pecado mortal."

«Entre aquellos salvages cristianos no se vian procesos ni querellas; el *tuyo* y el *mio* ni aun eran conocidos; porque, segun observa Charlevoix, es no tener nada suyo el estar siempre dispuesto á partir lo poco que se tiene con los que se hallan en necesidad. Provistos abundantemente de las cosas necesarias á la vida; gobernados por los mismos hombres que los habian sacado de la barbarie, y á quien miraban justamente como especies de divinidades; gozando en su familia y en su patria de los afectos mas dulces de la naturaleza; conociendo las ventajas de la vida civil sin haber dejado el desierto, y los encantos de la sociedad sin haber perdido los de la soledad, aquellos indios podian gloriarse de que gozaban de una dicha que no habia tenido par en la tierra. La hospitalidad, la amistad, la justicia y las tiernas virtudes manaban naturalmente de sus corazones á la voz de la Religion, bien así como algunos olivos dejan caer sus maduros frutos al soplo de las brisas."

«Parécenos que no se tiene sino un deseo al leer esa historia, y es el de pasar los mares é irse lejos de las turbulencias y revoluciones á buscar una vida oscura en las cabañas de esos salvages, y un pacífico sepulcro bajo las palmeras de sus cementerios. Pero ni los desiertos son bastante profundos, ni los mares bastante espaciosos para librar al hombre de los dolores que le persiguen. Siempre que se hace la pintura de la felicidad de un pueblo, es preciso venir á la catástrofe: en medio de las pinturas mas risueñas, oprímese el corazon del escritor con esta reflexion que se presenta de continuo: *Todo esto no existe ya.* Las *misiones del Paraguay* están destruidas; los salvages con tantas fatigas reunidos andan de nuevo errantes por los bosques, ó están sepultados vivos en las entrañas de la tierra. Se aplaudió la destruccion de una de las mas

bellas obras que han salido de la mano de los hombres...."

O mucho me engaño, ó despues de esta esposicion, el lector de buena fe comprenderá, cómo un magistrado, un francés, un hombre del siglo XIX, ha podido libre y concienzudamente hacerse Jesuita, sin abdicar por eso su razon, sin renunciar á su tiempo y á su patria.

No, no ha abdicado su razon, porque la haya colocado en el puerto resguardada de las tempestades, bajo la segura guarda del principio sagrado de la autoridad. Cuando el testimonio interior no le anunciara á voces esta verdad, bastantes egemplos le darian el derecho de proclamarla. No le faltarian nombres para probar que la inteligencia humana no adquiere sino mas dignidad y fuerza debajo el yugo tutelar de la regla; aun le faltáran menos para mostrar, cómo, aun bajo el trage del sacerdocio, la razon abandonada á sí misma y estraviándose en su orgullo, va cayendo de error en error, y acaba ofreciendo al mundo el triste espectáculo de una verdadera abdicacion.

No, no ha renunciado á su pais.... Es muy cierto que la caridad católica, abarcando en su ardiente espansion la humanidad entera, pone en el corazon de sus apóstoles un afecto mas estenso que el del patriotismo; es verdad tambien que el misionero que va á llevar la luz de la fe á sus hermanos idólatras de la Corea ó de las soledades de la América, corre á veces el riesgo, en presencia de estos inmortales intereses, de olvidar los intereses de un dia que se agitan en el seno de la patria; ¿pero olvida acaso por eso á su misma patria? ¿Cesa por dicha de llevar en su corazon su dulce imágen? ¿Cesa de rogar por su felicidad? ¿Cesa de implorar las bendiciones del Altísimo sobre los que llevan la pesada carga del gobierno de los pueblos?

¡Ah! ¡no saben esos hombres que suponen al Jesuita desamorado de su pais, qué deliciosa emocion de júbilo siente al hallar entre las tribus salvages del Nuevo-Mundo algunos de los sonidos de la lengua natal, ó al oir en los mares de la China y del Japon el lejano eco de la gloria de nuestras armas!

¡Y fuéranos la Francia menos amada á nosotros que no la hemos dejado! ¡No nos envaneciéramos de sus triunfos así en la paz como en la guerra, de su genio para las letras y las artes, de sus atrevidas conquistas en el dominio de las ciencias y en las regiones nuevamente abiertas á la industria! ¡No amaríamos en ella el verdadero foco de la civilizacion cristiana! ¡No nos felicitaríamos de los inefables consuelos que aun hoy en dia da á la Iglesia!

No, no ha renunciado á su siglo.... Es muy cierto que no apellidamos mejora ni progreso á cuanto la moderna sabiduría en su orgullo decora con estos títulos pomposos; es muy cierto que no aguardamos del porvenir una religion mas perfecta que la Religion de nuestro Señor Jesucristo, y que la humanidad, fecundada por los sistemas, no nos parece se halla elaborando una era indefinida de virtud y bienandanza.

Pero bajo de esa autoridad inmutable de la fe, no dejamos de pertenecer á nuestro tiempo por nuestras ideas y nuestros corazones, y sobre todo le conocemos mas de lo que á algunos les parece.

Por eso nunca nos ha venido al pensamiento, que doscientos pobres operarios evangélicos, distribuidos en la dilatada estension del territorio de la Francia, puedan proponerse, en dias como estos, establecer en ella lo que no se han avergonzado algunos de llamar nuestra dominacion.

Este anacronismo no es el nuestro; es el de nuestros adversarios. Porque dos siglos há la Compañía de Jesus pudo emprender en una tierra vírgen, entre pueblos que

nacian á la civilizacion, realizar el reino del Evangelio, nos suponen hoy el absurdo proyecto de reinar sobre la Francia! Esto fuera un delirio de insensatos.... pero, lo repito, no es el nuestro; le devolvemos á los cerebros enfermizos de los que se han hecho nuestros enemigos.

Si hemos de darles crédito, una parte de esta obra está ya realizada, y la iglesia de Francia, habiendo abjurado sus antiguas tradiciones, sufre toda ella el yugo de las influencias ultramontanas.

¿Será preciso que nos veamos obligados á remitir á las lecciones de la historia á los que tanto gustan de servirse de su autoridad contra nosotros? Por lo visto olvidan lo que ha pasado de sesenta años acá; olvidan el triste camino que hizo el Jansenismo en la segunda mitad del pasado siglo, bajo el cómodo manto de una oposicion harto fácil á la corte de Roma; olvidan como el cisma escondido en las entrañas de esa doctrina funesta se presentó al público en las discusiones de la asamblea constituyente, se convirtió en ley, y poco despues ensangrentó el desgarrado seno de la Iglesia con espantosas persecuciones. ¡Olvidan los altares derribados, y cuanto mi pluma se niega aquí á bosquejar!....

Gracias á Dios, el episcopado francés ha guardado mejor memoria de estas cosas; ha comprendido que despues de semejantes pruebas, convenia no esponer la unidad á nuevos peligros, por medio de controversias, que carecian ya de objeto; y se ha reunido, y apiñado todo, y confundido en un solo corazon y un alma sola, en rededor de la cátedra de S. Pedro, y ha repetido con voz unánime las inmortales palabras de Bosuet:

«Santa Iglesia romana, madre de las Iglesias, y madre de todos los fieles, Iglesia escogida por Dios para unir á sus hijos en la misma fe y en la misma caridad, nosotros estaremos siempre adheridos á tu unidad de lo íntimo de nuestras entrañas. *¡Si yo te olvido, Iglesia romana,*

olvídeme antes á mí mismo! Séquese mi lengua y quede inmóvil en mi boca, si no eres tú siempre la primera en mi memoria, si no te pongo al principio de todos mis cánticos de regocijo."

Y yo tambien, humilde soldado de la unidad católica, para darla, si era posible, mas íntima y completamente mi alma y mi vida entera, he ido á buscar un lugar oscuro en las filas de la Compañía de Jesus.

En el estado en que veia yo la santa Religion de mi maestro en este mundo, despues de la gran guerra declarada á Jesucristo por la incredulidad del siglo XVIII, el catolicismo me aparecia como un egército ordenado en batalla con un frente de vasta estension, para hacer rostro por todas partes á la impiedad y al error, y socorrer á la sociedad amenazada. No habia ya campos diversos ni banderas divididas.

En el centro veia yo la cátedra de S. Pedro en su magestuosa inmovilidad, y cerca de ella en la primera fila del rendimiento y de la fidelidad valerosa, á la iglesia de Francia con sus obispos y sacerdotes, bella aun y vigorosa á pesar de los dias de la desgracia.

Ciertamente, al alistarme en la bandera del santo fundador de la Compañía de Jesus, no ha sido mi ánimo separarme de la milicia sagrada de mi pais; simple combatiente, solo he tomado otro puesto en el mismo egército.

Dos palabras mas, y concluyo.

Hace ya mas de ochenta años que pesa en Francia sobre la sociedad de Jesus una sentencia de proscripcion. Nuestros jueces, como todos saben, eran entonces partes contra nosotros, y antes de instruir el proceso habian pronunciado el fallo. Cuanto se dijo, todo lo que se escribió en aquella época, recógenlo algunos hoy, sin

tener en cuenta veinte refutaciones victoriosas, y arrójanlo como pasto á la credulidad popular.

En ciertos dias determinados la Francia entera se alimenta de ello; añádense calumnias nuevas á las antiguas; se nos imputan las faltas y las desgracias de los pasados tiempos, como si las pasiones de los hombres no fueran bastantes á esplicar su historia; y á nosotros á quienes cada hora de nuestra vida nos llama á la contemplacion esclusiva y única de la eternidad, se nos acusa de que ligamos inseparablemente en nuestros pensamientos los intereses inmortales de la Religion á los móviles intereses del siglo y al pasagero destino de las cosas de la tierra. Nos acusan de que buscamos, mantenemos, cultivamos cuidadosamente en nuestras almas todo lo que irrita y divide, cuando la filosofía mas vulgar inspira pensamientos mas cuerdos á los mismos actores de la escena política desencantados por tantos yerros.

En medio de todo esto, no se respeta mas al buen sentido que á la buena fe, y no se retrocede ante las mas estrañas contradicciones. Lo que otros han dicho, se nos achaca, y al mismo tiempo se nos echa en cara nuestro silencio. Pondérase, á placer, y sabe Dios con qué objeto, lo que llaman nuestra habilidad, y al mismo tiempo se nos atribuye en las circunstancias mas críticas las mas locas temeridades.

A la relacion del menor derecho atacado, de la menor libertad amenazada en el mas humilde ciudadano, levántanse mil voces invocando la constitucion y las leyes, y esas mismas voces no saben invocar contra nosotros sino las proscripciones y los golpes de estado. En las columnas de los periódicos, en los talleres, en los bancos de las escuelas, hasta en la enseñanza distribuida á la juventud, donde quiera somos designados al odio y como ofrecidos en holocausto á los furores de la opinion descarriada.

Tal es en fin nuestra situacion, que algunos hombres

tienen el incalificable poder de hacerse creer proclamando por todas las vias de la publicidad lo que se avergonzarian de decirlo en su cara á uno de nosotros, y hasta se ve á algunos hombres de bien rendirse al oir nuestro nombre bajo el yugo de un miedo estúpido.

Es preciso que todo esto tenga un término.

Un hombre cuyo nombre ha adquirido celebridad se presentó delante de la justicia al fin del último siglo. Nada tenia que pedir, nada que reclamar para sí mismo; pero un motivo inmenso apretaba su corazon, y exaltaba su valor. Hijo generoso, hijo lastimado en sus mas caros afectos por la condenacion de un padre, no obstante la autoridad de la sentencia, pronunció allá en su conciencia que era injusta, y pidió una rehabilitacion solemne. A sus perseverantes esfuerzos, á esta valerosa consagracion de un bello talento, debió el triunfo de la piedad filial y una noble parte de nombradía.

Yo vengo como él á pedir la rehabilitacion de mis padres. Hijo ofendido en mi alma por las largas desgracias de mi familia y la dolorosa iniquidad de la sentencia que pesa sobre ella, no ambiciono fama alguna, no traigo talento, solo tengo una conviccion incontrastable. No pido sino justicia y verdad; no necesito otra cosa.

Pido la revision de un grande é injusto proceso; la pido para mis padres que ya no existen; la pido para mí mismo. Tengo la mas indubitable conciencia de que fueron inocentes, de que lo somos. Ellos no fueron juzgados ni oidos; óigasenos en fin, júzgueseles hoy.

Sé que este linage de rehabilitacion judicial no existe ya en nuestras leyes; pero la rehabilitacion moral estará siempre en la justicia de la Francia; y esa pido.

La pido en nombre mismo de la patria, que no puede ver por mas tiempo con indiferencia que se vilipendie y

ultraje, con mengua de todos los derechos, el honor de los que no han dejado de ser sus hijos.

La pido para millones de católicos á quienes se pretende insultar dándoles un nombre que no es su nombre, que es el nuestro, y que ya no debe ser una injuria.

Pídola para todas las sociedades religiosas que han plantado su tienda al sol protector de la Francia, y sobre los cuales á pesar nuestro se carga todo el peso de las animosidades que nos persiguen.

La pido en nombre de esos obispos venerados cuya voz se dejó oir tres veces solemnemente, protestando contra la injusta proscripcion de toda una familia de religiosos fieles á Dios, á la Iglesia, á las leyes, al pais.

La pido en nombre de veinte Papas que aprobaron, confirmaron, loaron el instituto proscrito; la pido en nombre del santo Pontífice que bendijo por dos veces el territorio francés, y que en medio de los largos dolores de su destierro descansó en el pensamiento de dar gloria á Dios restableciendo la Compañía de Jesus. Este ilustre anciano que fue para todos tan benigno y animoso reparador, ¿acaso ha perdido en la tumba todos los derechos de la virtud y todo el poder de sus recuerdos?

La pido en nombre de la Iglesia universal, quien, por la voz del Concilio inmortal de Trento, pronunció desde entonces una aprobacion indestructible; *pium corum institutum.*

Pídola, y al pedirla no hago sino reclamar para mis hermanos y para mí lo que pertenece á todos, el aire de la patria, el derecho de vivir, de trabajar, el derecho de abnegarnos, la libertad segun el órden, la libertad segun la justicia.

Y ahora he concluido; me recojo en el pensamiento de Dios y de mi pais, y siento en lo mas íntimo de mi alma la grandeza y solemnidad de lo que acabo de hacer.

Que si debiera yo sucumbir en la lucha, antes de

sacudir el polvo de mis pies sobre la tierra que me vió nacer, iria á sentarme por última vez al pie del púlpito de nuestra Señora. Y allí llevando en mí mismo el perdurable testimonio de la equidad desconocida, compadeceria á mi patria, y diria con tristeza:

Hubo un dia en que le fue dicha la verdad; una voz la proclamó; y no se hizo justicia, porque faltó valor para hacerla. Dejamos tras de nosotros la Carta violada, la libertad de conciencia oprimida, la justicia ultrajada, una grande iniquidad mas; no por eso se hallarán mejor. Pero lucirá un dia mas apacible; y yo leo en mi alma la infalible seguridad de que ese dia no se hará esperar mucho tiempo. La historia no callará el paso que acabo de dar, y dejará caer sobre un siglo injusto todo el peso de sus fallos inexorables. Señor, vos no permitis siempre que la iniquidad triunfe definitivamente acá en la tierra, y ordenareis á la justicia del tiempo que preceda á la justicia de la eternidad.

FIN.

TABLA

DE MATERIAS.

Prefacio. v
Introduccion. 1
Capítulo primero. *Los egercicios espirituales usados en la Compañía de Jesus*. 11
I. *Primera semana de los Egercicios*. 14
II. *Segunda semana*. 20
III. *Eleccion de un estado de vida*. 23
IV. *Tercera y cuarta semana*. 27
Capítulo segundo. *Las Constituciones de la Compañía de Jesus*. 32
I. *Noviciado*. 38
II. *Estudios*. 41
III. *Tercer año de* probacion. 45
IV. *Gobierno de la Compañía de Jesus*. 50
V. *Dia del Jesuita*. 54
VI. *La obediencia*. 58
Capítulo tercero. *Doctrinas de la Compañía de Jesus*. 70
Capítulo cuarto. *Misiones de la Compañía de Jesus*. 83
Conclusion. 107

FIN DE LA TABLA.

AMBROSIO GARCIA
ENCUADERNADOR
5996
NAVE - 25
VALENCIA

Univer
Bibl
1

RAMIGNAN. LOS JESUITAS

iversitat de
Biblioteca Hi
5
1509